AMENTIA

Antología de varios autores

Prólogo de Juan de Dios Garduño

Una idea de: Marcos Llemes y Misha Baker.

Organizadores: Marcos Llemes, Misha Baker, y Julieta P. Carrizo.

Correcciones: Julieta P. Carrizo.

Prólogo: Juan de Dios Garduño.

Autores: Tere Oteo Iglesias, Nieves H. Hidalgo, Laura Morales, Angy W. Mhe, Laura López Alfranca, Itsy Pozuelo, Kassfinol, Cintia Ana Morrow, Vanesa Vázquez, Carmen de la Cuerda, Israel Santamaría Canales, José Vicente García, Francisco Escaño, Haizea López, Leonor Ñañez, Rhodea Blasón, Marcos Llemes, Misha Baker, Julieta P. Carrizo.

Web: http://amentiantologia.wix.com/amentiantologia

@2013- Todos los derechos reservados.

INDICE

PROLOGO
1. HORROR EN COVENTOWN – Julieta P. Carrizo
2. TIC-TAC – Tere Oteo Iglesias
3. 900º – Tere Oteo Iglesias
4. LOS FANTASMAS NO EXISTEN – Laura Morales
5. TODAS TUS MENTIRAS – Kassfinol
6. INVITADOS – Cintia Ana Morrow
7. EL SONIDO DE LA MUERTE – Vanesa Vázquez
8. POSESIÓN – Carmen de la Cuerda
9. EPPUR SI MUOVE – Israel Santamaría Canales
10. BIENVENIDA, HERMANA – Laura López Alfranca
11. EL LABERINTO – Angy W. Mhe
12. MUERTE VIVIENTE – Angy W. Mhe
13. TIEMPO – Nieves H. Hidalgo
14. EL CÓDIGO DEWEY – Nieves H. Hidalgo
15. OJO POR OJO – José Vte. García
16. AGUA MANSA – Leonor Ñañez
17. EL CUERPO – Leonor Ñañez
18. LA UÑA – Francisco Escaño
19. EL ÁNGEL MALDITO – Itsy Pozuelo
20. ANGUSTIA – Haizea López
21. EL GEMELO IMPERFECTO – Rhodea Blasón
22. DESPIERTA – Misha Baker
23. SOLO UN JUEGO – Misha Baker
24. LA ENAMORADA DE JOHN DAHMER – Marcos Llemes
25. FASE DE NEGACIÓN – Marcos Llemes

Prologando para Amentia

Hay una pregunta que es una constante en la vida de un escritor de terror. Te la hacen tus lectores, te la hacen tus alumnos en cursos de escritura creativa, te la haces tú mismo a lo largo de la vida, y esa pregunta no es otra que ¿por qué el terror? Es decir, es un género literario minoritario, absorbido en su mayoría por el cine. No tiene grandes masas lectoras a no ser que seas Stephen King, que ha trascendido géneros. **(Os voy a matar a todos)** Es más, si dices a la gente "normal" que escribes terror, te miran con cara compungida y hasta te tratan de distinto modo, como si fueses un tarado o la peste negra te corroyese las entrañas. Así que, ¿por qué? ¿Acaso somos unos sadomasoquistas antisociales? ¿Unos enfermos que disfrutamos imaginando el dolor ajeno? ¿Escribimos en nuestras historias lo que nos gustaría llevar a la realidad? **(Claro que sí, quiero cercenar cabezas, amputar miembros, comer entrañas, bañarme en la sangre de cien vírgenes)** Bueno, al que se haya planteado seriamente estas preguntas le diré que son absurdas. No somos ni sadomasoquistas antisociales, ni enfermos, ni potenciales psicópatas. Es más, quizá tengamos más miedos que la mayoría de las personas, y la única manera de darle salida a estos miedos sea ponerlos por escrito. **(Os torturaré, daré otra dimensión a lo que consideráis dolor)**

Es por eso que, cuando estos adorables escritores de terror me propusieron escribir este prólogo, no dudé un momento en decirles que sí **(están tan enfermos como yo, tienen carne humana en la nevera. Sanguinolenta. Apetecible).** Tienen ante ustedes una buena antología llena de relatos suculentos, macabros. Una antología que hará las delicias de los más exquisitos paladares, que turbará el sueño de los más exigentes, y que hará que probablemente, al cerrar los ojos esta noche, vuelvan a abrirlos para ver si esa sombra sospechosa sigue siendo el perchero, o para repetirse una y otra vez que no hay nadie más en casa, que ese crujido que han escuchado no es más que un mueble desperezándose. (**Y cuando abran los ojos ahí estaré yo, con un cuchillo acariciando su pescuezo y una sonrisa lujuriosa en mis labios).**

Disfruten con Amentia, tanto como yo lo he hecho, y recuerden, los escritores de terror somos gente normal **(la única diferencia es que nosotros nos hacemos collares con los intestinos de nuestras víctimas).** Buenas noches.

Juan de Dios Garduño

Agosto 2013.

~HORROR EN COVENTOWN~

-Julieta P. Carrizo-

«—(...) las cosas continúan pudriéndose en mi interior. Me da náuseas (...).

— ¿Tienes cáncer? —Preguntó ella con un susurro.

— Creo que sí.

— Tendrías que ir al hospital, conseguir que...

— Es cáncer de alma.

— Eres un hombre con un ego desconcertante.

— Quizá, pero no importa.»

Richard Bachman – «Roadwork»

¿Qué lleva a un pueblo a sumirse en la locura? No me refiero a uno o dos casos aislados, ni siquiera a una o dos familias, sino a un pueblo entero: adultos, niños, hombres, mujeres, perros, gatos, plantas y pájaros.

Tal vez sería necesario contar la historia de Coventown desde el principio, pero, ¿qué sentido tiene? Después de todo, ¿quién va a leer todo esto?, ¿quién me va a sacar de aquí? En este preciso momento, en que la oscuridad se envuelve a mi alrededor, en que los gritos desesperados de las almas se elevan en la noche como el humo, en que los rostros enardecidos de quienes sucumbieron a la locura me esperan detrás de una puerta, me siento con mi cuaderno en la mano y me dispongo a escribir. No lo sé, tal vez yo también me haya vuelto loco, y por eso estoy haciendo algo tan estúpido y banal como escribir la historia mientras la muerte me espera a un paso. Pero, ¿qué puedo hacer? Este es mi trabajo, esto es lo que soy, un simple escritor que tuvo la maldita idea de visitar un pueblo perdido en medio de la nada.

Vale aclarar que las tradiciones de Coventown fueron las que me trajeron a este lugar. ¿A quién no le llamaría la atención el hecho de que hoy en día, en pleno siglo XXI, un grupo de personas decida vivir como en el siglo XIX, enclavados en el campo, sin ningún tipo de tecnología? Pues esto era Coventown, un lugar que se había quedado en el pasado, con ideas retrógradas y pensamientos antiguos, calles de piedra, carretas tiradas por caballos, vestidos largos, cofias en la cabeza, uva pisada, trigo molido a mano. Entrar en Coventown fue como abrir un portal en el tiempo y viajar hacia el pasado. Claro que nunca imaginé que también había otro portal abierto, uno que se conectaba con algo oscuro y podrido escondido en las entrañas de la tierra. Un portal hacia la muerte. Un portal hacia la locura. Un portal hacia el infierno.

I

Delicia

La pastelería Delicia se alzaba en la esquina de las calles veintitrés y diecisiete, justo frente a la plaza de los artesanos y en la lateral del mercado callejero. Era un lugar de ensueño, sacado de algún libro antiguo. La vidriera decorada con enormes tortas de distintos colores, roscas rellenas de crema, bocados cubiertos de chocolate, panes recién horneados, pero sobre todo, la especialidad de la casa: pasteles rellenos. La dueña, una mujer regordeta de unos cincuenta años, llevaba toda su vida horneando masas y panes y sus manos habían adquirido la perfección del oficio, todo en Delicia era como su nombre rezaba: delicioso.

Cuando llegué al pueblo, con mi cámara en una mano y mi libreta de notas en la otra, lo primero que me recomendaron fue visitar la pastelería. Estaba famélico después del largo viaje por carretera, y a pesar de encontrarme anonadado por la irrealidad de aquel pueblo, primero quería comer algo.

Mika, la dueña, me atendió con una sonrisa en el rostro, aunque pude notar cierta incomodidad al ver que yo era extranjero. Era muy sencillo notarlo, dado que era el único en kilómetros a la redonda que usaba jeans, una remera polo color verde y zapatillas blancas. El resto de los hombres vestían con sencillos pantalones de pana y camisas a cuadros; y las mujeres, vestidos largos con mangas de diversos colores, como cualquier grupo de campesinos de mediados del siglo XIX. Si mi vestimenta no era suficiente indicio, las dudas acababan cuando me bajaba de mi auto, un viejo Citroën azul, que contrastaba vivamente con las antiguas carretas tiradas por caballos.

Antes de mi viaje, como todo buen escritor, me había documentado sobre el pueblo, y asombrosamente aquella gente no era una comunidad «amish», como había creído en un principio. Simplemente era un pueblo que, debido a su aislamiento y al cierre de una carretera local, había quedado detenido en el tiempo, abandonado del resto del mundo y había tenido que aprender a sobrevivir.

—Aquí tiene —una joven de poco más de veinte años dejó mi pedido sobre la mesa. Su largo cabello rubio le enmarcaba el rostro, pálido, sonrosado, con delicadas facciones, labios carnosos y grandes ojos azules. Era la visión de un ángel.

—Gr… gracias —balbuceé como un idiota, pensando que nunca había visto mujer más bella. Ella ocultó su risa con una mano y sus mejillas se encendieron aún más

—¿De dónde viene? —preguntó intrigada.

—De Portland —respondí dedicándole mi mejor sonrisa. ¡Vamos!, que soy un hombre apuesto, o por lo menos así me lo han dicho las mujeres, ¿a qué venía ahora eso de hacerse el idiota? A ella se le iluminaron los ojos, seguramente imaginando lo que sería vivir allí, intentando dilucidar si algún día podría salir de aquel lugar, y pensando qué diablos hacía alguien como yo en un pueblo como ese—. Soy escritor. Estoy aquí por un libro que escribo y me interesé por sus costumbres.

—Sería magnífico que escribiera sobre Coventown —dijo la joven con voz afable—. Tal vez así la gente volvería a venir a este lugar, la carretera se habilitaría nuevamente y saldríamos de este aislamiento.

—Genevive —llamó la dueña a la dulce mesera. La muchacha asintió y sus mejillas se tiñeron de rojo, al parecer había dicho algo que no debía.

—Con su permiso —masculló dando media vuelta y alejándose con un contonear de caderas. La miré hasta que desapareció detrás de una puerta. Centré mi atención en el plato que había sobre la mesa: una tarta de carne humeante junto a una taza de café. El placer cuando probé aquel plato fue indescriptible, ¿en cuántos restaurantes de clase había comido hasta ahora, sin sentir el verdadero sabor? La delicadeza de la masa contrastando con el sabor fuerte de la carne, bien condimentada y acompañada por unas papas fritas. Decidí que durante mi estadía «Delicia» se convertiría en mi segunda residencia.

Estaba terminando mi segundo pedazo de tarta cuando vi a la joven, Genevive, salir conmocionada de detrás de la puerta y desaparecer en la entrada. Me apresuré a pagar por la deliciosa cena y corrí detrás de ella. Esperaba no haberla metido en problemas con mi conversación.

—¡Genevive! —grité cruzando la calle y alcanzándola cerca de la plaza. Ella volteó asustada, sus ojos llorosos, su rostro demudado de miedo—. ¿Se encuentra bien? —pregunté preocupado. La muchacha miró a ambos lados, asegurándose de que nadie nos viera, y se acercó a mí con cautela.

—Si, estoy bien —contestó secándose las lágrimas—. Solo ha sido… un problema laboral.

—Espero no haber tenido nada que ver con eso. Vi como la dueña me miraba con desaprobación cuando hablábamos.

—No, no se trata de usted, lo miran de esa forma porque es de afuera y aquí casi nunca viene gente de otros lados. Usted representa el progreso que nosotros nunca pudimos tener.

La observé durante unos segundos y tuve el impulso de abrazarla. Tan frágil, delgada, asustada y sola. Una damisela en apuros cual cuento de hadas.

—¿La acompaño a su casa? — me ofrecí, esperando la negativa.

—Por supuesto.

Caminamos cuatro cuadras adentrándonos más en el pueblo. A mitad de la calle doce ella señaló una humilde casita de color terracota y sacó las llaves de su bolso. Durante el camino se había interesado por saber más del mundo exterior, y yo aproveché para contarle algunas de mis anécdotas.

—Escúcheme —dijo de pronto Genevive. Había estado riendo hacía unos segundos con mi historia del zoológico de New Port y ahora volvía a verse asustada—. No debe permanecer mucho tiempo aquí, no sabe lo que sucede en

este lugar. Debe irse cuanto antes, es usted un buen hombre y no quisiera que le pasara nada malo.

Iba a replicar pero ella no me dio tiempo, se volteó y corrió con rapidez hasta la entrada de la casa. La puerta se cerró con estruendo dejándome algo aturdido.

Comencé a andar pensando en Genevive. En realidad su amenaza no me importaba, ya estaba acostumbrado a no ser bienvenido en muchos lugares, era el hecho de no haber pasado más tiempo con ella lo que me mortificaba. Esperaba que su invitación a acompañarla a su casa terminara en algo más que en una simple caminata, pero al parecer, me había equivocado.

Mis pies me llevaron por el mismo camino que había recorrido junto a la muchacha y me encontré de nuevo frente a «Delicia». El local estaba cerrado, y a decir verdad, tan desolado como las calles mismas, que de pronto se habían vaciado como si alguien hubiera borrado a la gente del lugar. Me acerqué a la vidriera y miré hacia adentro, en realidad para deleitarme con la exposición más que para espiar. Pero quiso el destino que viera algo más, algo que despertó mi instinto de investigador.

Mika, la dueña, acarreaba bolsas pequeñas que sacaba de una heladera de mano hacia el interior de la cocina. Las bolsas eran transparentes, manchadas de color rojo. A su lado, un hombre alto y canoso, sacaba de otra heladera bolsitas con un espeso líquido rojizo y las dejaba sobre una bandeja. Mika se detuvo junto a él, le tomó de la mano y se la besó. Luego tomó la bandeja y entró en la cocina. El hombre se quitó el sobretodo que lo cubría y pude distinguir que llevaba un guardapolvo blanco y un estetoscopio colgando del cuello.

La pregunta se disparó en mi cerebro, antes inclusive de que pudiera pensarla. ¿Qué había en aquellas bolsas?

Al día siguiente desperté en mi habitación con la extraña sensación de que alguien me estaba vigilando. Me levanté apresurado al darme cuenta de que había

dormido de más, pero al intentar ponerme de pie, un mareo se apoderó de mí. Fue como si unas garras me zamarrearan con insistencia tirándome al piso. Mi cabeza golpeó al caer y las náuseas me atacaron sin piedad, arcadas profundas, espasmos incontrolables, hicieron que devolviera toda la comida sobre la alfombra. Aturdido, sediento y sudando a raudales, llamé a la recepción y pedí ayuda. Sentí que el mundo se desmoronaba a mi alrededor y, cuando la recepcionista me preguntó qué sucedía, me perdí en los mares de la inconsciencia.

Desperté en la habitación del hospital. Un lugar con poca luz, blanco y con ese olor a desinfectante tan típico de los establecimientos médicos. La enfermera se acercó a mí cuando vio que tenía los ojos abiertos y esbozó una sonrisa.

—Señor, está usted en el hospital de Coventown. Fue ingresado hace dos horas, deshidratado, con fiebre alta y espasmos musculares. Probablemente se trate de algún tipo de virus, pero el doctor vendrá a verlo en unos minutos y le dará el reporte de la situación.

Cuando el doctor apareció reconocí inmediatamente al marido de Mika, quien hablara con ella la noche anterior mientras yo los observaba. Se mostró muy amable y me dijo que me quedaría veinticuatro horas en observación. Mis negativas de nada sirvieron y me dispuse a pasar la noche en el hospital.

Me despertó un sollozo. Primero lejano, luego tan cercano que parecía proceder desde adentro de la habitación. Ya había anochecido y el silencio del hospital se rompía únicamente con el sonido del monitor que había a mi lado y aquel sollozo ahogado. Al principio no le presté atención, pero entonces comenzaron los gritos.

Aullidos desgarradores, llantos desenfrenados, alaridos estridentes. Me tapé los oídos en un intento por acallar la cacofonía, pero el estruendo era tal que parecía taladrarme el cerebro. La lamparilla que iluminaba débilmente la habitación comenzó a titilar y entre sombras y luces pude ver figuras oscuras que comenzaban a arremolinarse alrededor de la cama. Cada vez más cerca, con

brazos extendidos terminados en manos huesudas, la piel colgándole en amasijos podridos y sangrantes, los ojos desorbitados, saliéndose de las cuencas de sus cabezas rapadas y llena de pústulas rojizas rezumando un espeso líquido amarillo. Cerré los ojos con fuerza ante tal imagen e intenté focalizarme en otro lugar, muy lejos de allí. Una mano se apoyó en mi brazo y un alarido de puro terror escapó de mis labios. Me levanté de la cama de un salto y me escurrí entre las figuras, simples esqueletos decrépitos vestidos con trapos rotos y harapientos.

Me encontré en el pasillo, oscuro, tétrico, vacío. Grité llamando a médicos y enfermeras, pero nadie estaba allí, solamente aquellas figuras que parecían salir de las mismísimas paredes y llenar el pasillo. Sentí que alguien me apoyaba una mano en el hombro, y espantado me lancé hacia la oscuridad, pasando de las sombras, las caras deformadas, las manos extendidas, los gritos agudos y el olor a podredumbre.

A lo lejos divisé una luz detrás de una puerta. Mis piernas hicieron un esfuerzo enorme para seguir corriendo, para escapar de aquellos seres, hasta que por fin llegué a la puerta y la empujé con fuerza. El comedor estaba desierto, en una esquina una radio tocaba una canción una y otra vez. Dos niñas eran las que cantaban, con voz dulce y tierna, sin ningún instrumento que las acompañara. Antes de prestar atención a la letra sentí que un escalofrío me recorría el cuerpo, subía por mi espalda y me erizaba el bello de la nuca; y, a pesar de que la letra estaba en otro idioma, la entendí perfectamente:

«Alicia va en el coche, Carolín

A ver a su papá…

Qué lindo pelo lleva, Carolín

Quién se lo peinará…

Se lo peina su tía, Carolín

Con peine de cristal

Con peinecito de oro,
y horquillas de cristal,
Alicia cayó enferma,
Quizá se sanará

Alicia ya está muerta,
La llevan a enterrar,
Alicia va en el coche,
Con techo de cristal.»

La canción se detuvo de pronto y el sonido de un cuchillo golpeando contra una tabla llegó a mis oídos. Lentamente me adentré en el lugar hasta que divisé a una mujer detrás del mostrador, de espaldas a mí.

—Disculpe —la voz me salió entrecortada y carraspeé para darle más fuerza a mis palabras—. Disculpe señora, ¿dónde están todos?

La mujer no respondió. Me acerqué a ella, entonces volteó lentamente y me encontré con la cara de Mika, la pastelera, que me observaba con los ojos desorbitados, la mandíbula desencajada, los cabellos entrecanos despeinados. Me reconoció, esbozó una sonrisa enigmática y se volteó para seguir trozando con el cuchillo lo que fuera que tuviera sobre la madera. El sonido de cortar, romper, trozar y desgarrar siguió por unos segundos, entonces Mika se volteó nuevamente y extendió los brazos hacia mí.

—¿Un pastelito de carne, señor escritor? —preguntó enseñándome las manos. Dejé escapar un grito y las náuseas volvieron a estremecerme. La mujer sostenía trozos de fetos humanos entre sus manos, con las piezas colgando y cubiertas de sangre. Sonrió, dejó caer los pedazos humanos en una trituradora y la encendió. Me volteé espantado, en busca de aire, sintiendo que los sentidos me fallaban y comenzaba a desfallecer.

Alguien me llamaba, la voz dulce de una mujer. Con la vista nublada miré hacia la puerta y allí vi a Genevive que se acercaba corriendo hacia mí. Sus brazos me envolvieron antes de desmayarme.

II

Circus Umbrae

Cuando abrí los ojos me encontré con el precioso rostro de Genevive que me miraba preocupada. Intenté incorporarme, asustado, esperando que la visión de Mika haciendo pastelitos con fetos aún estuviera allí, pero en cambio, me encontré en una habitación de color azul, con los rayos dorados del sol adentrándose por la ventana.

—¿Qué…? —murmuré. Ella me apoyó una mano en el hombro y me obligó a recostarme.

—Shhh… tranquilo, necesita descansar —dijo con su voz dulce y tranquila. Me dio de beber agua y después se sentó junto a mí—. Lo he traído a mi casa, creo que aquí se encontrará a salvo.

—¿Qué diablos sucedió en el hospital? ¿Quiénes eran esas personas? ¿Qué hacía Mika…? —no pude terminar la frase, era demasiado terrible como para decirlo en voz alta.

—Le dije que lo mejor era que se fuera. En este pueblo pasan cosas muy raras señor escritor, y no quería que usted participara en ellas. Es una buena persona.

—Dime lo que sucede aquí Genevive —repliqué tomándola de los brazos. La obligué a que me mirara y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—No somos todos iguales, no quiero que piense que soy como ellos. Las personas como yo nos encontramos prisioneras en este lugar. No podemos irnos

por miedo a llevar la maldición con nosotros, y debemos quedarnos y ver como todo esto sucede sin poder mover un dedo —calló y por unos minutos me pregunté si iba a continuar—. Todo comenzó a principio de los años veinte. La carretera llevaba más de quince años cerrada y el pueblo se había venido abajo irremediablemente. Ya nadie pasaba por aquí, ni turistas, ni vendedores, ni proveedores. La gente se encontraba totalmente aislada, así que tuvieron que aprender a sobrevivir. Cultivaron la tierra y aprovecharon a los animales, no existía el dinero, ya que sólo se comerciaba por medio del trueque, después de todo, ¿quién quería monedas si no podía comprar nada, si necesitaban cosas tan básicas como ropa, un caballo, una rueda? Entonces llegó un circo, si así como lo oye, uno de esos circos ambulantes de varias carretillas que llegaron y se apostaron a los alrededores del pueblo. La gente estaba animada, si aquel circo había podido llegar hasta aquí, ¿por qué no los turistas? El pueblo se reunió en la plaza y fue a tropel a conocer el nuevo espectáculo, pero grande fue su sorpresa cuando se encontraron con una enorme feria montada como si llevara años en ese lugar. Los recibió el Gran Maestre, como se hacía llamar, y los condujo a través de la feria. Allí vieron puestos de tiro al arco, de tiro al blanco, pruebas de fuerza, caza de patos, carreras de ratones; espectáculos como la casa de los espejos, la mujer barbuda, el hombre más fuerte del mundo, contorsionistas, malabaristas, equilibristas, payasos y hasta unas siamesas unidas por el torso. Todo fue alegría hasta que el Maestre los llevó a conocer al Divino Maestro, o el adivino del circo. Cuentan que el hombre tenía un aspecto terrorífico, que era el demonio en persona y cuando posabas los ojos en él podías ver a las almas arder en las llamas del infiero. El hombre hizo acercar al alcalde y le dijo que podía ofrecerle aquello que todos querían: prosperidad. El alcalde aceptó, sin pensar que estaba haciendo un pacto con el diablo, y al poco tiempo, la noticia de un circo fantástico se extendió por todo el condado. Vinieron de los pueblos vecinos a verlo, inclusive desde más lejos, y Coventown volvió a ser grande y hermosa como en otros tiempos.

»Pero entonces algo terrible sucedió, los niños comenzaron a desaparecer, los animales morían descuartizados, las plantas se marchitaban y la tierra

enfermaba. Todo estaba contaminado y, poco a poco, la contaminación llegó a los pueblerinos. Primero fue una familia, luego una calle, y al final, casi todo el pueblo enloqueció. Completamente chiflados, se mataban entre ellos, practicaban canibalismo, secuestraban y torturaban a los turistas, y así Coventown se convirtió en símbolo de desgracia, degradación y muerte. Las pocas familias que se salvaron del brote de locura cerraron los caminos y no dejaron entrar a nadie más. Pidieron ayuda al adivino del circo, pero este les dijo que él nada podía hacer, así que tomaron las armas, mataron a la mitad de los locos y a la otra la encerraron en la antigua escuela. El alcalde prohibió que cualquiera se acercara nuevamente a ese circo e impuso que nadie debía dejar nunca Coventown, y como símbolo de perdón por lo que habían hecho, se auto-impusieron llevar una vida austera y no codiciar nunca más las cosas del exterior. Y así quedamos, aquí enclavados, generación tras generación, con miedo a irnos, con miedo a vivir, pero aún más, con miedo a que los descendientes de aquellos que se volvieron locos algún día despierten y se vuelvan contra nosotros.

La miré, intentando dilucidar si lo que aquella mujer me decía era verdad o una sarta de tonterías, pero en mi interior se encendió una luz: quería saber más, quería aprender todo sobre el pasado de ese pueblo. Era la historia que había estado esperando, la que me alzaría entre los grandes de la literatura. ¿Qué escritor no quiere eso?

—Prométame que se va a marchar de aquí —dijo la dulce Genevive con sus grandes ojos azules mirándome fijamente. No pude resistirlo más, me incorporé, tomé su rostro entre mis manos y la besé. Sus labios sabían a canela y miel.

—Te lo prometo —susurré cuando nos separamos—. Pero antes tengo que ir a ese circo.

Ella me miró espantada. Acaricié su rostro y esbocé una sonrisa.

—No pasará nada. Iremos allí, investigaremos por nuestra cuenta, y quien sabe, tal vez podamos encontrar la forma de sacarte de aquí.

Sus ojos se iluminaron ante mi insinuación, pero aún así tardó unos minutos en convencerse.

El circo se encontraba casi en las afueras de Coventown, alejado del casco principal. Anduvimos unos quince minutos antes de que apareciera ante nuestros ojos el enorme predio con la feria. Detuve el auto y me bajé anonadado, aquel lugar no parecía desolado, como había esperado. Muy por el contrario, la feria estaba iluminada, la montaña rusa andando, la música elevándose en el aire junto al olor dulzón del copo de azúcar, las manzanas asadas y el pochoclo. Inclusive podían oírse las risas de los niños y las conversaciones de los adultos, a pesar de que no había nadie.

Genevive se acercó a mí y me tomó de la mano. Estaba realmente aterrada y me miró con la pregunta en sus ojos.

—Será solo un momento. No pasará nada —le aseguré, ocultándole que yo también sentía el miedo abrir sus fauces y atraerme lentamente.

Cruzamos el arco de entrada y un hombre de mediana estatura se acercó a nosotros. Sonreía amablemente y llevaba un traje brillante de color rojo y amarillo.

—¡Bienvenidos a «Circus Umbrae»! Atracción para toda la familia. ¿Temen a las alturas? Eso es porque aún no han visto a nuestros equilibristas desafiar la ley de la gravedad. ¿Qué me dicen del fuego? El hombre en llamas los hará preguntarse si una persona puede cruzar cincuenta metros de llamas sin sufrir ni una quemadura. ¿Y los payasos?, nunca imaginaste que estos simpáticos personajes pudieran…

—Disculpe —dije alzando una mano para que el hombre callara—. Agradezco su presentación, pero estamos buscando al adivino, ¿puede guiarnos hasta él?

—El Divino Maestro ya no hace su espectáculo. Así que si solo han venido por eso, será mejor que se marchen —el presentador nos miró con mala cara e hizo un gesto de hastío.

—Tal vez me interesaría ver al hombre en llamas —dijo de pronto Genevive—. Después de todo, ya que vinimos hasta aquí, podríamos aprovechar —me guiñó el ojo y yo asentí efusivamente.

—¡Y los payasos! Me encantaría ver a los payasos —agregué.

—Pues pasen entonces. No se van a arrepentir. Dos dólares cada uno.

Pagamos los boletos y entramos en el predio. Todo allí se veía tan alegre que me asombró que un lugar como ese se encontrara vacío. Los espectáculos funcionaban perfectamente, los personajes hacían su papel, ¿cómo se mantenían si nadie iba allí? La historia de Genevive me pareció de pronto tonta e imposible. Aquel circo funcionaba como cualquier otro, y a pesar de que no había visitantes, podía asegurar que se llenaba los fines de semana.

Genevive me tomó de la mano y me guió hacia la vuelta al mundo. La seguí sin pensarlo y nos subimos a uno de los carros que se puso en marcha inmediatamente. Al llegar a lo más alto la vuelta se detuvo y vimos como las luces comenzaban a encenderse a lo lejos, en el pueblo. A nuestro alrededor farolitos de colores fueron haciéndose visibles hasta que toda la feria quedó iluminada con cien colores. Era realmente hermoso.

Impulsado por el momento miré a la dulce criatura que tenía a mi lado y vi en sus ojos la misma pasión que me quemaba por dentro. Nos besamos hasta quedarnos sin aliento, sintiendo nuestras manos recorrer partes de nuestro cuerpo como si quisiéramos adueñarnos de ellas. La vuelta comenzó a andar nuevamente y nos separamos riendo como dos niños. Bajamos, tomados de la mano, y nos dirigimos a un carrito para comprar algo de comer, entonces todo se volvió oscuro. Las luces desaparecieron, la música que sonaba por los parlantes se detuvo, los personajes que animaban la feria se desvanecieron como si nunca hubieran estado allí.

—¿Qué diablos…? —mascullé atrayendo a Genvive hacia mí. Una bruma gris se extendió por el predio y al alcanzarnos nos heló hasta los huesos.

—Te dije que no debíamos venir aquí —tartamudeó la muchacha refugiándose entre mis brazos.

De la oscuridad se elevaron risas estridentes, sombras se levantaron del piso y se arrastraron hacia nosotros. Sentí que una mano huesuda me tomaba del brazo. Genevive gritó a mi lado al verse rodeada de aquellas figuras que me habían visitado en el hospital. Le di un fuerte empujón al ser que tenía delante de mí y, sin soltar la mano de la muchacha, comencé a correr. A lo lejos divisamos una luz mortecina que se elevaba sobre la oscuridad, la única luz en todo el predio que provenía de una construcción de chapa. Sin pensarlo nos dirigimos hacia allí. Me estrellé contra la puerta de metal con fuerza para abrirla, y cuando Genevine hubo pasado, la cerré y me mantuve apoyado en ella, esperando que alguien del otro lado quisiera entrar.

Comenzaron los golpes frenéticos contra la puerta, las voces del otro lado diciendo mi nombre una y otra vez.

—¡Necesito ayuda! No aguantaré mucho más —grité a mi acompañante mientras hacía fuerza para mantener la puerta cerrada. Ella desapareció unos momentos y volvió con un hierro retorcido que encajé en la manija para bloquear la puerta.

—Vamos, encontremos otra salida —dije tomando a Genevive de la mano. Nos adentramos en un pasillo iluminado por una luz verdosa. A un costado nos recibió un letrero que rezaba «Bienvenidos a la Cueva de los Gritos».

—Lindo lugar para escondernos —murmuró la muchacha. Temblaba de pies a cabeza y su mano sudaba entre la mía. Estaba muy pálida, y por un momento pensé que se iba a desmayar.

—Saldremos de aquí. Te lo prometo.

Seguimos el camino hasta toparnos con un carro sobre ríeles. Una música comenzó a sonar y una voz en *off* nos dio la bienvenida:

—«Bienvenidos al mundo terrorífico de los muertos. Pasen y acomódense en uno de los carros. El paseo comenzará en unos minutos y no queremos que alguien se quede rezagado, a merced de las almas de aquellos que buscan redención».

Titubeé unos segundos intentando dilucidar lo que debíamos hacer. ¿Ir caminando por los rieles o subirnos al carro? Mi respuesta llegó en el momento en que sentimos un crujido a nuestras espaldas y vimos que una mano huesuda se escapaba entre la rendija de la puerta. La barra de metal no aguantaría mucho más.

—Subamos al carro —dijo de pronto Genevive. Se soltó de mi mano y de un salto se sentó dentro del mismo. La seguí e inmediatamente el carro comenzó a andar sobre los rieles. Primero despacio, luego fue tomando velocidad, hasta que nos adentramos en un túnel que parecía escavado en la tierra. Las escenas comenzaron a aparecer de un lado y del otro: primero un esqueleto vestido con una túnica blanca, el cráneo cubierto por una capucha, alrededor del cuello una soga que lo sostenía oscilando colgado de la rama de un árbol. Una música estridente comenzó a sonar por los altoparlantes y el esqueleto levantó una mano, tiró de la soga con fuerza haciendo que se rompiera, y cayó al piso. Se levantó entre un tintineo de huesos al chocarse. El carrito se detuvo frente a la horrible figura y Genevive ocultó la cara en mi pecho.

—«¿Preparados para el viaje?» —preguntó la voz a través de los parlantes. La mandíbula del esqueleto se movía como si fuera ella la que hablara y en las cuencas se encendieron dos lucecillas rojas—. «*La pregunta verdadera es, ¿cuánto conoces a la persona que tienes a tu lado? ¿Cómo sabes que tu vecino no es un asesino, un violador, o un ladrón? ¿Que la señora amable a la que le compras caramelos, es en realidad una bruja despiadada que guarda trozos de niños en su heladera? ¿Que el hombre que vende helados, en verdad es un demonio que por las noches tortura mujeres jóvenes? ¿Que la madre de ese niño que ves jugando todos los días en la esquina, aquella que lo trata con tanto amor, en verdad está pensando en matarlo? ¿Que el perro labrador, si, ese con el que*

tus hijos juegan en las tardes, es un animal salido del averno con sed de sangre?».

El esqueleto desapareció detrás de una puerta y el carro se puso en marcha nuevamente. En la siguiente estación nos encontramos con una mujer de mediana edad que horneaba un pastel, no me hizo falta mirar mucho más para reconocer la imagen: un horno enorme calentaba en una esquina y la mujer regordeta metía a un niño en la bandeja principal y cerraba la puerta. Los gritos ahogados y la risa macabra de la anciana hicieron que Genevive comenzara a sollozar. El carro siguió y las imágenes también: una muchacha joven con las manos cubiertas de sangre, rodeada de cadáveres, con objetos volando a su alrededor; un niño de unos cuatro años cubierto de barro salía de una tumba junto a otros más; un perro grande, como un lobo, rasgaba la carne de su víctima; un hombre con un hacha que descuartizaba a una familia entera; un grupo de muertos vivientes que azotaba un pueblo; una mujer fantasmagórica aterrorizaba a un niño. Las imágenes eran tan reales que por un momento dudé de si aquellos muñecos no eran en verdad personas, o si por lo menos, un alma maligna les daba vida propia.

Nos adentramos en la oscuridad. Al final se veía una luz rojiza que se iba haciendo cada vez más fuerte. El carro se detuvo cuando estuvimos frente a la última estación: un cuarto rojo adornado con juguetes para niños: pelotas inflables, ositos de peluche, muñecas de trapo, soldaditos con vida propia, bailarinas en cajas de cristal. La música de circo comenzó a sonar en los parlantes y entonces una enorme caja que había en medio se abrió con un estrepito. Primero salió la cabeza, pero no fue hasta que vi la totalidad que no sentí el verdadero terror.

III

Payaso`s Inferno

Una carcajada resonó por las paredes, haciéndolas temblar. La música alegre, casi infantil, estaba totalmente fuera de lugar ante aquella visión. Sobre todo teniendo en cuenta que los payasos constituían para mí el miedo humano más primigenio, o por lo menos, con el que había tenido la desgracia de nacer. ¿Quién imaginó que los payasos eran divertidos para los niños?

Pero este en particular, era aún peor que un hombre gordo pintado de blanco y con una nariz roja. Este realmente era un demonio jugando a ser payaso. Su rostro completamente pálido, dándole el aspecto de un cadáver. La piel pegada al cráneo, estirada, pero al mismo tiempo arrugada y vieja, como si se tratase de un pergamino demasiado usado. Tenía una pelada prominente donde la piel se veía aún más vieja y repugnante, y a los costados le nacían dos largos mechones de cabello rojo que le caían como lenguas de fuego al costado del rostro, dándole el aspecto de encontrarse entre las llamas. Los pómulos coloreados de rojo se encontraban bien marcados, al igual que la mandíbula cuadrada y huesuda, gracias a la delgadez de su carne y la tirantez de la piel. Tenía una barbilla demasiado grande y pronunciada, llena de pequeñas marcas similares al acné. Sonreía, y ese gesto le hacía parecer como si no tuviera labios, sino simplemente un tajo en la parte inferior de la cara que dejaba al descubierto las encías de las que nacían cientos de dientes afilados como colmillos. Pero lo peor eran sus ojos, dos glóbulos oculares hundidos en las cuencas, de un extraño color amarillo-verdoso, cuyas pupilas eran apenas un puntito negro. No tenía párpados, por lo que su mirada era enorme, abierta y completamente extraviada, un camino a la locura. Para cerrar la bizarra imagen una nariz roja de hule coronaba su verdadera nariz.

El payaso salió de la caja y caminó con paso tambaleante hacia nosotros. Llevaba puesto uno de esos trajes antiguos con encaje en cuello y mangas, de color blanco y negro. Se detuvo, volvió a sonreír y, sin decir palabra, señaló un rincón de la habitación. Allí había una puerta de hierro que se abrió con un chillido. Me llegó un fuerte olor a azufre y podredumbre, una oleada de calor acompañada de llantos y lamentos.

Genevive sollozaba contra mi pecho, y yo me esforzara porque no mirara a aquel horrible ser. De pronto apareció junto al payaso un pequeño niño de unos tres años. Era precioso, de ojos azules y cabello rubio ensortijado. Estaba pálido y llevaba un enterito azul manchado de ¿pintura? roja.

—Mami —dijo el niño. Genevive se apartó bruscamente de mí y clavó su mirada en el niño. Una expresión de desesperación cruzó su rostro, y se apresuró a bajar del carro casi a los trompicones.

—¡Tomy! —gritó. El payaso le dio al niño un caramelo y luego lo guió a través de la puerta. Genevive se precipitó detrás del pequeño sollozando desesperada.

—¡Genevive! ¡NO! —grité saltando del carro. Demasiado tarde, la muchacha ya había atravesado la puerta y se había perdido entre las sombras.

El payaso se interpuso en mi camino con tal rapidez que casi choqué contra él. Tener su rostro tan cerca me dejó congelado.

—¿Ha encontrado lo que buscaba, señor escritor? —preguntó dejando que su aliento podrido, peor que el hedor de cien tumbas, se estampara contra mí.

—¿Quién era el niño? ¿Quién es usted? ¿Qué diablos pasa en este pueblo? —pregunté en sucesión, intentando inhalar una sola vez y esquivar aquel olor nauseabundo.

El payaso rió y sus dientes castañearon chocando entre sí. Aplaudió casi con alegría ante mis preguntas y dio un paso atrás. Hizo una reverencia burlesca.

—Es usted muy curioso, ¿alguien se lo había dicho? Supongo que es la maldición de todos los escritores, meterse en asuntos que no le conciernen en busca de una buena historia. ¿No cree que por fin la ha encontrado? ¿Esa historia que tanto buscaba? ¿Qué está dispuesto a entregar por ella?

Lo miré intentando entender lo que quería decir, pero mi mente aún viajaba detrás de Genevive y el pequeño.

—No se preocupe, ella estará bien. Verá, la dulce Genevive fue una de las primeras en volverse loca cuando el pueblo se contaminó. Un día estaba bañando a su hijo cuando algo en su cabeza hizo «click» y el mundo cambió. Ella vio todo tal cual era, las almas de los condenados, los demonios que vagaban por la tierra, la maldad en su estado más puro. Entonces enloqueció, su hijo no podía vivir en un mundo donde la hediondez de la humanidad rezuma a través de cada roca, de cada ser viviente. Lo ahogó en la bañera y después lo enterró en el jardín.

—No, eso no… —negué dando un paso hacia atrás.

—Hace demasiado tiempo que nadie viene a este pueblo. Ellos no recuerdan, están condenados a vivir sus historias una y otra vez. Un día despiertan y la han olvidado, y entonces llevan una vida normal, hasta que por algún lado la locura se desata y todos terminan igual: muertos. Es el precio que eligieron pagar por su codicia, ¿qué precio estás dispuesto a pagar tú?

Miré hacia atrás, calculando los pasos que faltaban para llegar a los ríeles y así poder huir de aquel siniestro personaje. Pero entonces un grito desgarrador llegó desde la oscuridad, allá donde Genevive había desparecido. Me llamaba desesperada, pedía mi ayuda. Sin pensarlo le di un fuerte empujón al payaso y corrí hacia la abertura.

Al entrar la oscuridad me envolvió por completo y sentí que el piso desaparecía bajo mis pies. Una carcajada diabólica me acompañó mientras caía, esperando estrellarme y sentir crujir los huesos de mi cuerpo. Vi una fuerte luz roja ascender desde abajo y alcanzarme, abrazándome con el calor del fuego.

Grité.

Desperté mareado, atontado y adolorido. Me incorporé despacio, esperando encontrarme con alguna herida, pero estaba en perfecto estado. Miré a mi alrededor y vi que estaba en una habitación con las ventanas tapiadas. La única luz provenía de los rayos anaranjados que ingresaban entre las rendijas de las tablas y los agujeros que habían hecho los roedores. En la habitación había varios

bancos diseminados sin ton ni son, papeles abarrotando el piso, y en una pared un enorme pizarrón. No me costó mucho darme cuenta de que estaba en una escuela. ¿Cómo había llegado allí?

Salí del aula y me encontré con un largo pasillo en penumbras.

—¡Genevive! —grité. No sabía lo que aquel payaso quería de nosotros, pero no creía nada de lo que me había dicho de la muchacha. Había jugado con la pérdida de su hijo para atraparla, y no me iría hasta encontrarla.

Recorrí el pasillo despacio, esperando que mis ojos se acostumbraran a las sombras y figuras que había ante mí. Entonces sentí el ruido de un motor, una muchedumbre que gritaba, aullidos lejanos, llantos desgarradores.

—«(…) tomaron las armas, mataron a la mitad de los locos y a la otra la encerraron en la antigua escuela.»

Las palabras que Genevive me había dicho aquella mañana resonaron en mis oídos justo en el momento en que la multitud comenzaba a aparecer. Hombres, mujeres, niños, bebés, animales. Todos ellos, todos los locos, todos los malditos, empezaron a salir de las distintas habitaciones. Apenas cadáveres, casi nada de humanos, con los ojos sumidos en locura y la mirada perdida, ávidos de sangre. Allí entre ellos vi esos ojos amarillos con las pequeñas pupilas, la boca retorcida, la nariz roja, el cabello de fuego.

Me volteé y corrí en dirección opuesta hasta toparme con una puerta. Entré al despacho y cerré detrás de mí mientras escuchaba la voz del payaso que se elevaba de entre las voces de los condenados.

—¿Qué es lo que quiere, señor escritor? ¿Qué está dispuesto a dar?

Me acurruqué debajo del armario y me tapé los oídos para no escuchar nada más. Los minutos pasaron y sentí que la multitud llegaba a la puerta y comenzaba a aporrearla. Ya nada me quedaba, ya no tenía tiempo. En un intento desesperado saqué mi libreta y me puse a escribir.

IV

Un Pacto

Aquí estoy, atrapado, con una horda de muertos vivientes, de locos campesinos, esperando para abrir la puerta y deshacerse de mí. Es curioso que en este momento piense qué será de Genevive, después de todo es una muchacha que apenas conocí unas horas.

La puerta se abre de un tirón y siento que alguien me toma de la chaqueta y me arrastra hacia afuera. Tengo los ojos cerrados, no necesito ver cómo llegará la muerte, pues ya sé que está cerca. Los siento a mi alrededor, los huelo, los escucho. Pasos, jadeos, ruidos de huesos, algún grito ahogado.

—No temas —es la voz de ella la que me hace sobresaltar y abro los ojos. Allí está Genevive, acuclillada junto a mí con una sonrisa en el rostro. No entiendo cómo puede estar así cuando se encuentra rodeada de aquellos seres. A ella parece no importarle—. Ven, levántate —me da la mano y me ayuda a ponerme de pie—. Ahora lo sé, ahora lo entiendo. Lamento haberme enterado de esta forma, lamento haberte involucrado en todo esto, pero en el pueblo olvidamos lo que somos, lo que hicimos, y eso nos hace sufrir. Ahora tengo a mi hijo conmigo, y mientras estemos todos aquí, nos encargaremos de que lo maligno que hay en este pueblo no salga. Tú lo has visto, sabes lo que significa, ¿verdad?

—No quería creer. Me parece una locura a esta edad creer que el infierno es algo real, que la maldad es tan palpable como yo —respondo mirándola fijamente. Tampoco quiero creer que ella lleva casi cien años encerrada allí, reviviendo su historia. ¿Es un fantasma? No, demasiado real.

—¿Qué es lo que más deseas? ¿Acaso no viniste aquí a buscar una historia? Creo que la has encontrado, simplemente debes decirme si estás dispuesto a pagar el precio.

—¿Qué precio?

—Creo que lo sabes, no hace falta que te diga quién es él —Genevive señala al payaso que espera pacientemente en un rincón. De pronto lo veo, una ilusión de cómo será mi vida, mi triunfo literario, mis libros convertidos en best-sellers, las películas…

—Es muy sencillo, sólo debes aceptar y este lugar estará abierto a ti para que lo uses. Toda la sabiduría, todas las historias, todo lo que nadie nunca imaginó será para ti, para que puedas escribirlo.

Es demasiado tentador. ¿Cómo decir que no? ¿Cómo negarme a aquello que he venido a buscar?

—Podrás escribir sobre lo que quieras, sobre todo lo que has visto aquí, sobre todo lo que verás cuando no sepas por donde continuar. La puerta estará abierta para ti, pero nunca nombres este lugar.

Asiento en silencio y Genevive sonríe.

—Ah, y una cosa más. Utiliza tu verdadero nombre para escribir, es con el que te harás famoso —la miro incrédulo y ella me acaricia la mejilla—. Vamos, dilo, di tu nombre en voz alta. Quiero escucharlo de ti.

—Mi nombre es… —vacilo, tomo aire y levanto la barbilla—. Stephen King.

~TIC - TAC~

-Tere Oteo Iglesias-

Tic-tac, tic-tac, tic-tac… ¡ese maldito sonido! No lo soporto más, perfora mi tímpano y llega hasta mi extenuado cerebro; las neuronas emprenden su particular éxodo, abandonan mi maltrecho cuerpo, salen de mí, se retuercen, se arrastran y mueren sobre la desgastada moqueta de la habitación.

¡Que alguien lo pare, por favor!

¿No me escucha nadie? ¿No hay ningún alma caritativa que desconecte de una maldita vez ese sobrecogedor mecanismo?

Cubro mi cabeza con el edredón, me escondo en mi propia cueva, tal vez así el golpeteo se amortigüe y deje de oírlo.

Creo que estoy enloqueciendo. Intento concentrarme en el silencio, evadirme de todo lo que me rodea incluso de mi propia vida.

¡Espera!... Parece que se apaga, su intensidad disminuye, quizá se esté quedando sin pilas…

¡Por fin! ¡Ya no oigo nada!

Se acabó su tiempo.

Hora de la muerte: 16.45h.

~900º~

-Tere Oteo Iglesias-

¡Odio este calor! Si hace un rato estaba congelada, apenas podía gesticular, tenía la cara tensa, estirada, como si se me hubiera olvidado aclararme los restos de la mascarilla, la sonrisa petrificada y dos estalactitas colgando de los orificios de mi nariz, los pies helados ¡cómo echaba de menos mis calcetines de lana!

Y, de repente, este sofocón. Algo extraño debe de haber ocurrido, alguna avería en el aire acondicionado o lo han puesto en modo calefacción sin darse cuenta; tengo que avisar al técnico para que lo miren, ¡esto no hay quien lo aguante…! Porque ¿en qué mes estamos? Mi alzheimer avanza peligrosamente, tengo que volver al neurólogo, aunque ya sé lo que me va a decir, no hay marcha atrás; con la memoria que yo tenía, que podía decirte la lista de los reyes godos del derecho y del revés y ahora no recuerdo ni mi nombre; yo creo que estamos en agosto, será la segunda quincena, estos cambios tan bruscos de temperatura son propios del final del verano, además recuerdo que hace poco que fue mi cumpleaños y cuando era niña siempre lo celebrábamos en la playa. ¡Qué triste hacerse vieja!

Si, por lo menos, pudiera alcanzar mi abanico, pero ni siquiera sé dónde puse el bolso… necesito beber un poco de agua.

¡Qué exageración! Esto no es normal, ya no es pasar calor, esto es morirse… empiezo a oler a chamusquina, ¿se me nubla la vista o el cuarto se está llenando de humo?… ahora me viene a la cabeza la película esa de Paul Newman, la del incendio en el rascacielos… ¡Dios, qué rabia! tampoco soy capaz de recordar el título, pero era tan agobiante, hasta puedo ver las llamas…me estoy obsesionando.

Será mejor que me relaje e intente descansar.

—En tres o cuatro horas pueden pasar a recoger sus cenizas —dijo amablemente el empleado de la funeraria.

~Los fantasmas no existen~

-Laura Morales-

Noche del 31 de octubre. Tantas leyendas hablan de esa noche infernal que ya no sabrás qué creer.

Rocky, Mara, Rei, Paul y Louis, tras mucho tiempo planeando, acabaron de decidir que se reunirían en el cementerio de Asborith. Estaban dispuestos a pasar la noche allí con sus cámaras de vídeo. Estos amantes del cine querían preparar un corto para el concurso del 3º Festival de Verano de Roche. Ya habían participado en los anteriores y no habían tenido suerte. Si le gustaba al jurado y ganaban, conseguirían una beca cada uno en la mejor escuela de cine del país: *Triple M.*

—Vamos chicos, en media hora darán las doce y quiero estar allí ya —se quejó Rocky.

La chica montó en el todoterreno, en el asiento del conductor, mientras que sus amigos terminaban de guardar sus cámaras y petates en el maletero del vehículo.

El camino al cementerio fue bastante raro. Había mucha tensión entre ellos.

Cuando llegaron a la alta verja de hierro oxidado del camposanto, Rocky había puesto el freno de mano, pero se quedó unos segundos mirando el volante. Ninguno de sus amigos dijo nada. Ni siquiera se movieron de sus asientos.

Louis, el más gallito de los cinco, abrió primero la puerta y salió. Finalmente los demás le siguieron. Sacaron sus linternas y faroles, las mochilas con las cámaras, los vestuarios y maquillaje, la máquina de niebla y toda la parafernalia que iban a usar en su vídeo.

Querían demostrar que el miedo tan solo era producto de nuestra mente.

Paul se acercó a la verja, que para su sorpresa, no tenía ningún candado, por lo que no tuvo que usar la cizalla para romper las cadenas o lo que hiciese falta.

Se adentraron en el oscuro cementerio. Sus linternas alumbraban hacia todas partes, vigilando no encontrarse con los sepultureros o algún animal desagradable. Por suerte, estaban solos.

Mara y Rocky iban «escoltadas» entre los chicos, Rei y Paul iban delante y Louis detrás.

Llevaban tiempo soñando con ese momento, pero ahora estaban muy asustados.

La luna, que estaba escondida entre las nubes, hizo acto de presencia, iluminándoles el camino.

—Tened cuidado, no pisoteéis ninguna tumba —advirtió Mara.

—¿Por qué? —preguntó Rei, curioso.

—¿No sabéis que si pisáis una tumba, el espíritu del muerto te atrapará y morirás? —sus amigos se asustaron—. ¿En serio no conocíais esa leyenda? —sus amigos negaron—. Yo no pienso comprobar si es cierta o no, así que vosotros veréis.

Los cinco vigilaron cada uno de sus pasos. En más de una ocasión a punto estuvieron de pisar alguna lápida del suelo.

Llegaron a un pequeño claro, cercano a un mausoleo hecho con mármol blanco. Aquel sería el lugar donde montarían el «campamento».

Mientras los chicos preparaban las cámaras y la máquina de niebla, Rocky y Mara se cambiaban de ropa. Mara haría de espíritu perdido y Rocky sería la protagonista. Ésta maquilló a su amiga como un auténtico espectro: piel blanquecina, ojos con lentillas blancas, ojeras, el pelo rubio despeinado, ropa desgarrada y cubierta de sangre.

Una vez terminó con ella, fue su turno, Mara la maquilló y peinó su pelo castaño.

Después decidieron gastar una broma a los chicos.

Mara se escondió entre unas tumbas cercanas y con la cabeza ladeada se acercó a ellos, con un rugido gutural, que le salió realmente bien.

Los chicos se encogieron del susto y corrieron hasta el mausoleo, donde Rocky se moría de la risa.

Paul, al descubrir que era todo una broma de las chicas se enfadó mucho, pero en cuanto recibió un beso en la mejilla de Rocky, la chica de la que estaba secretamente enamorado, el cabreo desapareció.

—¡Dios santo! ¡Rocky, parece un fantasma de verdad!—dijo Louis, observando de cerca el rostro de Mara, que sonreía, mostrando una dentadura postiza un tanto asquerosa —¡Este corto va a ser la caña! Eso si, no quiero que sea como las pelis esas de los que graban con sus cámaras todo, como si una bruja les persiguiese.

—Ni hablar —secundó Rei—. Eso no sería original...

—¿Qué os parece si antes de empezar a grabar hacemos una ouija? —ofreció Paul frotándose las manos.

—¡Sí! —gritaron todos a la vez, entusiasmados.

—¿Creéis que contactaremos con algún espíritu? —preguntó Rocky.

—Seguro que sí —respondió Mara —¿Empezamos?

Todos asintieron a la vez mediante un gesto. Paul acababa de sacar de uno de los petates el tablero de madera y lo colocó en el suelo. En ella habían pintado a mano con rotuladores las letras del abecedario, los números del cero al nueve y las palabras «si» y «no». Los cinco se cogieron de las manos sin hablar y se sentaron en la fría tierra alrededor del tablero, formando un círculo.

Rei fue el que rompió aquel incómodo y extraño silencio.

—¡Espíritus! ¡Os invocamos! —calló unos segundos—. ¡Si alguien responde a nuestra llamada, hacednos una señal!

Todo estaba en absoluta calma en el cementerio. Al no obtener resultado alguno, Louis volvió a insistir.

—Si hay alguien ahí, ¡ofrecednos una señal!

De pronto oyeron un extraño ruido a sus espaldas. Todos gritaron aterrados, soltándose las manos y rompiendo así el círculo. Rei cogió una de las linternas y alumbró hacia el lugar de donde procedía el sonido. Junto a las tumbas merodeaban dos gatos. Lo que habían oído no era otra cosa que el animal intentando cortejar a su pareja. Entonces, suspiraron aliviados.

—Lo tomaremos como una señal —prosiguió Rei —Continuemos… ¡Espíritus! ¡Comenzaremos con las preguntas!

El chico sacó del bolsillo de su sudadera un vaso de chupito, lo colocó boca abajo sobre el tablero y cada uno puso su dedo encima.

—¿Hay alguien ahí? —repitió Rei.

El vaso no se desplazó ni un milímetro.

De repente, Paul gritó. Los demás soltaron el vaso y también gritaron.

—¡Ahhhh! —Gritó nuevamente el chico— ¡Por favor! ¡Ayudadme! ¡Me pica la espalda y no llegooooooo!

—¡Paul! ¡Eres un idiota! —Dijo Mara a la vez que le propinaba una colleja — ¡Vaya susto!

—¡Ay! Jolín, estabais tan serios… que mi cuerpo me lo pedía je je je.

—Dejaos de tonterías — respondió Rocky — Rei, prosigue por favor.

—Gracias. ¡Espíritus! Queremos hablar con vosotros. ¿Hay alguien ahí?

Esta vez el vaso comenzó a moverse. Todos abrieron los ojos muy asombrados y siguieron los movimientos del vaso.

—S...I… Sí, vale, sigamos. ¿Eres hombre o mujer?

El vaso volvió a moverse.

—H...O…M…B…R…E… Hombre. Vale. ¿Eres algún familiar nuestro?

Nuevamente, el vaso se movió.

—N…O… No. ¿Quieres preguntarnos algo?

—V…A…M…O…S…A…J…U…G…A…R… ¿Vamos a jugar? ¿A qué?

—M…U…E…R…T…E… ¿Muerte? ¿Vamos a matar animales? ¡Un sacrificio!

El vaso comenzó a moverse solo, ninguno de ellos tenía el dedo puesto. El espíritu parecía enfadado.

—¡Dinos tu nombre! –gritó Esther.

—L…U…C…I…F…E…R…

Todos, asustados, apartaron las manos del vaso y la ouija, poniéndose en pie, excepto Louis.

—¡Pero qué idiotas! ¡Os lo habéis creído! —Habló Louis, poniéndose también en pie y carcajeándose como nunca lo había hecho —¡Qué crédulos!

—¿Has sido tú? —quiso saber Mara. El chico asintió sin dejar de reírse.

—¡Pedazo de anormal! ¡Vaya susto nos has dado! —Rei le golpeó en el brazo, sin que Louis pudiera dejar de reír.

De pronto el vaso estalló en mil pedazos. Los jóvenes, incluido el bromista, se asustaron tanto que se abrazaron unos a otros y miraron a todas partes. En el exterior del cementerio se formó una espesa niebla, y una gelidez insoportable

comenzó a apoderarse de ellos. Cogieron todas las linternas y alumbraron todo el cementerio.

Allí no había nada ni nadie.

—Habrá sido a causa del frío, no os preocupéis —Rocky quitó hierro al asunto—. ¡Vamos a grabar o nunca lo haremos!

Decepcionados con su sesión fallida de espiritismo, comenzaron con la grabación. Paul y Rocky serían una pareja de góticos demostrando su amor en su lugar favorito, a la vez que tranquilo: el camposanto.

Paseaban de la mano entre tumbas, mientras que la luna llena en todo su apogeo, alumbraba su camino, sin necesidad de usar luz artificial.

Pararon frente a una tumba en la que un precioso ángel con las alas plegadas y cara triste custodiaba y vigilaba el lugar de reposo eterno de un desconocido.

Las cámaras grababan cada movimiento de la pareja; de eso se encargaban Rei y Louis.

Rocky se fijó bien en el rostro del ángel. Por un segundo le pareció ver que ya no miraba la tumba sino a ella.

La muchacha dio un paso hacia atrás.

—¿Has visto eso? —Preguntó ella, agarrándole del brazo—. Me está mirando.

Paul se dio cuenta de que su chica no seguía el guion, pero decidió seguirle la corriente, no quería volver a rodar la escena.

—Es cosa de tu imaginación. No tendrás miedo, ¿verdad?

Rocky, siguiendo con su papel, se olvidó de la mala pasada que le había jugado el miedo que sentía. A ella no le hacía ni pizca de gracia perturbar el sueño de los muertos, pero por sus amigos hacía cualquier cosa. Entonces, la chica se sentó sobre la alta lápida, dando la espalda al ángel. Con un pícaro gesto, llamó la atención de su chico, que con una sonrisa se acercó a ella y la besó.

Mara preparaba la máquina de niebla, pues enseguida entraría ella en acción.

De repente, Rocky notó cómo la lápida donde estaba sentada vibraba, separándose bruscamente de Paul.

—¿Has notado eso? —dijo ella, girándose hacia el ángel.

La estatua tenía la cabeza ladeada y seguía mirándola.

—Paul, vamos a otro lugar. Esta estatua me pone el vello de punta —rogó ella.

Sin dejar de grabar, los cámaras siguieron a la pareja unos metros más, mientras se acercaban a un grandísimo mausoleo de mármol negro.

Con un rápido movimiento, Paul atrapó a Rocky entre su cuerpo y la pared de la cripta, y la besó de nuevo.

Ella sonrió, pues estaba locamente enamorada de Paul desde hacía mucho tiempo y aquellos besos le sabían a gloria. La chica no era consciente de que él también estaba enamorado de ella.

Rocky abrió los ojos y sonrió, pero enseguida en su rostro se dibujó la preocupación.

—Paul, la estatua del ángel tenía las alas plegadas... ¡Ahora las tiene abiertas! —gritó creando un pequeño espacio entre ellos.

—No te preocupes, es el miedo el que te hace pensar algo así. Ven, bésame.

Ella no se resistió, así que le besó.

En ese momento, Mara encendió la máquina de niebla, que creó una fina capa blanquecina sobre el suelo del camposanto y comenzó su actuación.

Como si de un auténtico espectro se tratara, salió de entre varias tumbas con la cabeza ladeada, mirándoles con sus blancos ojos. Siguiendo el guion, Paul gritó al ver esa terrorífica aparición.

Rocky le siguió el juego y gritó también, pero el chico huyó, dejándola sola.

—¡Paul! ¡Me prometiste que estarías siempre conmigo! ¡Cobarde!

Rei y Louis estaban muy contentos pues todo iba a la perfección.

Mara se acercó con paso lento hacia su amiga, que miraba al suelo, buscando una escapatoria, pero a la vez intentando no pisar ninguna tumba. No estaba en el guion, pero era demasiado supersticiosa como para atreverse a pisarla, ya la había costado horrores sentarse en la estatua del ángel…

Corrió mirando hacia atrás unos segundos. Estaba tan metida en su papel que tropezó con una lápida.

—¡Corten! —gritó Rei—. Descansemos, ahora hay que maquillar a Paul. Y Mara, ahora es cuando atrapas a Rocky —le orientó el chico a la muchacha.

Tras un rato de descanso, las dos chicas maquillaban a Paul, para convertirle en otro espectro mientras, Rei y Louis preparaban otra cinta para grabar.

Poco después continuaron con el rodaje donde lo habían dejado. Rocky repitió la carrera, tropezando nuevamente con otra tumba y cayó al suelo.

Al levantar la vista, se encontró con Mara, que la miraba fijamente.

Rocky gritó y llamó a Paul. La chica era buena actriz y consiguió levantarse mientras luchaba por contener las lágrimas ficticias, sin ser consciente de que sus rodillas estaban magulladas.

Entonces Paul, «convertido» en fantasma apareció tras el cuerpo de Mara.

—¿Me llamabas? —dijo él, con voz gutural.

Rocky se llevó las manos a la boca, para ahogar un grito.

—Tú...—ella no pudo articular palabra, por el miedo fingido.

—Sí, soy uno de ellos. Y te quiero a mi lado. Para siempre.

Mara se había escondido fuera del plano y se había situado tras su amiga, que no se había percatado y la asustó de verdad al rozar su cuello con sus manos.

—¡Corten!—gritó Louis esta vez—. A ver, Mara, ahora haremos un plano a cámara lenta, como si le partieras el cuello a Rocky. Ya añadiremos el sonido y vuestras voces. ¡Acción!

Mara hizo lo que Louis le había ordenado y su amiga cayó al suelo con brusquedad, golpeándose en la frente con una piedra escondida bajo la niebla.

La chica se quejó y se llevó las manos a la frente. Cortaron de inmediato la grabación al ver que se había hecho una buena brecha.

Paul, aun disfrazado de fantasma, corrió en busca del botiquín. Sacó alcohol y una gasa y le curó la herida, mientras le miraba a los ojos. La muchacha apartó la mirada, sonriente.

—Chicos, ¿qué hora es? —preguntó Louis.

—Las doce y media —respondió Rei mientras miraba su móvil. No tenía cobertura.

—Bueno, creo que con esto tenemos un magnífico corto, ahora me tocará editarlo... —comentó Louis mientras apagaba su cámara.

Rei colocó la suya en el trípode, mientras felicitaba a sus amigos.

—Chicos, tengo que ir al servicio —rio Rocky.

Se alejó un poco de ellos. Había cogido un pequeño espejito y se había ido tras el mausoleo. Se miró en el espejo la herida, que no tenía mala pinta.

Escuchó tras ella un ruido, como el que suena al pisar una rama y sonrió. Sabía que eran ellos, que querían asustarla, por lo que giró el espejo para ver lo que había tras ella.

El grito de la chica asustó a sus amigos. Ese alarido era de puro terror. Corrieron hacia donde había ido.

Se encontraron con una estatua de un ángel con las alas abiertas, parecido al que anteriormente habían visto, donde Paul y Rocky habían representado la escena del beso. Rodearon la estatua y lo que vieron fue terrorífico.

Rocky yacía sobre los brazos del ángel, cuyo rostro angelical se había convertido en una horrible mueca de odio. Tenía la boca repleta de afilados colmillos y cubiertos de un oscuro y pegajoso líquido: la sangre de la joven.

Al principio pensaron que se trataba de una broma, pero aquella sangre era real, no la que ellos usaban.

Mara gritó con todas sus fuerzas mientras daba pasos hacia atrás. Pero chocó contra algo. Lloraba de terror y no quiso mirar qué había a su espalda. Intentó correr hacia sus amigos pero no pudo. Sus pies no se movían.

Miró hacia el suelo y vio que estaba sobre una tumba. Rocky le había avisado que no pisaran las tumbas, y ella lo había hecho. Sintió como un escalofrío le recorrió desde la punta de los dedos de los pies hasta la nuca, erizándole el vello.

Gritó con todas sus fuerzas y sus amigos se giraron hacia ella.

Vieron como un espectro agarraba a su amiga por los tobillos, como si quisiera retenerla ahí. Corrieron hacia ella e intentaron tirar de sus brazos, fuera de la lápida, pero fue imposible.

Los ojos de Mara, que eran de un azul cielo, se pusieron negros y tras unos segundos, se tornaron blanquecinos. Entonces notaron cómo dejaba de resistirse y cayó al suelo, inerte, con la cara desencajada de terror.

Aquel espectro había cumplido su misión, anclar su alma al camposanto.

Ya solo quedaban los tres muchachos.

Rei quería salir de allí inmediatamente por lo que se dirigió a las cámaras, para recoger las cintas y salir disparado de allí, pero se vieron rodeados de almas en pena, seres semitransparentes y con rostros espantosos, trozos de carne colgando, mostrando sus huesudas mandíbulas, con las cuencas de los ojos vacías y cuerpos esqueléticos.

Paul se acercó al mausoleo e intentó forzar la puerta. Estaba tan asustado que no sabía, que al entrar, jamás volvería a salir.

Tras unos minutos la puerta cedió y se adentró en el lugar, en cuyo interior había una gran tumba de mármol.

Rei y Louis habían visto a su amigo entrar y corrieron tras él. Una vez dentro, la puerta se cerró sola, con un fuerte estruendo.

Los gritos de auxilio y terror de los amigos fueron amortiguados por el aullar de los lobos.

Días después, tras las denuncias de los familiares, encontraron el vehículo, las cámaras y todas las cosas que los muchachos habían llevado para grabar su vídeo, además de sus pertenencias personales.

La policía corroboró que la sangre del suelo era real y comprobaron igualmente las cintas que habían grabado.

—Dígame, señor agente, ¿qué contenían las cintas? —le preguntó a un policía uno de los muchos periodistas que habían acudido al lugar.

—Estos muchachos estaban rodando una película de terror para un concurso, bastante buena, por cierto.

—Encontraron a los cinco muchachos muertos, ¿verdad? ¿De qué murieron?

—Después de ver una y otra vez las grabaciones… Determinamos las causas. Las dos chicas murieron por fuertes golpes en la cabeza, posiblemente

contra las lápidas, mientras que a los muchachos los encontramos dentro del mausoleo. La puerta posiblemente se cerraría y murieron asfixiados.

—Hay leyendas sobre ese cementerio. Dicen que los espíritus moran sin hacer daño a nadie, y que cada 31 de octubre, a partir de las doce, el Diablo sale de su escondite y da vida a esos espectros. ¿Usted qué cree?

—El miedo puede jugarte malas pasadas… Así que vigila por dónde vas —advirtió el guardia.

Los ojos del agente se volvieron completamente negros.

O al menos eso es lo que el periodista creyó ver…

~Todas tus mentiras~

-Kassfinol-

—Suéltenme de una buena vez —gritó Tania desesperada. Ella se encontraba amarrada en una silla de manos y pies, con los ojos vendados. No percibía ningún olor, tampoco escuchaba nada, solo sentía que la temperatura estaba algo fría, mientras chapaleaba en el agua con sus pies descalzos. Sabía que solo llevaba puesta la ropa interior, situación que ponía su corazón en desenfreno pues se encontraba ahí contra su voluntad. Llevaba horas gritando, pero desistió al sentirse cansada. Mientras respiraba audiblemente por el esfuerzo, hizo silencio al notar que su sed se incrementaba, debía guardar fuerza y estar atenta por si alguien venía por ella.

El miedo de Tania se incrementó aún más, al recordar que en la ciudad habían muerto nueve mujeres amordazadas, y habían sido encontradas desnudas a lo largo de dos meses. Aterrada por la situación se dispuso a gritar nuevamente, pero no pudo pues escuchó la voz que estaba segura conocía.

—Hasta que al fin dejaste de gritar… ¿Qué te pasa Tania? ¿Este juego no te gusta acaso? Pensé que te gustaría ¿Así es como tú acostumbras a jugar o no?

—Santiago ¿eres tú? —preguntó Tania asombrada del hecho de que el mejor amigo de su esposo la tuviera en estas circunstancias—. Hazme el maldito favor… ¡suéltame y sácame de aquí! —Tania no entendía nada de lo que estaba pasando, así que continuó gritándole—. ¿Acaso estás loco? ¿Qué crees que pensará Renzo de todo esto que estás haciendo?

Todo el miedo que sentía Tania se convirtió instantáneamente en molestia, al darse cuenta de la mala broma que le estaba jugando el hijo de puta de Santiago. El hecho de que él la asustará de esta manera, era inaudito para ella. Él acostumbraba a hacer bromas pesadas, pero jamás hasta estos límites.

—¿Acaso tengo que preocuparme por tus preguntas? Renzo es un tonto que no está al tanto de tus cochinadas, de esa doble vida que llevas… ¡Yo no creo que precisamente hoy se inquiete porque llegues tarde! —el tono irónico de Santiago le provocó un escalofrió en la columna vertebral a Tania.

Ella empezó a moverse fuertemente en la silla, con la esperanza de poder soltarse. Pero acabó cayendo a un lado, golpeándose fuertemente el rostro. Santiago solo la miró con media sonrisa en la cara, negando con la cabeza con

aires de satisfacción.

—¿Cómo sabes tú que tengo una doble vida? ¿Tienes pruebas de eso? —al pronunciar las preguntas Tania se dio cuenta que estaba aceptando las insinuaciones de Santiago. Desafortunadamente no se le hacía fácil intentar soltarse y mantener su mentira inteligentemente. Su ira se incrementó y le dijo en susurros llenos de ironía—. Eres un gran hijo de puta, un metido ¿Por qué mejor no te buscas una mujer? Te doy un consejo… enfoca tu vida en la tuya y deja de meterte en la de los demás... ¿Acaso te gusta Renzo? ¡Quédatelo, pero déjame en paz!

Santiago muy sonriente se arrodilló para tenerla cerca. Ella no sabía lo que le esperaba, él estaba realmente excitado por toda la situación. Si Tania pudiera verlo, se daría cuenta que la erección de Santiago era prominente.

—No hago, ni haré eso que me pides, porque sinceramente a mí me gusta esto —el susurro de Santiago fue acompañado por el profundo corte que le hizo a Tania, con una afilada daga, entre la rodilla y su tobillo, recorriendo así todo el muslo… haciendo que la sangre se desbordara alrededor del cuerpo de una Tania petrificada por el dolor. Los gritos de la increíble sensación dolorosa retumbaron por todo el lugar.

—Eso… si… así es que me gusta… vamos… grita mucho más… ¡Vamos grita más fuerte! —dijo Santiago mientras hundía de nuevo el arma cortante a lo largo del vientre de una Tania agonizante.

Los espasmos de su cuerpo se veían notoriamente, estaba claro que la pérdida de sangre y el frío de la habitación no era una buena combinación.

—Auxilio… que alguien me ayude —dijo Tania moviéndose en su propia sangre.

Santiago la abrazó para poder quitarle la venda que cubría sus ojos.

—Mírame, quiero que sepas quién realmente soy… soy el asesino. Ese del que hablábamos hace unos días… nadie se ha dado cuenta de quién en realidad soy… debes estar contenta de enterarte… pues la verdad siempre trae felicidad ¿o no es así?

—Suéltame, te lo suplico —las lágrimas de Tania empezaron a correr por su

rostro, lavando un poco su ensangrentada mejilla.

—No. No lo haré, me encargo de asesinar a mentirosas como tú.

—Pero… si tú… eres… eres otro mentiroso… un asesino —Tania vomitó sangre ante el evidente esfuerzo que hizo al hablar. Ella estaba segura que este sería el último minuto de su vida, pues ya no sentía gran parte de su cuerpo.

—Tienes razón amada Tania, soy tan mentiroso como tú… la mentira mata… la diferencia es que esta vez… la muerta serás tú.

~Invitados~

-Cintia Ana Morrow-

No sé qué es lo que veo por la ventana del hotel. Al principio pensaba que iba a haber casas, puertas, autos. Pero solo hay un espacio vacío y luego los árboles esos que forman un bosque. ¡Un bosque! Es que es insólito. No lo puedo creer.

Ahí miré bien el bosque. No es un bosque, es un cementerio. Pero, en medio de las tumbas y los sarcófagos, hay árboles. Me pregunto si las raíces le hacen algo a los muertos ahí enterrados. Se deben estar metiendo en los cajones, abriendo las tapas.

El espacio vacío sigue vacío. Pero ahora hay unos camiones y ayer, cuando se ponía el sol, distinguí una casita de chapas. Hasta me parece ver gente.

El hombre que está en la puerta de la casucha me estaba mirando. No sé cómo puede verme si estoy detrás de estos vidrios oscuros. Se quedó ahí parado mirándome y después se metió dentro de la casa. Bueno, lo que se dice una casa, no es… Es un cuadrado de chapas, no puede tener más de dos metros de alto.

Los camiones no se mueven. Llevo días mirándolos pero no se han movido ni un ápice. Están cubiertos de tierra como si no se hubieran movido en mucho tiempo. Sin embargo, estoy seguro de que el primer día no los vi. Estaba el espacio vacío sin los camiones ni la casucha.

Estaré loco, porque me parece que cada vez hay menos árboles. Al principio era un bosque. Ahora casi los puedo contar. Son ciento diecinueve, más o menos. Las tumbas no las puedo contar, deben ser miles. Y hay gatos entre las tumbas que, de noche, duermen en los camiones. No los veo, porque cuando oscurece, no se ve nada por la ventana, pero sé que duermen en los camiones. Dejan marcas en la capa de tierra que los cubre.

Hoy no vi ni gatos ni al señor de la casucha. Solo había un hombre que caminaba por el espacio vacío con bolsas. Una blanca y una negra. Y arrastraba los pies, así que se formaban nubes de tierra alrededor suyo. Iba caminando

lentamente hasta el final del espacio. Cuando llegó al marco de mi ventana, desapareció.

Mientras dormía, me tocaron la puerta. Escuché el ruido entre sueños y, cuando me desperté, ya no escuchaba nada. Se habían ido. Pero yo sé quiénes son. Son los que viven en la casucha, vienen a verme de cerca porque saben que los miro y que escribo sobre ellos. Menos mal que dormía porque no se me ocurre qué decirles.

Creo que los gatos vienen del cementerio. Cruzan el espacio vacío para dormir en los camiones, pero vienen del cementerio y de los árboles. Salen de adentro de las tumbas. Trepan por las raíces de los árboles y llegan a la superficie. Me parece que la gente de la casucha les tiene miedo. Cuando hay gatos no hay gente.

Ahora sé lo que llevaba el hombre en las bolsas. Eran gatos. Uno blanco y uno negro. A veces los gatos se mueren durante la noche y las personas los encuentran como dormidos, arriba de los camiones.

El señor de la casucha me estaba mirando de nuevo. Lo saludé con la mano, sabiendo que era imposible que me viera a través de los vidrios oscuros. Pero levantó el brazo. Me asusté y cerré la cortina, porque de noche, ellos me ven a mí.

Cuando abrí las cortinas esta mañana no estaban los camiones. Alguien me tocó la puerta y me di vuelta. Puse la oreja sobre la madera y escuché una respiración. No abrí.

Pasaron unas cuantas horas y no pude con la curiosidad. Detrás de la puerta había una bolsa. No me hizo falta mirar para saber lo que había adentro. Malditas personas de la casucha. Maldito el hombre que levantaba tierra con los pies. Él llevaba dos bolsas, ¿dónde está la otra?

Hoy salí de la habitación. Agarré la bolsa y caminé por los pasillos, bajé las escaleras, llegué a la puerta principal. El espacio vacío era más grande desde abajo, y no se veía el cementerio. Caminé por la tierra, entre los camiones, y vi las marcas que dejan los gatos. Llegué a la casucha y golpeé la puerta de chapa. El señor me abrió. «Al fin», dijo y me estiró la mano.

Le di la bolsa y me hizo señas de que entrara. Nos paramos junto a una ventana que tenía la casucha, era mucho más chica que la mía, la de la habitación. Miramos juntos hacia el cementerio. «Son ciento diecinueve árboles», me comentó. Y vimos como los gatos empezaban a salir de las tumbas.

***

Llevo unas semanas viviendo en la casucha con el señor. No sé qué pensarán de mí los del hotel porque aunque los primeros días me sonaba el teléfono todo el tiempo, después ya no sonó más. A veces cuento las ventanas hasta dar con la que es mi habitación, creo ver mis cosas y a la gente de la limpieza.

El señor prepara té todo el tiempo. Tiene una estufa a gas donde calienta el agua, también hace arroz y sopas. No sé si come eso porque no tiene dientes, o es al revés. De cualquier manera, su dieta también me está afectando a mí porque los pantalones me empiezan a quedar holgados y siento los dientes flojos. Me los toco con la lengua constantemente mientras él revuelve el arroz. Tengo ganas de gritarle: «¡Quiero carne!», pero sé que no me contestaría.

Un día me habló, me contó sobre los gatos. Me dijo: «Ven que te cuento una historia», y empezó.

—Una vez había un gato salvaje que venía viajando desde lejos. Se le hizo de noche mientras cruzaba un monte y, como no sabía bien dónde estaba, se quedó a dormir ahí. Por la mañana vio que estaba cerca de un pueblo. Entonces le

dio curiosidad y se acercó, observó a la gente, olfateó sus ollas y recibió caricias. Se quedó a vivir allí, en la comodidad.

»Pero su espíritu salvaje lo traicionó, no pudo entender que el gato dejara de cazar, que no arañara cuando los niños tiraban de sus bigotes, que no le mostrara los dientes ni a los ratones. Y una noche, mientras dormía, lo atrapó en un sueño turbulento.

»El gato se sacudía con los ojos cerrados, sin poder despertarse. Movía la cola que se acercaba peligrosamente a la chimenea. Se le prendió fuego. Corrió por la casa y por el pueblo intentando apagarla, sin darse cuenta que a su camino iba incendiando todo lo que tocaba. El pueblo era de cañas, así que se quemó y, puesto que era muy tarde y todos dormían, también se quemaron sus habitantes.

»El gato aulló de pena cuando vio lo que había hecho. Y no volvió a moverse, se murió sentado sobre las cenizas del pueblo que lo había acogido. Los seres humanos hicieron un cementerio en ese lugar y nunca más recibieron gatos en sus casas. En cambio, los gatos salvajes del mundo vienen al cementerio cada día. Bajan a las tumbas a lamerle la cara a los muertos con la esperanza de despertarlos.

Lo miré cuando terminó de contar la historia. «Eso es absurdo», le dije. Pero no le interesó demasiado mi respuesta. Se puso a comer arroz. Pensé en aquella vez en que me mandó un gato a la habitación, en una bolsa. De repente no entendía nada. Me desesperé. «¿Por qué me mandó un gato?», le pregunté casi gritando.

Al principio pensé que no me hablaba porque no era conversador. Y después me fui dando cuenta que, en realidad, me usa de oyente. No tiene conversaciones conmigo, son monólogos. No me responde las preguntas que hago. Le pregunté lo del gato en la bolsa muchas veces, también lo del arroz. Nada. Un día lo sacudí, tomándolo violentamente de los hombros. Pero me miró

como si no me viera. Sonrió su sonrisa sin dientes y tuve que soltarlo. Es como un niño este señor.

Algunas noches dormimos, cuando hay pocos gatos. Porque al señor le gusta mirar a los gatos por la ventana, no sé si los aprecia o, simplemente, los controla. Y los camiones aparecen y desaparecen sin que yo vea a nadie que los maneje. Esto es todo muy raro.

Hoy no me pude acordar por qué vine hasta acá. Miro la ventana de mi habitación con un poco de nostalgia ahora. Tengo ganas de decirle al señor que lo abandono, con sus gatos y su arroz. Con mis preguntas y sus respuestas que no existen.

Me armé de coraje y volví a la habitación de hotel. No dije nada, solo me alejé cuando el señor de la casucha salió con las bolsas, a buscar a los gatos. Atravesé la puerta giratoria y el hombre de la recepción estiró el cuello como para preguntarme algo. Yo saqué de mi bolsillo la llave magnética y se la mostré, ofendido por su desconfianza. Tomé el ascensor y caminé por los pasillos.

La habitación estaba igual. Lo primero que hice fue ir al baño, me quería ver en el espejo. Me encontré flaco, peludo y de tonalidad grisácea. Una inusual cantidad de champús y jabones se acumulaban en hilera al costado de las canillas. Como si la gente de la limpieza los hubiera seguido poniendo día tras día. Pero nadie los usó.

Tenía 422 correos electrónicos que no abrí. Fui hasta la ventana para mirar de nuevo al espacio vacío y a los camiones. No encontré la casucha, me di cuenta de que ya no me era tan fácil orientarme desde acá arriba. Un camión me vio y me pareció que se escondía detrás de los otros. Fue yendo marcha atrás, lentamente, hasta quedar tapado. Detrás de los camiones, volví a ver el cementerio. No había nada más.

Estoy pensando que todo esto parece una locura. Ahora que estoy limpio, afeitado y que hace días que solo como carne, me entró la duda de lo que estuve contando. El terreno vacío, los camiones y la casucha (sí, la volví a encontrar) me parecen tan lejanos desde la habitación.

Hoy vi al señor, parado junto a los camiones. Miró hacia donde estaba yo, pero no saludó con la mano ni hizo señas. No hay nada que me indique si lo que conté fue cierto. Desde que volví a la habitación no sé si alguna vez fui hasta esa casucha o no. ¿Y cómo explico lo de los champús y los jabones? Ojalá me hubiera quedado esa maldita bolsa, me indicaría que no estuve alucinando.

Estoy mirando el cementerio por la ventana. Ya conté los árboles dos veces, y sí, son ciento diecinueve. Voy a esperar a que se haga de noche, para ver a los gatos saliendo de entre las tumbas. Tiene que ser verdad.

No sé qué es lo que veo por la ventana del hotel. Al principio pensaba que iba a haber casas, puertas, autos. Pero solo hay un espacio vacío y luego los árboles esos que forman un bosque. ¡Un bosque! Es que es insólito. No lo puedo creer.

Ahí miré bien el bosque. No es un bosque, es un cementerio. Pero, en medio de las tumbas y los sarcófagos, hay árboles. Me pregunto si las raíces le hacen algo a los muertos ahí enterrados. Se deben estar metiendo en los cajones, abriendo las tapas.

El espacio vacío sigue vacío. Pero ahora hay unos camiones y ayer, cuando se ponía el sol, distinguí una casita de chapas. Hasta me parece ver gente.

El hombre que está en la puerta de la casucha me estaba mirando. No sé cómo puede verme si estoy detrás de estos vidrios oscuros. Se quedó ahí parado mirándome y después se metió dentro de la casa. Bueno, lo que se dice una casa, no es… Es un cuadrado de chapas, no puede tener más de dos metros de alto.

Los camiones no se mueven. Llevo días mirándolos pero no se han movido ni un ápice. Están cubiertos de tierra como si no se hubieran movido en mucho tiempo. Sin embargo, estoy seguro de que el primer día no los vi. Estaba el espacio vacío sin los camiones ni la casucha.

Estaré loco, porque me parece que cada vez hay menos árboles. Al principio era un bosque. Ahora casi los puedo contar. Son ciento diecinueve, más o menos. Las tumbas no las puedo contar, deben ser miles. Y hay gatos entre las tumbas que, de noche, duermen en los camiones. No los veo, porque cuando oscurece, no se ve nada por la ventana, pero sé que duermen en los camiones. Dejan marcas en la capa de tierra que los cubre.

Hoy no vi ni gatos ni al señor de la casucha. Solo había un hombre que caminaba por el espacio vacío con bolsas. Una blanca y una negra. Y arrastraba los pies, así que se formaban nubes de tierra alrededor suyo. Iba caminando lentamente hasta el final del espacio. Cuando llegó al marco de mi ventana, desapareció.

Mientras dormía, me tocaron la puerta. Escuché el ruido entre sueños y, cuando me desperté, ya no escuchaba nada. Se habían ido. Pero yo sé quiénes son. Son los que viven en la casucha, vienen a verme de cerca porque saben que los miro y que escribo sobre ellos. Menos mal que dormía porque no se me ocurre qué decirles.

Creo que los gatos vienen del cementerio. Cruzan el espacio vacío para dormir en los camiones, pero vienen del cementerio y de los árboles. Salen de adentro de las tumbas. Trepan por las raíces de los árboles y llegan a la superficie. Me parece que la gente de la casucha les tiene miedo. Cuando hay gatos no hay gente.

Ahora sé lo que llevaba el hombre en las bolsas. Eran gatos. Uno blanco y uno negro. A veces los gatos se mueren durante la noche y las personas los encuentran como dormidos, arriba de los camiones.

El señor de la casucha me estaba mirando de nuevo. Lo saludé con la mano, sabiendo que era imposible que me viera a través de los vidrios oscuros. Pero levantó el brazo. Me asusté y cerré la cortina, porque de noche, ellos me ven a mí.

Cuando abrí las cortinas esta mañana no estaban los camiones. Alguien me tocó la puerta y me di vuelta. Puse la oreja sobre la madera y escuché una respiración. No abrí.

Pasaron unas cuantas horas y no pude con la curiosidad. Detrás de la puerta había una bolsa. No me hizo falta mirar para saber lo que había adentro. Malditas personas de la casucha. Maldito el hombre que levantaba tierra con los pies. Él llevaba dos bolsas, ¿dónde está la otra?

Hoy salí de la habitación. Agarré la bolsa y caminé por los pasillos, bajé las escaleras, llegué a la puerta principal. El espacio vacío era más grande desde abajo, y no se veía el cementerio. Caminé por la tierra, entre los camiones, y vi las marcas que dejan los gatos. Llegué a la casucha y golpeé la puerta de chapa. El señor me abrió. «Al fin», dijo y me estiró la mano.

Le di la bolsa y me hizo señas de que entrara. Nos paramos junto a una ventana que tenía la casucha, era mucho más chica que la mía, la de la habitación. Miramos juntos hacia el cementerio. «Son ciento diecinueve árboles», me comentó. Y vimos como los gatos empezaban a salir de las tumbas.

***

Llevo unas semanas viviendo en la casucha con el señor. No sé qué pensarán de mí los del hotel porque aunque los primeros días me sonaba el teléfono todo el tiempo, después ya no sonó más. A veces cuento las ventanas hasta dar con la que es mi habitación, creo ver mis cosas y a la gente de la limpieza.

El señor prepara té todo el tiempo. Tiene una estufa a gas donde calienta el agua, también hace arroz y sopas. No sé si come eso porque no tiene dientes, o es al revés. De cualquier manera, su dieta también me está afectando a mí porque los pantalones me empiezan a quedar holgados y siento los dientes flojos. Me los toco con la lengua constantemente mientras él revuelve el arroz. Tengo ganas de gritarle: «¡Quiero carne!», pero sé que no me contestaría.

Un día me habló, me contó sobre los gatos. Me dijo: «Ven que te cuento una historia», y empezó.

—Una vez había un gato salvaje que venía viajando desde lejos. Se le hizo de noche mientras cruzaba un monte y, como no sabía bien dónde estaba, se quedó a dormir ahí. Por la mañana vio que estaba cerca de un pueblo. Entonces le dio curiosidad y se acercó, observó a la gente, olfateó sus ollas y recibió caricias. Se quedó a vivir allí, en la comodidad.

»Pero su espíritu salvaje lo traicionó, no pudo entender que el gato dejara de cazar, que no arañara cuando los niños tiraban de sus bigotes, que no le mostrara los dientes ni a los ratones. Y una noche, mientras dormía, lo atrapó en un sueño turbulento.

»El gato se sacudía con los ojos cerrados, sin poder despertarse. Movía la cola que se acercaba peligrosamente a la chimenea. Se le prendió fuego. Corrió por la casa y por el pueblo intentando apagarla, sin darse cuenta que a su camino iba incendiando todo lo que tocaba. El pueblo era de cañas, así que se quemó y, puesto que era muy tarde y todos dormían, también se quemaron sus habitantes.

»El gato aulló de pena cuando vio lo que había hecho. Y no volvió a moverse, se murió sentado sobre las cenizas del pueblo que lo había acogido. Los seres humanos hicieron un cementerio en ese lugar y nunca más recibieron gatos en sus casas. En cambio, los gatos salvajes del mundo vienen al cementerio cada día. Bajan a las tumbas a lamerle la cara a los muertos con la esperanza de despertarlos.

Lo miré cuando terminó de contar la historia. «Eso es absurdo», le dije. Pero no le interesó demasiado mi respuesta. Se puso a comer arroz. Pensé en aquella vez en que me mandó un gato a la habitación, en una bolsa. De repente no entendía nada. Me desesperé. «¿Por qué me mandó un gato?», le pregunté casi gritando.

Al principio pensé que no me hablaba porque no era conversador. Y después me fui dando cuenta que, en realidad, me usa de oyente. No tiene conversaciones conmigo, son monólogos. No me responde las preguntas que hago. Le pregunté lo del gato en la bolsa muchas veces, también lo del arroz. Nada. Un día lo sacudí, tomándolo violentamente de los hombros. Pero me miró como si no me viera. Sonrió su sonrisa sin dientes y tuve que soltarlo. Es como un niño este señor.

Algunas noches dormimos, cuando hay pocos gatos. Porque al señor le gusta mirar a los gatos por la ventana, no sé si los aprecia o, simplemente, los controla. Y los camiones aparecen y desaparecen sin que yo vea a nadie que los maneje. Esto es todo muy raro.

Hoy no me pude acordar por qué vine hasta acá. Miro la ventana de mi habitación con un poco de nostalgia ahora. Tengo ganas de decirle al señor que lo abandono, con sus gatos y su arroz. Con mis preguntas y sus respuestas que no existen.

Me armé de coraje y volví a la habitación de hotel. No dije nada, solo me alejé cuando el señor de la casucha salió con las bolsas, a buscar a los gatos. Atravesé la puerta giratoria y el hombre de la recepción estiró el cuello como para preguntarme algo. Yo saqué de mi bolsillo la llave magnética y se la mostré, ofendido por su desconfianza. Tomé el ascensor y caminé por los pasillos.

La habitación estaba igual. Lo primero que hice fue ir al baño, me quería ver en el espejo. Me encontré flaco, peludo y de tonalidad grisácea. Una inusual cantidad de champús y jabones se acumulaban en hilera al costado de las

canillas. Como si la gente de la limpieza los hubiera seguido poniendo día tras día. Pero nadie los usó.

Tenía 422 correos electrónicos que no abrí. Fui hasta la ventana para mirar de nuevo al espacio vacío y a los camiones. No encontré la casucha, me di cuenta de que ya no me era tan fácil orientarme desde acá arriba. Un camión me vio y me pareció que se escondía detrás de los otros. Fue yendo marcha atrás, lentamente, hasta quedar tapado. Detrás de los camiones, volví a ver el cementerio. No había nada más.

Estoy pensando que todo esto parece una locura. Ahora que estoy limpio, afeitado y que hace días que solo como carne, me entró la duda de lo que estuve contando. El terreno vacío, los camiones y la casucha (sí, la volví a encontrar) me parecen tan lejanos desde la habitación.

Hoy vi al señor, parado junto a los camiones. Miró hacia donde estaba yo, pero no saludó con la mano ni hizo señas. No hay nada que me indique si lo que conté fue cierto. Desde que volví a la habitación no sé si alguna vez fui hasta esa casucha o no. ¿Y cómo explico lo de los champús y los jabones? Ojalá me hubiera quedado esa maldita bolsa, me indicaría que no estuve alucinando.

Estoy mirando el cementerio por la ventana. Ya conté los árboles dos veces, y sí, son ciento diecinueve. Voy a esperar a que se haga de noche, para ver a los gatos saliendo de entre las tumbas. Tiene que ser verdad.

~El sonido de la muerte~

-Vanesa Vázquez-

El agudo silbido del viento lo despertó. Con el corazón agitado y el cuerpo tembloroso, Marcos Fernández se movió por la cama y buscó el interruptor de la luz. Una vez que lo pulsó, entrecerró los ojos, molesto por la intensidad lumínica. Fuera, el viento seguía golpeando la ventana, produciendo un sonido que en mentes fantasiosas se asemejaría al chillido de una mujer. No quiso mirar el reloj que tenía sobre la mesita de noche, si lo hacía se angustiaría al haber perdido el sueño a altas horas de la noche, y tener que levantarse el día siguiente temprano para ir al trabajo.

—Otra noche en vela —murmuró para sí mismo, acostándose de nuevo, ocultando sus ojos al apoyar el brazo derecho sobre la frente—. Maldición, mañana estaré para el arrastre y durmiéndome por las esquinas.

No era la primera noche que se despertaba en medio de la madrugada sin motivo aparente y permanecía con los ojos abiertos, incapaz de ingresar en el mundo de los sueños hasta que la molesta alarma del despertador le indicaba que había llegado el momento de levantarse, para comenzar un nuevo día. Ya había acudido al médico para que le recetara algo, pero por más que lo pidió siempre le respondían que debía empezar a relajarse y no tragarse los problemas, y no comenzar a tomar pastillas para dormir porque llegaría un momento en que la adicción sería tan grande que tendrían que aumentarle la dosis, y ya no habría modo de dormir sin drogarse.

Soltando una maldición en alto, Marcos decidió levantarse e ir al cuarto de baño a tomarse una ducha bien caliente. Quería ver si relajando el cuerpo, conseguía relajar la mente y así poder conciliar el deseado y necesitado sueño.

Cuando estaba a punto de salir del cuarto, escuchó de nuevo el silbido del viento.

Estaba despierto, con la luz encendida en el cuarto, era un hombre de treinta y nueve años que había vivido mucho, pero no pudo evitar que se le pusieran los pelos de punta y que el corazón le latiese agitado en el pecho, del escalofrío que le recorrió el cuerpo.

—Ostias, eso sonó como una mujer —comentó en alto, manteniendo la mano derecha sobre el pomo de la puerta del dormitorio.

Pero era imposible. Él vivía en medio de la nada, en una urbanización perdida en el monte, a una hora en coche de la ciudad más cercana y los únicos vecinos que tenía y que sabía que estaban en su casa en esas fechas tan especiales, vivían a quince minutos andando.

Movió la cabeza de un lado a otro, negando lo que parecía evidente. No había nadie fuera, estaba él solo en aquella casa. Giró el pomo y tiró de la puerta hacia dentro.

No la abrió del todo.

Esta vez, si que escuchó un grito.

—Pero qué demonios pasa —masculló con un tono de preocupación y temor, enmascarado por la sorpresa y la curiosidad.

Dejó atrás la puerta y caminó con pasos dubitativos hacia la ventana. Era incapaz de ver nada del exterior a causa de la gruesa cortina que la cubría. Si quería averiguar qué o quién producía esos desgarradores chillidos muy parecidos a gritos de mujer, tenía que acercarse y descorrer la cortina.

Su mente racional le recordaba que era imposible que una mujer estuviese en el jardín de su vivienda, gritando frente a su ventana a esas horas de la noche, pero una parte que permanecía intacta dentro de él y que arrastraba desde la niñez, le susurraba que apagara todo y que se resguardara bajo las sábanas de la cama.

A sus treinta y nueve años ignoró al niño que vivía dentro de él, y se plantó frente a la ventana. Sujetó el extremo de la cortina, y tras respirar hondo, tiró hacia un lado, descorriéndola del todo.

No vio nada.

Solo el cuidado césped de su jardín, iluminado levemente con la tenue luz de la luna.

Marcos soltó una carcajada nerviosa, francamente aliviado.

—Maldita sea, me he portado como un estúpido —reconoció en voz alta para sí mismo, mientras apoyaba la frente contra el frío cristal de la ventana. El invierno había llegado hacia una semana con una fuerza e intensidad que helaba. Aquel año ya habían sufrido dos alertas por temporal, y si el hombre del tiempo de su canal favorito no se equivocaba, para la semana conocerían la tercera alerta por viento y nieve.

Suspiró aliviado, saboreando el amargo sabor del miedo.

Cuando eras niño le temías a todo, desde la oscuridad hasta al monstruo que dormitaba bajo la cama. Con el paso de los años el temor infantil a todo lo que te rodeaba y no conocías se fragmentaba en miles de pedazos, fragmentos que se unían por la razón. Muchos seguían manteniendo un temor irracional en sus corazones, otros como él –o al menos así lo consideraba- conseguían librarse del miedo residual fruto de la inexperiencia y de la mente imaginativa de la niñez.

—Será mejor que me vaya a duchar e intente descansar algo —dijo rompiendo el silencio que imperaba en el cuarto mientras se separaba de la ventana—. Mañana, por mucho que me joda, tengo que acercarme a la oficina —odiaba trabajar en aquellas fiestas, no porque las celebrase, si no porque la gente con la que debía tratar estaba de mal humor y parecía a punto de atacarte en cualquier momento.

Le echó un último vistazo al exterior, y se volvió, dejando la cortina descorrida, permitiendo que la luz de la luna penetrase en el iluminado dormitorio.

Caminó hacia el cuarto de baño más cercano a su alcoba y no pudo evitar extrañarse que en cuanto se asomó por la ventana el agudo chillido que le sobresaltó se acalló del todo, envolviendo a su vivienda con un silencio sepulcral.

No le dio importancia. Es más, agradeció que el viento amainara y que el tiempo concediera una tregua para aquella noche.

Sus pasos apenas se escucharon siendo acallados por la mullida alfombra que cubría el pasillo. Ni siquiera encendió la luz, se conocía aquella casa de memoria. Era la casa de sus sueños, y gracias a sus conocimientos pudo diseñarla.

Pero en momentos como ese, cuando avanzaba por el pasillo en dirección al cuarto de baño principal de la segunda planta, la soledad le golpeaba sin piedad. Si no fuera por su negativa a un compromiso serio podría llenar los cuartos vacíos con los hijos que siempre deseó tener.

—Ahhhhh.

Marcos se quedó quieto en medio del pasillo, muy cerca de la puerta del cuarto de baño, cuando escuchó de nuevo el agudo chillido.

Imposible. No puede ser. Pensó buscando una explicación coherente y racional al haber escuchado el grito con tanta claridad, como si la mujer o el viento, no lo tenía muy claro, estuviese dentro de la casa.

Intentó dar otro paso, pero fue incapaz. Tenía los músculos agarrotados, paralizados por el temor.

Apretó los dientes con fuerza e intentó respirar con normalidad y acallar los agitados latidos de su corazón que retumbaban dentro de él, como rítmicos golpes de un tambor.

—Ahhhhh.

De nuevo el grito sonó con fuerza, y esta vez – podía jurarlo – más cerca.

Joder, joder. Esto debe ser una pesadilla. Resonó su voz dentro de su mente, aguda, con evidente temor.

Pero la agitación de su respiración, el sudor frío que cubría su cuerpo, y la claridad con la que sentía la mullida alfombra bajo sus pies descalzos, eran indicios suficientes para mostrarle que no estaba en la cama sufriendo una infantil pesadilla.

—Ahhhhh.

Tan cerca.

Tan cerca se escuchó el grito.

Marcos consiguió dar un paso, y a este le siguió otro, hasta que avanzó con rapidez el espacio que le separaba del cuarto de baño.

Nada más entrar, cerró la puerta y se apoyó contra la madera. Respiraba con dificultad y sentía el amargo sabor de la bilis en la boca.

Cerró los ojos unos segundos, y se maldijo por dentro. Estaba pasando la peor noche de su vida y todo por dejarse llevar por la imaginación, por abandonarse al miedo irracional y permitirle que gobernara esos momentos su existencia.

—Sólo es mi imaginación. Estoy solo, no hay nadie en esta casa más que yo —dijo en voz baja, para luego tomar aire del todo, llenando los pulmones, y después soltarlo lentamente, buscando relajar no sólo la mente, sino también el cuerpo.

—Ahhhhh.

El miedo sabe amargo con un toque ácido.

Y esa noche Marcos pudo comprobarlo.

El retumbar de su corazón obnubilaba su mente, resonando con fuerza en su cabeza, acallando el ruido exterior. Los escalofríos que recorrían su cuerpo eran evidentes, haciendo que se escuchara unos golpes suaves contra la madera

cuando su espalda y sus codos impactaban contra la puerta a causa de los temblores.

Abrió los ojos y los fijó en la oscuridad del cuarto. Cuando entró no se acordó de pulsar la luz.

—Ahhhhh.

—No es real, no es real —murmuró en voz baja, al escuchar el grito tan cerca de él que casi podía jurar que lo tenía encima—. Esto no está pasando, sólo es fruto de mi mente.

Para asegurarse que así era, palpó la pared en busca del interruptor de la luz. Cuando lo encontró lo apretó y la luz inundó el cuarto.

Estaba solo.

Presa de los nervios, soltó una carcajada amarga.

—Me estoy portando como un estúpido sin sentido común —reconoció en voz alta, al ver que estaba solo, que no había nada ni nadie frente a él gimiendo y gritando como si se estuviera muriendo—. Será mejor que me dé una ducha rápida y regrese a la cama.

Se alejó un paso de la puerta. Dos pasos. Pero al tercero…

—Ahhhhh

El grito resonó con más fuerza que antes, y esta vez fue acompañado del inconfundible sonido de arañazos.

No quería darse la vuelta. No quería pensar siquiera en que estaba escuchando de nuevo ese escalofriante sonido. Pero así lo hizo.

Cuando se volvió, la puerta se abrió de golpe y esta vez fue Marcos quien gritó.

Lo último que vio fue la sonrisa siniestra y los ojos apagados y sin vida de la mujer cubierta de velos negros que se abalanzó sobre él.

Los gritos de ambos se escucharon durante segundos, antes de que el silencio imperase en la casa.

Un silencio que sonaba a muerte.

~Posesión~

Carmen de la Cuerda

23 de octubre de 1966

Hoy me ha sucedido algo extraño y aterrador. Volvía a casa en el autobús y, de pronto, he visto reflejada en el cristal de la ventanilla a una mujer que se dirigía hacia mí, abriéndose paso entre la gente con una ansiedad desesperada. Me he vuelto hacia ella asustada, pero había desaparecido.

Más tarde he vuelto a verla en varias ocasiones. Unas veces, a través del cristal de los escaparates, otras por el rabillo del ojo, pero jamás he conseguido verla de frente.

¿Qué me está pasando? Dios mío, ayúdame. No puedo hablar de esto con nadie, porque si yo misma creo que me estoy volviendo loca, ¿qué pueden pensar los demás?

24 de octubre de 1966

Esa mujer siniestra no se ha separado de mí. Vaya a donde vaya, siempre está conmigo y aunque no la vea, siento su presencia a mi lado. Su calor abrasador humedece mis mejillas y su olor nauseabundo me envuelve constantemente.

25 de octubre de 1966

Ahora estoy segura de que no he imaginado nada. Esta mañana, mientras me peinaba, he visto el reflejo de esa mujer junto al mío en el espejo. He podido observar claramente cada una de las arrugas que surcaban su rostro, las venitas azules que recorrían sus párpados y la mancha negruzca de su pómulo derecho. Pero lo que me ha horrorizado ha sido el profundo odio de su mirada y esa sonrisa que me ha recordado a un lobo hambriento.

He quitado todos los espejos pues no soporto volver a verla de nuevo. Sin embargo, no puedo dejar de pensar en ella. ¿Por qué me ha elegido a mí? ¿Qué es lo que quiere?

10 de noviembre de 1966

He sido incapaz de volver a escribir hasta ahora. Ha sucedido algo tan espantoso que no creo poder explicarlo con palabras. Pero debo dejar constancia de lo que ha pasado aunque las entrañas se me retuercen de angustia.

Hace unos días volví a mirarme en un espejo y contemplé aterrorizada como la imagen de esa mujer se fundía con la mía hasta ser sólo una, y sentí que penetraba en mi cuerpo. Ahora está dentro de mí e intenta apoderarse de mi voluntad. Continuamente me susurra cosas malvadas y obscenas. Trata de convencerme para que haga lo que ella quiere, pero eso no va a suceder. Mi espíritu tiene que prevalecer.

20 de noviembre de 1966

Dios, ¿por qué no has querido ayudarme? Yo nunca había hecho daño a nadie. Pero ella, esa mujer oscura, me ha poseído completamente. ¿Cómo ha podido hacerlo? Estaba paseando por el parque y de pronto ha comenzado a controlar mis brazos y mis piernas, los movía a su antojo sin que yo pudiera hacer nada por impedirlo. Ha hecho que me acercara a un niño que jugaba solo haciendo dibujos con una tiza sobre el camino de pizarra. Mi mano ha cogido una piedra redonda y lisa y, ese demonio que llevo dentro, ha comenzado a golpear la cabecita del pequeño hasta que la sangre me ha salpicado la cara, el cuello y las manos. Entonces he recuperado el control y tirando la piedra, he huido de allí, limpiándome como he podido con la chaqueta.

A pesar de que estaba horrorizada por lo que había pasado, pensé que había sido una suerte que me hubiera puesto ese vestido negro que lograba disimular la sangre. ¿Una suerte o ha sido ella la que me ha inducido a vestir así?

22 de noviembre de 1966

Ha vuelto a suceder. Esta noche, me he escondido entre los arbolillos que crecen junto al portal y cuando ha aparecido esa vecina que siempre me mira con desprecio, me he abalanzado sobre ella y le he rajado la cara. He sentido la cuchilla abriéndose paso a través de la carne, arriba y abajo, a lo largo de todo su rostro, pero sé que no he sido yo porque ni siquiera he notado los golpes que me daba para desembarazarse de mí. Por fin, he tirado la cuchilla y he escapado, escondiéndome entre las sombras.

Al llegar a casa, me han acometido unas nauseas incontenibles y he vomitado hasta que me he sentido completamente vacía. ¿Por qué Dios permite que me suceda todo esto?

28 de noviembre de 1966

Por fin todo va a terminar. No puedo dejar que el monstruo que habita dentro de mí vuelva a actuar. No después de lo que ha sucedido hoy.

He salido a pasear creyendo que mi espíritu había logrado vencer, pues desde la última vez que escribí, me he sentido totalmente libre. Sin embargo, sin saber por qué, he cogido un aguja de tejer y, al acercarme a un anciano que reposaba en un banco, la he sacado y se la he clavado en el cuello. Y mientras contemplaba fascinada la sangre deslizándose por su garganta, he comprendido que jamás llegaría a ser libre. Por eso, he cogido el cuchillo de la cocina y me he abierto el vientre para obligarla a salir, para que se enfrente a mí cara a cara.

2 de diciembre de 1966

He despertado en un lugar extraño y por un momento he pensado que había sido un sueño, pero en seguida me he dado cuenta de que todo era real pues, al moverme, he notado el tirón de los bordes de la herida de mi vientre. Y también he sentido las ataduras que me ceñían las muñecas y tobillos.

Algo después ha venido una enfermera y me ha soltado para que pudiera comer y me ha proporcionado papel y lápiz para poder continuar mi narración.

5 de diciembre de 1966

Hoy me han quitado las ligaduras y han dejado de darme calmantes. Por fin, estoy completamente despierta y me siento feliz porque ha desaparecido todo rastro de la mujer oscura. Ya soy libre de nuevo.

8 de diciembre de 1966

Ésta es la última vez que voy a escribir en mi diario. Después de desayunar, he pedido un espejo para arreglarme un poco el pelo. La enfermera me ha traído un espejo pequeño, con un desconchón en la parte de arriba, y lo ha colocado en la bandeja donde me sirve la comida para que pudiera verme bien. Sólo he visto reflejada mi cara. Un rostro surcado de arrugas, con finas venas azules en torno a los ojos y con una mancha negruzca en el pómulo derecho.

~Eppur si muove~

-Israel Santamaría Canales-

Putas. Todas putas. Sin excepción. Absolutamente todas y cada una de las mujeres que posan sus pies sobre la superficie de este maldito mundo son unas auténticas zorras, y ninguna de ellas merece ser salvada de esta generalización tan banal y sin lugar a dudas reaccionaria. Ella tenía diecinueve años y era estudiante de Medicina, alumna mía, para más señas, a la que impartía como si se tratase de una más mis clases de Bioestadística. Una tarde de mediados de noviembre coincidí con la chica en la cafetería de la Facultad. Por casualidad, por uno de esos azares del destino, pueden llamarlo como prefieran. De manera inconsciente le pregunté si estaba o no contenta con la carrera, cuestión que *a priori* podría parecer una gilipollez en grado sumo para cualquiera, pero que, por el contrario, fue el desencadenante de cuanto ocurrió con posterioridad. Después de que por cortesía la invitara a un café, sin ningún tipo de intención deshonesta por mi parte, entablamos una conversación que se prolongó durante horas, en la que comprobamos estupefactos que había una evidente atracción por ambas partes que, por supuesto, no tardamos en negarnos a nosotros mismos. Los dos éramos conscientes de lo que cada uno empezaba a sentir por el otro, sentimiento que se acrecentó conforme fueron pasando los días y nuestras miradas dejaban de manifiesto lo que a todas luces era obvio, por mucho que no quisiéramos admitirlo.

Yo le sacaba más de treinta años y, dejando a un lado el hecho de que era mi alumna, desde siempre había sido un soltero empedernido, de esos que buscan consuelo de manera itinerante entre todas aquellas divorciadas y solteronas que creían encontrar en mí una nueva tirada de dados por cortesía del siempre infame Eros, solo el tiempo justo como para darse cuenta, quizás demasiado tarde, de que mi egoísmo y cobardía innatos me imposibilitaban el sacar adelante una relación más allá de lo meramente físico. Con esta joven en cambio, todo fue diferente desde el principio. Decidimos mandar los prejuicios a la mismísima mierda y, un día que ya no podíamos aguantar más, hicimos el amor apasionadamente (¿existe en realidad otra forma de hacerlo?) en el cuarto de baño de la tercera planta. Volví a experimentar sensaciones que creía ya olvidadas y que ella revivió de las cenizas cual ave fénix, con la única ayuda de sus labios, de sus dedos, de sus sensuales curvas de mujer, y de una lujuria

desenfrenada que por primera vez en mucho tiempo me hicieron replantearme todos mis concepciones, más que negativas hasta aquel entonces, sobre las relaciones de pareja. Aquella muchacha que me aventajaba tanto en juventud como en multitud de aspectos me hizo sentir vivo de nuevo, como ninguna otra hasta entonces lo había hecho. Es una lástima que todo en esta vida esté condenado, por su propia definición, a perecer tarde o temprano. Lo nuestro no iba a ser una excepción a esta regla universal...

***

Saqué la petaca que llevaba encima y, sin soltar el volante con la mano izquierda, la abrí con la diestra, dando un par de sorbos que me hicieron recuperar de nuevo el control de la situación. Mientras el whisky recorría mi garganta en dirección descendente, recordé el cadáver que llevaba oculto dentro del maletero, el cuerpo de la que hasta hacía poco menos de unas horas había sido mi compañera, mi amante, mi discípula, mi musa, mi amor. Le había quitado la vida después de que me hubiera amenazado con sacar a la luz nuestra relación y arruinar por completo lo más importante que tenía y tengo, es decir, mi carrera. Desde luego no era delito el que un profesor universitario mantuviera relaciones con una alumna (en un colegio o instituto la situación sería en cambio muy diferente), pero ello sí que dejaría mi reputación por los suelos, haciendo que todos mis compañeros me señalaran con el dedo y hablaran mal de mí a mis espaldas. No podía permitir que destrozara todo cuanto había logrado a costa de años de duro trabajo y esfuerzo, así que, en un injustificado e injustificable ataque de ira, la golpeé con todas mis fuerzas por la espalda con una réplica en bronce de Asclepio/Esculapio que tenía en mi despacho, cuyo impacto en la cabeza fue decisivo y le causó la muerte en el acto. Luego llegaron los llantos y remordimientos, pero era ya demasiado tarde. Tanto para ella como para mí...

Esa noche estaba lloviendo a cántaros y a duras penas podía ver nada al volante mientras atravesaba la carretera a toda velocidad. El negro de la noche y la tromba de agua que estaba cayendo en aquel momento eran, por encima de

todo, los mejores aliados con los que podía contar a tales horas de la madrugada. Aquello que estaba a punto de hacer me seguía pareciendo algo tan monstruoso que estaba moralmente obligado a agradecer toda la ayuda posible que me ofrecieran los elementos, la cual me permitiría salir airoso de mi horrible proyecto al aportarme una cierta ventaja táctica en lo que vendría a ser la ocultación de pruebas. Tenía que asegurarme de que nadie llegase a descubrir jamás, bajo ninguna circunstancia, que fui yo el responsable directo de su muerte. Tanto eso como el que la asesiné tan solo porque quería que me hiciese cargo del hijo de ambos que ella albergaba en su vientre, lo que me hizo volver a sentir ese miedo atroz, cuasi infantil, que puede inducir a un tipo normal y corriente a hacer lo impensable, a hacer locuras más bien propias de un psicópata y no de un destacado experto que contaba con un historial inmaculado y que nunca había roto un plato. Para nuestra desgracia, hay ocasiones en que uno no controla lo que hace y son otros los factores que imperan en nuestras acciones por encima del sentido común...

Obviamente no solo no me sentía orgulloso de lo que había hecho, sino que además estaba aterrorizado, y quizás por ello dejaba que el alcohol fuera el que me ayudase a soportar dicha carga. Ello por supuesto no haría que desaparecieran las pruebas de la canallada que había perpetrado, pero sí que conseguiría hacer todo más soportable para mí. Cualquiera sabe que hoy en día el hacer daño a una mujer está al mismo nivel que el lastimar a un judío a finales de la década de los cuarenta, y que la sociedad no tendría piedad conmigo ni entendería las circunstancias que me obligaron a hacer lo que hice, así que no me quedaba otra alternativa. Paré en seco. Tomé la pala de los asientos traseros y comencé a cavar, mientras la lluvia me atizaba con fuerza como si me estuviese recordando, a modo de castigo, la culpa que por siempre jamás me iba a acompañar hasta el fin de mis días, el estigma que, grabado a fuego en mi frente, me recordaría que era un vulgar criminal, un asesino desalmado que había dado muerte, sin ningún tipo de escrúpulos, tanto a la persona a la que más quería en el mundo como a nuestro hijo nonato. El esfuerzo era bastante prolongado, y yo interpretaba el ir descendiendo en profundidad con aquel instrumento como una

metáfora que representaba, cruel alegoría, mi descenso a los infiernos o mi hundimiento en la más profunda y asquerosa miseria moral.

Cuando acabé conduje hasta la fosa el bulto que transportaba conmigo, aún envuelta en las sábanas en la que se encontraba momificado su cuerpo inerte, la mortaja que ocultaba la peor de las vergüenzas que un hombre podía cometer. La arrojé al hoyo sin contemplaciones para luego volver a tomar la herramienta de trabajo y, no sin dificultades, verter de nuevo toda la arena sobre la chica... mi chica. Mientras lo hacía, multitud de pensamientos se arremolinaron en mi mente, como una especie de viaje en el tiempo que me hizo recordar de golpe algunas de las palabras que ella empleó en aquel preciso instante: «Cariño, tenemos que hablar»; «No sé cómo ha podido ocurrir pero... pero... estoy embarazada...»; «No puedes hacerme esto, no nos puedes abandonar después de todo cuánto he hecho por ti». Todas esas sentencias típicas de melodrama venezolano barato acabaron por supuesto con la manida referencia a que lo largaría todo, que no iba a permitir que la dejase en la estacada tirada como un perro, puesto que para algo era también responsable de la situación en la que se encontraba. Desde un punto de vista estrictamente profesional tenía que darle la razón, ahora bien, desde la perspectiva de un hombre asustado, que veía como se derrumbaba todo a su alrededor en cuestión de segundos, me encontraba ante una disyuntiva en la que tenía que pensar rápido y actuar con aún mayor celeridad, así que compré su silencio del único modo que me resultó posible. A pesar de todo tenía muy claro que, aunque había ido demasiado lejos, lo volvería a hacer de nuevo sin dudarlo un solo instante...

Una mano en pleno estado de putrefacción apareció de repente de la nada, atravesando la fangosa superficie que escasos segundos antes no presentaba anomalía alguna. La idea de que pudiera ser ella la persona que quería huir de aquella prisión de tierra reblandecida, no tardó en aparecer en mi cabeza, y poca o ninguna resistencia podrían mostrar unos muros de barro que eran tan vulnerables como ineficaces. Pero eso era imposible, así que tenía que haber otra explicación racional que justificara el porqué de dicho suceso. Desde luego a alguien debía de pertenecer esa tétrica siniestra ensangrentada y cubierta de pústulas de pus que

se retorcía como si no hubiera mañana, y que se aferraba al suelo regado por la lluvia como si de ello dependiese su única posibilidad de supervivencia. Movido a ello por un instinto animal que sería incapaz de describir, realicé, tras reponerme de la conmoción inicial, una acción a la que ni por asomo hubiese recurrido de no ser por el estallido de adrenalina que en ese momento se adueñó de mi organismo: pisoteé esa mano con todas mis fuerzas, como si no quisiera permitir por nada del mundo que el cadáver de mi antigua pareja regresara del inframundo, enceguecido por una furia que se había apoderado de mí en el preciso instante en el que le di muerte, y que volvía a hacer acto de presencia ahora que tenía que enfrentarme a ella por segunda y última vez...

A pesar de que a base de reiterados pisotones conseguí incluso llegar a amputarle tres dedos de la mano (solo se mantuvieron intactos el índice y el pulgar), su mano derecha emergió de las profundidades y agarró mi pierna, con una tenacidad tal que incitaba a pensar que era imposible el que hubiera pasado tanto tiempo plácidamente encerrada en el maletero de mi coche, sin haberlo hecho estallar en mil pedazos desde dentro. Tomó impulso y logró emerger de cintura para arriba, regresando de nuevo a la superficie. Ahí fue cuando emití un agónico grito al ver su rostro completamente desencajado, con ambos ojos inyectados en sangre, y con unas marcas rojizas en su antaño suave piel que, aparte de presentar un tono grisáceo salpicado de costras, estaba desollado por diversas partes, como si un avanzado proceso de descomposición hubiera sido el precio a pagar a cambio de recuperar de nuevo la capacidad de movimiento. El hermoso y largo cabello castaño que en su momento acariciaba encandilado mientras mis dedos se deslizaban risueños por sus sonrosadas mejillas no era más que el eco de tiempos felices que nunca iban a volver, puesto que este se estaba desprendiendo de su cabeza hasta el punto de que, a grandes rasgos, presentaba una ausencia capilar harto evidente.

Habiéndose aferrado ya a mi pierna con la mano derecha, usó los dedos que aún le quedaban de la izquierda para, después de coger de nuevo impulso, propinarme una inesperada dentellada en la pantorrilla con la que desgarró carne y tendones con una facilidad inusitada, los cuales comenzó a mordisquear con

fruición, como si la venganza no fuera el motor que impulsara sus acciones, sino algo tan básico como la simple necesidad de alimentarse. Con la extremidad inferior que aún estaba libre conseguí zafarme de mi antigua pupila, propinándole un puntapié en plena cara que no solo la despojó de varios de sus ahora rojizos y afilados dientes, sino que además le dejó el maxilar superior al aire, lo que le proporcionaba un aspecto, aún si cabe, más amenazador. Incapaz de hacer frente a aquella cosa, que en cierto modo se parecía a mi pareja pero que no era ella, salí huyendo en dirección al bosque, en lugar de dirigirme hacia mi vehículo en donde no solo iba a estar a salvo, sino que podría regresar a la ciudad y acudir al hospital más cercano en el que, con un poco de suerte, contendrían la hemorragia y me suministrarían la medicación pertinente.

Atravesaba los árboles a toda velocidad, o al menos la máxima que me permitía la cojera producida por la mordedura que acababa de recibir. Como mucho llevaría corriendo un cuarto de hora, aunque se me hizo tan largo el trayecto que tuve la sensación de estar anclado en un eterno bucle en el que el paisaje se repetía una y otra vez sin cesar, sin llegar a escapar del todo de las garras de mi perseguidora. Por fin dejé atrás aquel frondoso bosque, pero no tardé en comprobar la veracidad del dicho que reza que, por muy mal que le fuesen a uno las cosas, siempre podían ir peor. Me encontraba justo en el borde de un abismo. No sabía si mi sentido de la orientación me había jugado una mala pasada o si yo no tenía ni idea de que hubiese un barranco en dicha zona, como de hecho así era. Había acudido a ese sitio tan solo porque se encontraba en mitad de ninguna parte, no porque yo dispusiera del más elemental conocimiento de la topografía regional. Volver atrás era una opción que ni siquiera podía contemplar. La criatura andaba tras mis pasos y tarde o temprano me acabaría topando de bruces con ella, por lo que quizás lo mejor que podía hacer era esperar preparado en aquel sitio, tratando de defender mi posición e integridad física con uñas y dientes. Era una verdadera lástima que hubiese dejado la pala junto a mi coche o que no tuviera a mano un palo o algún objeto contundente con el que, al menos, dejar fuera de combate a ese monstruo sediento de sangre... de mi sangre...

De repente, sin ser capaz de poder asegurar por qué punto de aquella espesura forestal surgió, se precipitó sobre mí y, pese al forcejeo inicial con el que intenté por todos los medios arrojarla al vacío y librarme de ella de una vez por todas, acabé perdiendo el equilibrio y fuimos los dos los que, apretujados el uno contra el otro, tal y como solíamos hacerlo en tiempos pasados, aunque en circunstancias más afables, nos precipitamos hacia el fondo del acantilado, abrazados como dos trágicos amantes que, al más puro estilo shakesperiano, encontrarían en la muerte la prolongación natural a la relación frustrada que no pudieron disfrutar en vida. Mientras la fuerza de la gravedad hacía su efecto, ella consiguió morder mi hombro con éxito, provocándome una herida de cierta gravedad por la que manaba sangre en abundancia y cuyo dolor me abrasaba como si estuviesen untando sal en una llaga. Al estamparme contra el suelo, que siendo sinceros no estaba a tan elevada altura como calculé en un primer momento, escuché el crujido de rigor, primero con horror, luego con resignación, y por último con indiferencia, el sonido que indicaba que mi columna vertebral se había roto en la caída, quedándome en consecuencia paralizado para siempre. Moví los ojos hacia uno y otro lado, pero era incapaz de hacer lo mismo con mi cabeza y el resto del cuerpo, por lo que no pude cerciorarme siquiera acerca de si la causante de mi desgracia, pese a estar ya muerta, seguía o no en situación de poder hacerme aún más daño del que ya me había infringido hasta entonces.

Y, sin embargo, allí estaba ella, es decir, la versión «zombificada» de mi pareja, arrastrándose por la superficie como una babosa. Al parecer se había destrozado en el aterrizaje las dos piernas, solo que, a diferencia de mí, estaba aún en condiciones de moverse, aunque fuera solo de un modo tan lamentable. Traducido resulta que me encontraba de manera incuestionable a su merced, pudiendo hacer conmigo todo cuanto quisiese, del mismo modo en que yo había puesto punto y final a su miserable existencia. Viéndola ahora acercándose a mí de esa manera, impulsada a ello tan solo por la mera fuerza de su voluntad, quizás sería más conveniente hablar de un punto y seguido o de un punto y coma. Sin sentir absolutamente nada, veía como, nada más arribar junto a mí, me rasgó el estómago con la única fuerza de sus siete dedos, comenzando a devorar mis

vísceras nada más quedar estas expuestas al aire. Pensé, al borde del colapso, que quizás era justo lo que me merecía por haberme comportado con ella como un auténtico hijo de puta. En cierto modo, el festín que se estaba brindando a costa de mis órganos internos era una especie de justicia poética, una retribución a título póstumo, una *vendetta* para todas aquellas mujeres que, a lo largo de la historia, vieron como determinados hombres destruyeron sus sueños e ilusiones, haciendo añicos por el motivo que fuese tanto sus sentimientos como sus propias vidas. De este modo, Medea, Dido de Cartago, Desdémona, mi chica y todas aquellas que fueron víctimas del amor que, de manera altruista, entregaron a un representante de la masculinidad, vieron vengadas en mi persona el injusto sino al que fueron condenadas por el falocratismo imperante.

Comencé a ahogarme en mi propia sangre al mismo tiempo que mi vista se nublaba. No sentía nada, ni siquiera tristeza ante la grotesca visión que se presentaba ante mí. Estaba asistiendo atónito a un siniestro espectáculo en el que, a pesar de ser el protagonista principal del mismo, contemplaba los hechos desde el graderío, como si me encontrara sentado junto al público que, riendo y haciendo comentarios absurdos en voz baja, disfrutaba de lo lindo mientras despedazaban sin piedad a ese espantapájaros misógino miserable, odioso y odiado por todos que, por otra parte, era yo y solo yo, que me estaba dejando la piel sobre el escenario, y nunca mejor dicho. La joven introdujo su mano sana por lo que había sido mi estómago y extrajo por ahí, tras tirar de él con todas sus fuerzas, mi corazón, que seguía latiendo como si nada, mientras que ella clavaba sus mugrientos dientes en él, destrozándolo de idéntico modo en que yo hice lo mismo con el suyo. Aún bombeaba sangre, sonreí mientras encontraba un perverso doble significado en la recurrente cita de Galileo, tanto en lo referente a la recién adquirida condición de no muerta de mi pareja como al grotesco y antinatural latido que estaba visualizando. Con esta excusa tan estúpida para dar sentido al título del presente relato, cierro el mismo con la convicción de que ninguno de ustedes se atreverá jamás a hacerle daño a una mujer, tanto por las convicciones éticas y morales que pueda poseer cada uno al respecto, como por las consecuencias, las cuales son incalculables, con las que, a modo de

represalia, os harán pagar por todo aquello que les hayáis podido hacer. Tenemos que tener todos muy claro que siempre serán ellas las últimas en reír y lo harán mejor que nosotros, aunque sea con nuestros intestinos colgando inertes de sus ensangrentados y pútridos labios...

~Bienvenida, hermana~

-Laura López Alfranca-

Se sentía pesada y entumecida, sus ropas estaban heladas, mojadas, y el agua gélida le lamía el cuerpo con crueldad. Abrió los ojos al cielo gris y se sentó para estudiar los alrededores... ¿qué lugar era aquél? El silencio tornaba el aire triste e irrespirable, no había viento que meciera las finas ramas de los árboles viejos y muertos y aun así, había un zumbido insistente que le reverberaba en los oídos.

Vagó por el lugar con la mirada y se dio cuenta de que no había ni una sola gota de agua salvo en sus ropas. Se levantó pesadamente intentado no tocar la áspera tierra y se giró buscando a alguien. Frotó sus manos en las telas intentando secarse, aunque fue inútil y se dio cuenta de que su vestido blanco estaba lleno de extrañas manchas oscuras.

Entonces se llevó las manos a la cara preocupada, ¿por qué llevaba aquel atuendo? ¿Dónde se encontraba? Por mucho que lo intentara su cabeza no conseguía recordar nada, sólo retazos inconexos. Se tocó la frente y se quitó la pequeña corona que llevaba en la cabeza, estaba hecha con flores blancas y azules medio podridas.

Algo azul.

Se giró preocupada, creía haber oído una voz… pero no era posible, no había nadie excepto ella y el martilleo en su cabeza. Volvió a colocar el tocado y sus pies decidieron encaminarse hacia el interior del bosque.

Volvió a mirar a sus espaldas pensado que había oído un golpe seco y fuerte, pero no había nadie, sólo la oscuridad. Avanzó un paso con la cabeza girada y comprobó con horror que a cada poco que avanzaba, aquel terror informe iba devorando el camino a sus espaldas. Y con el cuerpo tenso por el pánico, corrió a través del sendero intentando huir de aquello que la perseguía, pero cuanto más se adentraba, más oscuridad se encontraba a su alrededor.

Sus pies gritaban doloridos por la tierra que les hería y debilitaba, pero la joven les ignoraba así como a su respiración agitada y al incesante latido de su corazón. Entonces, uno de sus tobillos se torció y aterrizó en el suelo, ensuciándose la cara y el vestido. Se apoyó en las manos para levantarse y entonces vio que llevaba un anillo oxidado... pero no recordaba que lo llevara antes, ni lo había notado en sus dedos siquiera.

Algo viejo.

El suelo latió y ella se levantó aterrada, pero como siempre, estaba sola. Se apoyó contra un árbol y se llevó las manos al pecho, comprobando que su corazón ya no se movía... y que allí dentro parecía no quedar nada, salvo un enorme vacío que a la vez estaba lleno de pesar y horror.

Algo prestado.

Volvió a girar su cabeza intentando encontrar a aquél que le susurraba con voz muda, pero nada… sólo estaban ella, las impenetrables tinieblas y el interminable murmullo del corazón de la tierra. Se agarró al tronco y tragó saliva mientras intentaba calmar su respiración... pero algo le ahogaba en el pecho y le impedía relajarse. Entonces a sus oídos llegó un golpeteo seco y pausado, ella se abrazó al árbol con más fuerza y buscó con la mirada al causante de aquel sonido. De un lado de la oscuridad, emergieron unas manos ennegrecidas y esqueléticas, cuyos dedos se movían intentando atrapar al aire para no dejarle escapar. La muchacha sintió que le faltaba el aliento y que era incapaz de moverse mientras el caminante surgía de las sombras al mismo ritmo que el latido que la tierra. Ante su mirada acabó de aparecer una mujer de piel pálida pero llena de manchas

marrones, llevaba la cabeza gacha usando sus oscuros y raídos cabellos para cubrir su rostro y estaba llena de calvas; su vestido blanco estaba manchado y agujereado... y usaba un palo negro a modo de pierna y éste la obligaba a caminar con rigidez. Pronto comenzó a escuchar su voz, que a sus oídos era como el tacto de las zarzas a su piel, dolorosa y penetrante, y a su nariz llegaba un olor acre y repulsivo, como a grasa quemada. Mientras se acercaba, la desconocida alzó la cabeza y la joven gritó aterrada ante lo que vio. Sus dedos eran tan delgados porque no había carne alguna que los cubriera, su pierna de madera era en verdad sus huesos carbonizados que le impedían caminar con normalidad. En su sucia cara surcada por dos ríos de eternas lágrimas brillaba una sonrisa blanca de inocente melancolía, y en una de sus mejillas se veía un rastro de su calavera. Al tiempo que sus dispares ojos, uno deformado hasta el punto de parecer una bolsa con sangre y el otro que simplemente era la negra espesura de la cuenca vacía, la miraban expectantes y felices.

La estaba buscando, desde hacía una eternidad... y no la iba dejar marchar.

—Mi amor —susurró con aquella horrible voz mientras seguía aproximándose hacía la joven—, ¿dónde estabas? Llevo tanto tiempo aguardándote... tanto tiempo…

Antes de que la muchacha pudiera darse cuenta, aquel terrible espectro se había acercado tanto a ella que su olor a carne, cabellos y telas requemadas le inundó el estómago produciéndole arcadas.

—Pero al fin has venido...

—¡Apártate! —consiguió gritar la joven con la voz ahogada. En un mismo impulso, empujó al espectro y echó a correr a través del bosque.

—No, por favor, no vuelvas a abandonarme, no vuelvas a llevarte mi corazón… —El viento le trajo las últimas palabras como si de un murmullo se trataran. Y tal vez si ella hubiera tenido lo que tanto buscaba se habría apiadado de aquella infeliz... o quizás no.

Corrió hasta que sus pobres pies lloraron sangre encima de la tierra y ni aun así se detuvo. El bosque le traía ecos de otras voces que se aproximaban, ¿qué lugar era aquél al que había ido a parar? ¿Qué clase de maldad había cometido para encontrarse allí? De la oscuridad comenzaron a emerger otras figuras tristes y patéticas que caminaban al ritmo de aquel latido incesante. Otras mujeres vestidas de blanco, con sus manos alzadas buscando a aquel amante desaparecido, sus caras estaban bañadas por el mismo polvo áspero del suelo, limpias allá por donde caían sus lágrimas, sus ojos sólo eran esferas sanguinolentas un tanto deformes y sus pies manchaban el camino que habían ido recorriendo.

Todas guardaban las distancias sin entorpecer el paso de sus compañeras, susurrando con horribles quejidos, clamando por aquellos a los que buscaban. La joven se abrazó a sí misma y se encogió tanto como pudo, agarrando su cuerpo mojado y gélido, evitando siquiera rozar con su aliento acelerado a las demás figuras... y ninguna le prestó la menor atención, parecía ser que nadie creía ver en ella a la persona perdida.

La muchacha cerró los ojos intentando alejar todo lo que la rodeaba, recordando, aunque sólo fuera por un instante, que ella también deseaba encontrar a alguien... una persona que se había ido para siempre. Su vacío estalló de dolor y de la impresión tuvo que abrir los ojos al notar como sus lágrimas, turbias y dolorosas, escapaban por sus mejillas y caían al suelo. Ella siguió su mismo camino y dejó que la tierra hiriera sus piernas a través de la tela mojada. Desahogó su sufrimiento gimiendo, oyó cómo al incesante goteo de lloriqueos propios y ajenos, le acompañaban el de las lágrimas sangrientas de las muñecas o cuellos de algunas de aquellas mujeres, el de la carne asada desprendiéndose de sus huesos carbonizados e, incluso, del ruido sordo que hacían las piedras que llevaban algunas en sus bolsillos al ser golpeadas entre sí.

Bajó la mirada mientras intentaba volver a secarse las manos y vio con horror que su llanto había escrito en la tierra una frase.

Bienvenida, hermana.

La joven se levantó aterrada, incapaz de gritar y de cesar en sus lloros, por lo que el agua salada proveniente de sus ojos siguió hablándole desde la tierra.

Bienvenida seas, hermana. A tu último hogar... al único lugar donde podía ir tu pobre alma atormentada.

—¿Dónde estoy? —se atrevió a inquirir ella—. ¿Por qué no recuerdo nada?

Utilizada y mancillada te creíste, al ser abandonada ante el altar. Fue tu dolor tan grande, que pensaste que tu corazón dejó tu cuerpo cuando siempre creíste que pertenecía a tu amante maldito.

Fue tu pesar tan dañino, que decidiste prescindir de la vida y de tu memoria... y al final, la existencia decidió enviarte aquí junto al cuerpo del bebé no nacido que albergas en tu útero muerto. Al único lugar donde pueden venir las que son como tú.

—Quiero volver a casa.

¿Y dónde está ese lugar?

Ante aquella pregunta, la muchacha enmudeció vencida, no recordaba dónde podía estar.

Ya no hay salida por la que escapar, la última la creíste tomar cuando permitiste que el río os ahogara a ti y a tus penas por toda la eternidad. Ahora sólo te queda vagar en este lugar maldito, hasta que aceptes la verdad.

Ella no pudo seguir leyendo y con fuerzas renovadas, echó a correr a contracorriente de aquella marea humana, intentando buscar una salida. Apenas duró unos instantes, o puede que por el contrario aguantase toda una eternidad... pero el caso es que sus pobres pies, tan llagados que hasta el músculo y el hueso eran capaces de tocar la tierra, le rogaron que aminorará el paso, por lo que decidió escucharles y aprovechar a cada latido de la tierra para moverse, como hacían las demás. Y al igual que sus compañeras, cambio su rumbo porque si ninguna había encontrado una salida antes, seguramente ella tampoco podría. Nunca se alejó del enorme grupo, temiendo a la oscuridad que encontraría más allá y a la soledad a la que estaba condenada.

Con el paso interminable de los segundos o los años, su cuerpo se fue hinchando y pudriendo como las flores de su corona, perdiendo su belleza si es que alguna vez la poseyó; debido a su llanto interminable, sus ojos dejaron de ver un instante antes de asemejarse a los de las demás mujeres. Sólo podía oler el hedor acre de la sangre y de los cuerpos, oír el murmullo de los susurros de sus compañeras y los ecos de su pasado que, para bien o para mal, su insana mente se dedicaba a recordar a cada poco, como pequeños trozos de un dulce sueño perdido. Al poco tiempo, perdió toda noción de lo que alguna vez ocurrió fuera de aquél lugar, incluso de que existían otros mundos muchos mejores que aquel... solo era capaz de caminar buscando a tientas en la oscuridad algún retazo de su felicidad perdida.

Y al final no había nadie a su lado, sólo su locura y los recuerdos susurrándole hasta la angustia. Era incapaz de ver a las nuevas desdichadas que corrían por entre las suyas intentado encontrar una salida como ella había hecho tiempo atrás, y también de ver los mensajes que escribían ella y sus compañeras con la sangre de sus torturados pies, si hubiera esperado a que sus lágrimas hubieran acabado de hablarle, la última frase que habría leído.

Bienvenida al infierno, hermana.

~El laberinto~

-Angy W. Mhe-

No sé cuánto tiempo llevo caminando. A estas alturas ya he comprendido que es imposible despertar de esta pesadilla, a no ser que yo mismo encuentre la salida.

Palpo las paredes de muro vegetal, reconociendo pequeñas señales intrínsecas que me guían por este laberinto interminable. Estoy atrapado en una noche eterna. A lo lejos, en el horizonte, siluetas oscuras de árboles gigantes y tenebrosos recortan el cielo, iluminado únicamente por una media luna roja. Cada vez que la miro me recuerda inevitablemente a una sonrisa sangrienta.

Estoy empezando a pensar que igual sí, que lo es. Puede que lo que hasta ahora pensaba que era una luna no sea más que una sonrisa macabra, su sonrisa, recordándome en el cielo que él está aquí. Creo que me estoy volviendo loco. Sé que el niño me sigue y me vigila de cerca. Está en todas partes, podría ser el laberinto mismo, y noto su presencia maligna debajo de cada arbusto y cada piedra. Me observa, da saltitos a mi alrededor y suelta risillas agudas. Nunca podré escapar de él.

No quiero verlo, ni oírlo, ni sentirlo. Sé que si me mantengo dentro de este laberinto me dejará en paz, pero no puedo quedarme aquí para siempre. Porque no estoy solo. Hay criaturas grotescas y horripilantes que vagan aquí dentro.

Creo que son almas perdidas que, como yo, se quedaron atrapados en este horrible lugar. Pasaron tanto tiempo aquí que al final se olvidaron de ellos mismos y mutaron y adoptaron la apariencia de sus peores miedos. Tampoco quiero encontrármelos a ellos, por eso echo inmediatamente a correr cada vez que oigo pasos en la hierba, respiraciones y gemidos. No sé si son peligrosos, pero me roban la cordura.

No me queda mucho tiempo. Si sigo aquí yo también terminaré convirtiéndome en un alma perdida, condenado a vagar para siempre en los confines de este laberinto.

De pronto, me paro en seco al notar que a mi alrededor ha empezado a formarse una fina neblina blanca. Trago saliva, intentando prepararme mentalmente para lo que vendrá a continuación. Me ha costado penurias encontrar este sitio, y sé que a partir de aquí las cosas se tornarán peligrosas. Ante mí, niebla y oscuridad se entremezclan, invitándome a adentrarme en ese lugar perdido. Sé que voy por el buen camino, no es la primera vez que he estado aquí. La salida está en algún lugar allí delante, y solo tengo que seguir para dar con ella. Pero encontrar la salida no es lo más difícil.

Siento como me sube por el cuerpo un ramalazo de miedo, y noto unas ganas irresistibles de dar media vuelta y alejarme corriendo de este lugar. Pero me contengo. Esta vez no cederé. No voy a escapar.

Mis piernas temblorosas comienzan a caminar y me interno en este paisaje difuso.

A medida que avanzo, la niebla se va haciendo más densa. Noto como poco a poco los sonidos a mi alrededor se van amortiguando, y al final desaparecen por completo. Dejo de oír los chillidos de las cigarras y los grillos, y el búho que ululaba de vez en cuando en algún lugar lejano también se va.

Palpo sin parar las paredes para guiarme. En medio de mi inseguridad, éstas me sirven como una incomprensible fuente de apoyo, algo compacto en lo que sostenerme cuando todo se vuelve irreal. Sin embargo, inevitablemente los muros también van perdiendo su solidez.

Me doy cuenta de que ya no oigo mis propios pasos sobre la hierba, y tampoco siento el olor húmedo del bosque. Todo está envuelto en una extraña humareda blanca que bloquea mis sentidos y distorsiona y retuerce el espacio a mi alrededor. Apenas puedo verme los pies, y si continúo también dejaré de sentir los latidos irregulares de mi corazón. Sé que llegará un momento en el que ya no oiré absolutamente nada, y será entonces cuando comenzará la verdadera pesadilla. Aún así, sacando un valor muy impropio de mí, obligo a mi cuerpo a proseguir.

Mis predicciones se cumplen. Pronto se establece a mi alrededor un silencio completo y hermético. La ausencia total de sonidos es tan antinatural como escalofriante, es como si estuviese dentro de una película a la que le quitan el audio.

Un extraño aroma a naranjas podridas inunda de pronto mis sentidos, y entonces sé que él ha empezado. Un leve eco de risas infantiles comienza a sonar a lo lejos. Se van haciendo más intensas y burlonas a medida que avanzo. Giran y giran sin parar a mi alrededor. Instintivamente me tapo los oídos, pero no sirve de nada porque sus carcajadas entusiastas y agudas siguen resonando en mi cerebro en un compás interminable.

Oigo su voz por todas partes, y oigo como va trazando círculos en torno a mí mientras se acerca inexorablemente. Aprieto los dientes mientras un sudor frío me recorre la espalda. Ya no estoy tan seguro de si quiero seguir avanzando; la primera vez ni siquiera conseguí aguantar hasta aquí. Pero llevo mucho tiempo en este laberinto. Ya he fracasado demasiadas veces.

El nauseabundo olor a naranjas podridas se hace más intenso y se me encoge el estómago. El niño ríe y ríe sin parar, y su diversión y entusiasmo aumentan a cada segundo. Mis nervios se crispan hasta el límite, y noto como comienzo a perder el control de mi mente. No quiero que el niño se acerque a mí.

Empiezo a temblar, y mi corazón se estruja para hacerse pequeño. Debo encontrar la salida. Esta vez debo hacerlo. Seguiré, saldré de aquí, y entonces todo terminará.

Así que no me detengo. Mi cuerpo está cohibido por el miedo, pero mis piernas siguen caminando. Ya no tengo ninguna pared en la que sostenerme, así que extiendo los brazos y los agito en el aire mientras doy inseguros pasos en falso. La niebla es muy espesa, y mis brazos aparecen y desaparecen ante mi vista.

A las risas se les ha empezado a sumar el ruido de pequeños brincos. Alguien está dando saltitos cerca de mí. Alguien que ríe a carcajadas, y que huele a naranjas podridas.

Dios, no. Creo que empiezo a ver sombras. Se mueven a mi alrededor, con tanta rapidez que no puedo ver su trayectoria. Mi estómago da un vuelco, y noto como mis ojos se humedecen. El niño ya está aquí. Y cada vez está más cerca. No, no quiero verlo. No quiero que venga. No quiero ver su sonrisa eterna ni su cara redonda y pálida. No quiero ver sus ojos sin brillo, arqueados en dos finas ranuras negras, ni tampoco su boca oscura y profunda curvada hacia arriba. Como una media luna.

No quiero verlo. Por eso acelero el paso, a un punto en el que el caminar y el correr se confunden. Porque ya me da igual si no veo nada, si no puedo guiarme, o si tropiezo. Necesito salir de aquí. Necesito moverme, pero a la vez también tengo miedo de hacerlo.

Sin embargo, con todos mis sentidos bloqueados y un paisaje eternamente inmutable, comienzo a dudar de si en el fondo estoy realmente avanzando.

De pronto, una mancha oscura entra en mi visión. Está ante mí, y se interpone en mi camino. No. No, no, no. Las lágrimas empiezan a resbalar por mis mejillas, y me paro en seco. Las risas suenan atronadoras, malvadas y horripilantes. Su olor ahora es tan intenso que siento ganas de vomitar

El niño comienza a moverse, y se acerca a mí. Su cuerpo se tambalea como una marioneta sostenida por cuerdas inconexas. Pronto consigo distinguir su pequeña silueta, y veo su sonrisa y su cuello balanceándose de un lado a otro sin parar. Está viniendo hacia mí, y cada vez más rápido. No, no puedo. No quiero que venga, no quiero verlo, no quiero que me toque. Toda mi determinación se va con un soplido y me olvido de mí mismo. El terror más puro y primitivo me inunda, y fuerzo a mis piernas a dar media vuelta.

Comienzo a correr, con todas las fuerzas que consigo sacar de mi rígido cuerpo, y no me detengo. Ni siquiera me atrevo a mirar atrás por si el niño me persigue. Corro y corro sin parar, no sé durante cuánto tiempo, pero dejo de sentir las piernas.

A mi alrededor la neblina por fin comienza a aclararse, y al final consigo salir de ella completamente y regreso al boscoso y oscuro laberinto. Pero su voz continúa persiguiéndome, y no me atrevo a detenerme. Zigzagueo entre las paredes hasta dejar de reconocer el camino, y llego a un punto en el que vaya a donde vaya todo me parece igual. De vez en cuando me cruzo con un alma perdida, pero no me importa, porque cierro los ojos y sigo corriendo sin parar, incluso cuando dejo de oírle.

No sé cuánto tiempo ha pasado; pero finalmente, me he detengo. Me dejo caer sobre la húmeda hierba y comienzo a jadear con violencia. Cuando logro recuperarme, me incorporo y observo a mi alrededor. Me encuentro en algún lugar en las profundidades del laberinto, un lugar que no reconozco. Me he vuelto a perder.

***

La enfermera observó con lástima a la pálida y ojerosa mujer que se acercaba a ella, la misma que en ese momento levantó la cabeza y la contempló anhelante, con los ojos cargados de absurda esperanza. Se mordió el labio. No le gustaba tener que arrebatársela.

—Perdona, ¿está…?

La enfermera negó con la cabeza, y la interrumpió cortante. Cuanto más breve y rápido fuera el encuentro, mejor.

—No, no hay cambios.

—Pero él…

La joven tragó saliva.

—Lo siento. El estado del paciente sigue igual. De momento aún no ha mostrado ningún indicio de que vaya a despertar.

Dicho esto, comenzó a caminar y se alejó de la mujer para no ver cómo el brillo se apagaba en su mirada triste.

La señora avanzó poco a poco hacia la habitación de su hijo, y depositó lánguidamente la mano en el pomo de la puerta, infundiéndose valor unos instantes antes de abrirla. Era el mismo escenario de cada mañana. Pero aquella mañana era diferente.

La mujer ahogó un grito al entrar, y acto seguido comenzó a llorar. Las muñecas abiertas de su hijo colgaban flácidamente a ambos lados de la cama, como las ramas de un árbol muerto, impregnadas de sangre seca.

En la ventana, alguien había escrito con letras grandes y macabramente rojas un mensaje incomprensible.

NO PUEDO. EL NIÑO NO ME DEJA SALIR.

En el rostro inerte del chico aún asomaba una pequeña sonrisa. Oscura y profunda, curvada hacia arriba. Como una media luna.

~Muerte viviente~

-Angy W. Mhe-

Corro, y corro, y jadeo; blandiendo con fuerza la barra de metal mientras golpeo a todo aquel que se interpone en mi camino. Sé que no podré durar mucho. No puedo correr eternamente.

Estoy rodeada de zombis que nada más verme se abalanzan sobre mí como bestias salvajes, y vaya a donde vaya siempre hay más. Zombis que una vez fueron mis compañeros, es más, aún llevan los desgarrados y ensangrentados uniformes del instituto, pero ya no los distingo.

No sé qué está pasando. Pero sé que es una especie de enfermedad, y que yo también podría convertirme en una de ellos. Sin embargo, de algún modo, sigo aquí, resistiendo, no sé esperando a qué. Una parte de mí me pide que me rinda. Me dice que en el fondo ya no tengo escapatoria y que cualquier intento de salvarme es inútil. Que solo estoy ganando tiempo para el inevitable final. Y que podría ahorrarme todo este infierno. Tiene razón, pero aún así me niego a abandonarme a ellos, y sigo luchando hasta el final

Me tiemblan las piernas, pero me aferro a la adrenalina que corre por mi cuerpo para no sucumbir a la desesperación. Esto es una pesadilla, pero es demasiado vívido para ser un sueño. El dolor, el miedo, el cansancio, los gritos y el nauseabundo olor son reales, y puedo sentir perfectamente cada uno de mis pasos al correr como si fuera el último. Estoy rodeada de sangre, de cadáveres, de sustancias y fragmentos humanos, y de gente siendo devorada por seres que anteriormente también fueron devorados. Gente que suplica ayuda, pero yo no puedo salvarles. No tengo tiempo ni para pararme a vomitar, ni siquiera puedo llorar, no al menos hasta que mi mente asimile que esto está sucediendo de verdad.

Me están persiguiendo por detrás, y delante hay un grupo que bloquea el pasillo, pero consigo llegar a tiempo a las escaleras y bajo a trompicones, mientras me libero a patadas de los pocos obstáculos que me encuentro. Me he dado cuenta de que, de forma instintiva, intento ir siempre hacia abajo, quizá para llegar a la puerta principal y salir de esta maldita escuela infernal. Quizá así pueda ir a

pedir ayuda, llamar a la policía, al ejército, o lo que sea. Y hasta hace poco todo era tan normal… ¿por qué ha ocurrido esto? ¿Cuándo exactamente ha empezado? ¿Cuando los zombis irrumpieron de pronto en clase? ¿Cuando comenzaron los gritos fuera? O tal vez mucho antes.

Y sigo corriendo, demostrando una resistencia desconocida hasta entonces, mirando al frente, sólo al frente, intentando no fijarme en la masacre a mi alrededor. La conciencia me pide que ayude a los demás, pero dudo mucho poder salvarme ni siquiera a mí misma. Cuerpos ensangrentados se lanzan hacia mí sin parar, no tengo ni idea de si aún están vivos o si son ya muertos vivientes, pero los golpeo igualmente. Para mí ahora todos son enemigos. Sé que estoy siendo egoísta, pero es la única manera. No sé si para convertirse en uno de ellos basta con un mordisco o primero hay que morir, pero no me gustaría quedarme a comprobarlo. De todos modos, si es la primera opción, yo ya estoy perdida.

Y sigo corriendo.

Golpe a golpe, mi barra de metal se ha ido tiñendo de sangre, y yo misma también. No quiero verme. Al contrario que al principio, ahora ya no dudo en matar a todo aquel que se me ponga por delante. Me limito a sobrevivir, dejándome llevar por el pánico más absoluto y una extraña rabia que me insta a escapar de aquí. Esto no es una película. Está sucediendo de verdad, me repito una y otra vez. Tengo que salvarme. ¡Tengo que hacerlo!

He conseguido llegar a la planta baja, pero está completamente infestada de zombis, muchísimos más que en los pisos superiores. Apenas puedo respirar, debido al olor a muerte y a la carrera que me he pegado, pero mi determinación me obliga a seguir. Joder, estoy completamente cubierta de sangre, aún caliente y viscosa.

De pronto una mano se aferra a mi brazo.

«¡Ayúdame!», me ruega la chica, llorando. Está totalmente irreconocible, llena de heridas horribles, y da miedo. Instintivamente intento soltarme. Maldita sea, no me deja moverme. ¡Voy a ser atrapada!

«¡Suéltame!», le grito desesperada y furiosa mientras la zarandeo. «¡Suéltame, zorra!». Le pego un empujón y logro liberarme. Ella, con un chillido, pierde el equilibrio y cae al suelo. Uno de ellos la coge, e inmediatamente vienen más. Al final son tantos que dejo de ver su figura. Dejo caer la barra de metal y retrocedo, tambaleándome. Dios mío. ¿Qué he hecho? Me tapo los oídos para no oír sus gritos y me alejo rápidamente de allí.

«¿Por qué?», me pregunto, mientras noto cómo empiezo a llorar. «¿Por qué he hecho eso? ¿Por qué ha tenido que pasar todo esto?»

Me dejo sucumbir al terror y, sin saber muy bien lo que estoy haciendo, me meto en una de las aulas y cierro la puerta. Dentro hay dos zombis que al verme inmediatamente vienen hacia mí. Llevada por una rabia asesina, cojo una silla y logro acabar con ellos. He descubierto que la única manera de matarlos es golpeándoles en la cabeza, y una ventaja es que se mueven de una manera muy lenta.

«Son zombis», me digo. «Ya no son humanos, sino monstruos. No los estoy matando, porque ya están muertos»

Noto que me estoy volviendo loca. Un cúmulo de emociones, pensamientos e ideas contradictorias van apareciendo por mi mente y se van tan rápido como vinieron. Ahora estoy aterrorizada, ahora rabiosa, y ahora quiero reír. Oigo cómo golpean la puerta fuera. Por supuesto. Esas criaturas son demasiado simples para abrirla. Igualmente, no tardarán en entrar. Me acerco lentamente a la ventana. Lo que veo hace que mi mundo entero se derrumbe.

La ciudad entera está plagada de esos seres monstruosos. Hay destrucción y masacre por todas partes. De pronto me siento como si ya me hubiesen matado. No puedo escapar. Estoy rodeada.

A mis espaldas, por fin logran destrozar la puerta. Me giro y veo que la primera que entra es la chica que me aferró antes, ahora convertida en zombi. Ja. Ja, ja, ja. Me río a carcajadas mientras me dejo caer de rodillas. Me rodean. Uno de ellos se lanza hacia mí y me muerde en el cuello. Grito. Como un disparo de salida, todos los demás vienen también. Lloro. Me tienen atrapada. No sé describir lo que es esto. Me muevo, pataleo, chillo. No reconozco mi voz, es inhumana. Me muerden, y sangro por todas partes. Estoy ardiendo en las llamas del infierno. Esto va más allá de la vida y de lo real. Mi cerebro no puede procesar este martirio, este horror, este sufrimiento. Estoy siendo devorada viva.

Alzo mi mano hacia el techo, intentando aferrarme a algo inexistente, mientras ruego ayuda a Dios, a alguien que pueda liberarme. Pero no viene nadie.

Quiero irme, irme a otro sitio, quiero parar esto, quiero que todo se vaya y desaparezca.

¿Por qué sigo viva? ¿Por qué estoy resistiendo tanto? ¿¡Por qué sigo viva!?

Y sigo gritando, y gritando, y gritando, hasta que terminan de destrozarme la garganta. No. ¡¡NO!!

***

El ataque fue repentino. Los médicos llegaron con rapidez y, tras una dura persecución por la escuela, finalmente consiguieron retener a la alumna en una de las aulas de la planta baja. Fue sedada inmediatamente con tranquilizantes.

Acaba de ser ingresada en un hospital cercano, aunque aún no se conoce con certeza qué clase de crisis demencial sufrió. Después de la revisión física se destinará a la paciente al departamento de psicología.

En total ha habido ocho heridos, dos de ellos en estado grave. Han sido ingresados en hospitales, a petición de los padres, diferentes al de su atacante.

~Tiempo~

-Nieves H. Hidalgo-

Oscuridad absoluta, nada, sólo negro infinito a su alrededor. Completamente ciega, Dana palpaba la pared intentando salir de dondequiera que estuviese, aunque más que una pared parecía un muro, sólido y abrupto, pero a su vez cálido y repulsivamente viscoso. El ambiente era muy húmedo, tanto que su ropa ya estaba empapada por su transpiración, o tal vez era el miedo que sentía.

Ahora palpaba el muro buscando una puerta, un atisbo de luz, algo, lo que fuera para poder salir de allí, aunque tan sólo unos minutos antes había despertado bruscamente por un extraño ruido, un chillido agudo y metálico. Al abrir los ojos no pudo ver nada, absolutamente nada, ninguna luz que pudiera indicarle dónde estaba o si había alguien más en aquel lugar.

Tras el impacto inicial de la infinita oscuridad, comenzó a ser consciente de su propio cuerpo; estaba tumbada boca arriba sobre algo rígido y plano, aunque podía notar pequeños salientes aquí y allá que se clavaban en su espalda. Sin poder ver nada, escuchó atentamente: nada, únicamente el sonido de su propia respiración. Eso no le garantizaba que estuviera sola (aún tenía que averiguar si eso era bueno o malo), pero tampoco podía quedarse allí esperando… ¿Qué debía de esperar? ¿O a quién? Dana no sabía dónde estaba, tampoco cómo había llegado, pero su instinto de supervivencia le decía, le exigía, que saliera de allí.

Con cuidado comenzó a incorporarse, palpando a su alrededor con suaves movimientos de los brazos y pequeños pasos tentativos intentando ubicarse. Finalmente encontró a su izquierda el muro que ahora seguía con la esperanza de llegar si no a una salida, a algún sitio iluminado. La absoluta oscuridad era aterradora, no era como estar ciega, era peor, tener un sentido y ser completamente inútil. Y los demás sentidos tampoco la ayudaban: el oído sólo le indicaba cuán acelerados estaban su respiración y sus latidos. El olfato le revelaba la humedad del ambiente, sin embargo, aportaba un toque de óxido que también podía sentir en el paladar, contaminando su gusto. Y el tacto la guiaba por un camino interminable sintiendo la viscosidad del muro.

Había perdido la noción del tiempo mientras caminaba sumida en la oscuridad, minutos, horas, puede que incluso días. Parecía que hubiera recorrido kilómetros en su angustiosa marcha, sin embargo, con la lentitud de sus movimientos explorando cada centímetro, no podía haber avanzado demasiado. Las tinieblas la envolvían como si se encontrase en el mismísimo infierno, no obstante, no sólo era la tenebrosidad del lugar lo que le hacía temblar. La sensación creciente de no estar sola allí, de ser vigilada en cada uno de sus pasos sin que su observador se mostrase era lo que hacía que el miedo creciera en su interior. No sabía cuán acertada era esa apreciación.

Al apoyarse en el muro para tantear el suelo con el pie, resbaló perdiendo el equilibrio, por suerte sus reflejos fueron más rápidos que su cerebro y reaccionaron a tiempo. Estable de nuevo, pudo comprender el motivo del desequilibrio: en ese punto el muro estaba muy resbaloso, más viscoso que metros atrás. Continuó palpando hasta que notó una hendidura e introdujo una mano, impregnándose de la sustancia pegajosa que cubría el muro. Era repugnante y repulsivo sentir aquello en la mano, y aún más desagradable lo que estaba a punto de hacer, aunque tampoco podía permitirse muchos lujos ni remilgos en aquella situación. Sacó la mano notando cómo goteaba y se la acercó a la nariz para olerla. Óxido, olía intensamente a óxido, como si fuese una estructura metálica sumergida largo tiempo en agua, pero también había algo más, unas
notas de frescura y sal, algo cálido, algo como… No, se negaba a creer eso, se negaba a dejar que el miedo nublara su juicio, sin embargo, era innegable que aquello era sangre.

Continuó caminando sumida en la oscuridad, alejándose de aquel líquido que, si era el motor de la vida, en ese caso evocaba la muerte. Pasos lentos y tentativos, roces temerosos por el muro para orientarse, hasta que un sonido rompió el silencio. Un ruido agudo, un chillido o algo estridente que hería sus oídos. Eso era lo que pensaba Dana, no podía ver las afiladas cuchillas arañando el muro a pocos metros de ella.

Cada músculo de su cuerpo estaba en tensión mientras el silencio volvía a apoderarse del lugar, mientras la reverberación se alejaba hasta apagarse. Quieta, sin apenas respirar, ya sólo podía oír sus propios latidos desbocados, palpitaciones que resonaban aceleradas en sus oídos. Y, de nuevo, un sonido desgarró el silencio; en aquella ocasión, una risa siniestra que parecía reírse de ella disfrutando de su miedo, la risa de una mujer. El eco y la reverberación le impedían saber de dónde provenía, sin embargo, tan sólo a un metro de ella, se encontraba la emisora de esa tétrica risa, Cloeh.

Reía imaginando cómo sería rasgar la carne de la pequeña Dana Coend, carne tersa y firme, músculos tensos por la adrenalina.

Miró a su hermana Retis, que, a su lado, también contemplaba a la joven aterrada. Su mirada lasciva le indicaba que pensaba lo mismo. Cortar, rasgar, sangrar…

Satisfacciones sublimes más allá de los placeres del sexo.

Ajena a los pensamientos de Cloeh y Retis, Dana continuaba caminando por el lúgubre túnel, su paso se aceleraba por el miedo, sus pies ya no tanteaban el suelo, lo pisaban inestable mientras sus ojos seguían cegados por la oscuridad. La sensación de no estar sola crecía sin poder evitarlo, al igual que el horror que sintió cuando notó algo afilado y frío cortar su pierna. El dolor en el gemelo le hizo caer al suelo mientras sentía brotar la sangre caliente, su propia sangre, la misma por la que las hermanas se deleitaban lamiendo las afiladas cuchillas de sus garras que habían cortado la carne.

Pero Dana era una luchadora, siempre lo había sido, por eso la eligieron. Se levantó del suelo y corrió alejándose de aquello que la había atacado. Su súbita carrera por el túnel angosto guió sus pasos hasta una bifurcación. Sus manos, precediéndola, le indicaron dos aberturas en el final del muro. Dudó unos segundos, no podía perder más tiempo sopesando las opciones. Se decantó por la izquierda mientras seguía corriendo en la oscuridad.

Cuando ya no le quedó aliento ni aire en los pulmones, paró a descansar, sólo unos instantes, lo suficiente para usar su propia camisa como improvisado vendaje, y mientras lo hacía, sintió un aliento cálido sobre su nuca que le movió el

pelo. Gritó aterrada volviéndose y agitando las manos para alejar a lo que fuera que estaba a su espalda, aunque no encontró nada, sólo aire.

Cloeh la observaba en la oscuridad, sus ojos no necesitaban luz para verla, la negrura y las tinieblas eran su elemento cuando la inexorable fecha se acercaba.

Tic-tac, tic-tac; el tiempo se agotaba.

El noveno día de cada año, ese era el momento señalado. Cazador o presa. Aunque no era una pelea justa, ella nunca sería la víctima, no mientras el reloj continuara gobernando el tiempo, su tiempo.

Dana, cojeando y casi sin respiración por el pánico que la invadía, continuó avanzando por el túnel donde se encontraba hasta que descubrió un punto rojo en la pared, casi en el techo por lo poco que iluminaba el haz escarlata. Se preguntó qué sería, aunque no era tan estúpida como para detenerse a averiguarlo, sabía que su vida estaba en peligro.

—¡Corre! —dijo una aguda voz de mujer demasiado cerca de ella.

Y eso hizo, corrió despavorida alejándose de la voz que había creído sentir a su espalda. Se precipitó a la carrera a ciegas hasta que tropezó con algo y cayó al suelo. Se levantó apoyando las manos sobre la tierra y descubrió que esta estaba manchada de algo viscoso. Una idea llegó a su mente, un recuerdo de algo que creyó descubrir más atrás en el túnel: sangre.

Cloeh reía en silencio viendo a la joven huir. Luego miró hacia la cámara sabiendo que sus hermanas también observaban la escena, se deleitaban con ella. Nunca pensaron que adaptarse a la tecnología moderna sería tan divertido, ahora podían seguir todos los movimientos de sus presas, como lo estaba haciendo Cloeh en ese momento.

Veía a Dana arrodillada en el suelo, tanteando a su alrededor buscando la causa de su caída. Pronto descubriría el miembro inerte con el que había tropezado. Observó cómo la joven reconocía el cuerpo mediante el tacto, sus manos recorrieron la carne y la piel con escaso vello, manchadas de sangre, hasta llegar a los dedos. No pudo evitar reír a carcajadas cuando Dana gritó al descubrir que era una pierna humana, sólo la pierna separada del resto del cuerpo. La vio

contener las arcadas que ese descubrimiento le provocó. Entonces pensó: «Quizás debería de ayudarla». Aunque su “ayuda” no era algo que Dana fuese a apreciar.

Se acercó sigilosamente y, manteniendo cierta distancia, se inclinó para cortar con sus afiladas garras el estómago de la joven. Sonriendo por su obra, vio cómo la sangre brotaba de la herida mientras ella se llevaba las manos al abdomen y de su garganta escapaba un agónico gemido de dolor y pánico. Mmm, ese sonido era música para Cloeh, también para sus hermanas, que, custodiando el reloj, disfrutaban de la escena a través de los monitores. Estas querían más, querían hacerlo ellas mismas, sentir cómo se desgarraba esa frágil piel, pero ahora era Cloeh quien volvía a atacar a la joven, más cerca, a escasos centímetros para disfrutar del momento.

Dana sentía un atroz dolor en el estómago, intentó cubrirse la herida cuando sintió un nuevo corte, esta vez en el brazo. Histérica, presa del pánico, batía el brazo intacto a su alrededor en un vano intento de defenderse, sin saber que al hacerlo provocaba más deleite en sus captoras. No les gustaban las víctimas fáciles, preferían que corriesen, que luchasen por sus vidas, el aliciente de la caza era perseguir a sus presas.

—Tic-tac, tic-tac, tic-tac —escuchó Dana, el susurro demasiado cerca de su oído.

Pero en vez de huir, sacando fuerzas a pesar del miedo, arañó a su atacante haciendo que esta gritase mientras ella corría despavorida. Ahora estaba segura, era una mujer, y también sabía que lo que notaba bajo las uñas era carne y sangre de su agresora. ¿Por qué le estaban haciendo eso? ¿Qué querían? ¿Por qué a ella? Pero la única respuesta que obtuvo fueron los gritos y amenazas de su atacante.

—¡Pagarás por esto, puta!

La voz de su agresora resonaba alta y amenazante por todo el lugar mientras Dana huía alejándose en la oscuridad. Su avance era cada vez más lento, empezaba a marearse y le fallaban las fuerzas, la hemorragia en sus heridas era grave, aunque no mortal, no debía morir, no todavía. Sin embargo,

Dana no se detuvo, ni siquiera cuando vio otro punto rojo en la pared, continuó corriendo sin saber a dónde iba.

En su carrera a ciegas chocó de frente con algo metálico, en aquella ocasión sus manos no guiaban sus pasos, pero, aunque el impacto había sido doloroso, la alegría de haber encontrado una puerta superaba todo. Tanteó el metal que cerraba la entrada, palpándolo, buscando la forma de abrirlo, pero no había cerradura ni picaporte, nada para aprehenderlo y tirar de él, sólo los remaches que lo contorneaban. Frustrada, golpeó violentamente la puerta, aunque era consciente de que no podía perder más tiempo allí, así que palpó alrededor de nuevo y descubrió que el camino se acababa a un lado, pero el otro continuaba en la oscuridad.

Caminó por ese lado, avanzaba por el nuevo corredor rápidamente con las manos por delante de ella para evitar chocar otra vez. No sabía cuánto había avanzado, para ella habían sido kilómetros sumidos en la angustiosa situación en la que se encontraba, sin embargo, Álona sabía que habían sido sólo unos metros. Ahora era ella quien la observaba, la mayor de las tres hermanas. Cloeh había sido débil, no había previsto su reacción, la imprudencia y temeridad de la juventud.

—Tic-tac, tic-tac, tic-tac.

Sonaba una voz amenazante reverberando por las paredes, aterrando a Dana. No era consciente de lo cerca que se encontraba Álona, sólo sabía que esa voz era distinta de la de su agresora. Dos voces de mujer, tres risas siniestras de quienes sin motivo la atacaban, al menos para ella no existían motivos que pudieran justificarlo.

—El reloj avanza y se acaba el tiempo. Tu tiempo.

La voz resonaba por todo el lugar, recorriendo cada centímetro de su piel aterrándola más. ¿Qué significaba eso? ¿Era una psicópata que la había secuestrado y estaba jugando con ella? ¿Era una pesadilla? De nuevo nada contestaba a sus preguntas mientras huía.

Continuó avanzando rápido, casi corriendo, todo lo veloz que le permitía su propio cuerpo herido y la oscuridad. Rezaba mientras las lágrimas inundaban sus

ojos, nunca había sido creyente, pero no había mejor momento para apelar a una ayuda superior. Dios, Alá, Ra, Zeus, Minerva… Cualquiera le servía, cualquiera que la sacase de allí.

Álona la observaba en su huída, acechando en la oscuridad y el silencio. Olió el miedo de Dana, un olor salado y corpóreo que impregnaba el ambiente, un olor que conocía desde la infancia. Miedo y terror, esos habían sido sus juguetes, y los de sus hermanas. Condenadas a estar juntas, bendecidas a pasar sus vidas unidas. Y como era la mayor de las tres, la que más experiencia tenía, sabía que el nuevo reto que se encontraba a escasos metros de la joven sería una grata diversión para ellas. Y así fue, Dana cayó de rodillas al tropezar con algo que yacía en el suelo. Sus manos tocaron un contorno al levantarse, manos que nuevamente estaban llenas de sangre. Ummm, ese líquido celestial que les daba vida y las condenaba. Roja y caliente, oscura y fría, tibia y espesa; no importaba, la sangre era vida, era muerte, era tiempo.

—¿No quieres jugar con tus amigos? —preguntó riendo Álona. —A ellos también se les acabó el tiempo.

Dana era muy consciente de que estaba cerca, demasiado cerca y no venía a salvarla. Tenía que salir de allí, alejarse, más aún cuando ese cruel comentario había confirmado sus sospechas, el objeto que la hizo caer era un torso humano, sin brazos ni piernas, ni siquiera cabeza. Y no quería pensarlo, pero sabía que sus manos habían tocado el corazón expuesto en el pecho, lo que quedaba del músculo cardiaco apuñalado por las costillas desencajadas. Aguantando las arcadas se levantó y continuó caminando, corriendo, guiándose sólo por lo que tocaba con sus manos impregnadas con alguna sustancia: sangre, descomposición del cuerpo, vísceras... De nuevo las arcadas llegaban a su garganta, un sabor amargo se repetía igual que la siniestra risa reverberaba por el túnel. Pero no se detuvo, no podía permitírselo. Corrió hasta que dio con un muro de frente. Tanteó a los lados, pero nada, no había salida.

«¡Maldita sea!», maldijo. Volvió sobre sus pasos siendo consciente de que volvería a toparse con aquello que parecía partes de un cuerpo humano, aunque

eso no le preocupaba tanto como saber que también podía encontrarse con la dueña de la siniestra risa.

Caminó insegura y fatigada, cansada por la pérdida de sangre y la angustia, arrastrando los pies ahora para esquivar los trozos desmembrados, despacio para no pisarlos. No es que sortearlos fuera a resolver la situación en la que se encontraba, pero su mente no podría asimilar mancillar un cuerpo de esa forma, aunque ya hubiera sido mutilado. Al menos esperaba que esa brutalidad hubiera sido *post mortem*.

Llegó a los restos y los sobrepasó pasando por encima, dedicándole una oración entre sus rezos. Una vez dejados atrás, fue tanteando el muro buscando la puerta mientras caminaba rápidamente. También rezaba por llegar a esta y poder abrirla, pero, sobre todo, por no encontrarse con nadie más, ni vivo ni muerto, no podría soportarlo.

En el camino de regreso vio más puntos rojos luminiscentes por encima de su cabeza sobre el muro. ¿Cámaras? ¿Podrían ser cámaras? ¿La estaban observando? Pero ¿quién? ¿Y por qué?

—Corre, pequeña, corre. El tiempo se agota.

Una tercera voz la aterró, también de mujer. Era Retis, que ahora se encontraba vigilando sus pasos en la distancia. Ella no era tan imprudente como Cloeh, pero tampoco tan excesivamente cauta como Álona. Quería jugar con la presa, ella también quería divertirse, aunque mantenía las distancias. Dana las había sorprendido con su leve ataque, pero ese era el aliciente, eso les hacía esperar impacientes la caza. El noveno día de cada año era el verdadero reto, el tiempo se agotaba, era una carrera contrarreloj por la supervivencia. Aunque la caza no se limitaba a esos días, necesitaban más, era su droga, la razón de su existencia. El sabor de la adrenalina y del miedo hacía más sabrosa la carne, un aroma que se paladeaba en los músculos tensos de las presas.

Dana había llegado a la puerta y buscaba desesperadamente la forma de abrirla hasta que oyó un zumbido y notó una leve presión sobre el metal. La puerta se había abierto unos milímetros, suficiente para dejar pasar un atisbo de luz en su contorno.

«Guiada como una rata en un laberinto», fue lo que pensó, aunque no tenía más opciones. Introduciendo los dedos por el lateral, tiró de ella con todas sus fuerzas, pero esta era mucho menos pesada de lo que creía y al abrirla tan bruscamente la intensa luz de su interior la cegó.

Aturdida por la luminosidad después de tanto tiempo sumida en la oscuridad, se frotó los ojos hasta que estos dejaron de llorar y el dolor se atenuó lo suficiente para que, parpadeando lentamente hasta acostumbrarse a la nueva iluminación, pudo abrir los ojos. Una gran sala se presentaba ante ella, a su espalda, el lúgubre corredor por el que había venido. ¿Debía entrar? ¿Tenía más opciones? Con paso indeciso salvó el escalón del marco de la puerta y entró en la gran sala. Y, en cuanto estuvo dentro, la puerta se cerró tras ella con un sonoro golpe. Se dio la vuelta e intentó abrirla sin éxito, ahora estaba atrapada allí, donde quiera que fuera ese nuevo lugar.

Era una sala circular grande y vacía, rodeada de espejos que le devolvían su propio reflejo: pálida, con la camiseta y los vaqueros sucios por la tierra, llenos de sangre seca y otra todavía líquida que escapaba de sus heridas. La pierna estaba vendada con su propia camisa, ahora roja por la hemorragia no contenida. La herida del abdomen también seguía sangrando, podía verlo a través de la camiseta desgarrada. Y de su brazo corría un hilo de sangre hasta llegar al dorso de la mano y los dedos para luego caer al suelo goteando.

—Tic-tac, tic-tac, tic-tac.

Tres voces al unísono resonaron por toda la sala repitiendo esa letanía.

Retrocedió pegándose a la puerta, no había nada en la sala, nada, sólo ella y los grandes espejos del suelo al techo, rodeándola y devolviéndole su reflejo aterrado.

Uno de esos grandes espejos, el que estaba frente a ella, parecía distinto a los demás, más bien era su forma de encajar con los de al lado lo que lo hacía diferente.

Con precaución, notando el cansancio y el dolor que la invadían, pero también la adrenalina que aún corría por sus venas, se acercó a este y lo tocó. Entonces el espejo se movió girando noventa grados dándole así acceso a una

nueva sala. Desde donde estaba podía ver que esta era más pequeña y oscura, iluminada parcamente por destellos en tonos verdosos procedentes de varios monitores que mostraban imágenes de corredores y pasillos adustos y vacíos. Visión nocturna de la gruta desierta que había recorrido, desierta salvo por los cuerpos desmembrados que llenaban el suelo. Un torso de hombre, una cabeza de mujer, las pequeñas piernas de un niño, sangre…

Se llevó las manos a la boca tapándosela, ahogando un grito y las arcadas que retornaron al ver los trozos de cadáveres. Dana había pasado por allí, la estaban vigilando en su desesperada huída, pero ¿quiénes?

No tardó mucho en averiguarlo, escuchó un ruido sordo a su espalda y vio con asombro que otro espejo se movía girando ciento ochenta grados. Dada la vuelta completa, en su lugar apareció un gran reloj de arena roja, un reloj cuyos últimos granos caían sobre la duna formada en el cubículo inferior. «Tic-tac, Tic-tac, tic-tac». A eso se referían sus captoras, pero ¿qué significaba?

Más espejos se movieron apareciendo tras ellos altas y estilizadas mujeres cuya complexión era imposible. De cintura extremadamente delgada pero de voluptuosos senos y caderas. Aun así, su belleza era indescriptible: largos cabellos dorados recogidos en trenzas adornaban sus cabezas, resaltando sus ojos celestes tan transparentes que se confundían con el blanco globo ocular. Sus vestidos de gasa variaban en tonos malvas y purpúreos resaltando la palidez de su piel. Hermosas y etéreas… hasta que hablaron:

—Tic-tac, tic-tac, tic-tac. El tiempo se acabó —dijeron al unísono.

El corazón de Dana se aceleró más aún, presa del pánico. Las voces de aquellas hermosas mujeres eran las que había escuchado a lo largo del laberinto en el que se encontraba cautiva. Intentaba comprender cómo alguien de apariencia tan celestial podía ser tan cruel y terrorífico.

Adelfas, la imagen de esas flores llegó a su mente, hermosas pero tóxicas, letales.

Una buena metáfora para describir a Cloeh, Retis y Álona; al menos hasta que el tiempo se agotara.

Sin dejar de vigilarlas, Dana desvió los ojos para mirar el extraño reloj y vio cómo los últimos granos cruzaban el istmo central cayendo inexorablemente al otro lado.

Entonces la apariencia de esas mujeres (o diosas por lo que ella sabía) cambió tornándose completamente distinta: horribles criaturas, bestias encorvadas con la piel agrietada y podrida. Ojos negros como la oscuridad que le había rodeado. Los ropajes que cubrían sus repugnantes cuerpos parecían estar hechos de piel curtida… piel humana. Y sus manos terminaban en largas y afiladas garras como cuchillos, las mismas que le habían herido.

Miró detenidamente a una pese al horror que sentía, pero el rostro arañado de una de esas criaturas llamaba su atención hipnotizándola. Cuatro marcas ensangrentadas que habían levantado la carne pútrida de su cara, cuatro marcas que correspondían a sus uñas cuando se defendió de Cloeh en el túnel. Esta le devolvió la mirada, aunque no había furia ni venganza en sus ojos, sino diversión y regocijo.

Dana, aterrada, retrocedió hasta chocar con el primer espejo que se había girado, ahora de nuevo en su lugar formando una pared única con los demás. No había escapatoria, fuera cual fuera, ese era el final, y no iba a ser bueno, no para ella.

—Tic-tac, tic-tac, tic-tac. Es la hora —cantaban las hermanas al unísono.

Sin darle tiempo a reaccionar, más rápidas de lo que Dana jamás hubiera pensado viendo su nuevo aspecto, las tres criaturas se abalanzaron sobre ella y, agarrándola entre todas, la acercaron hasta el gran reloj. Cloeh la sujetaba fuertemente por los hombros inmovilizándola al hundir sus garras en la nueva herida, provocándole un dolor extremo. Era a la que había arañado y ahora Dana estaba pagando lo que le hizo, tal y como sentenció en aquel tétrico corredor.

Retis se acercó al reloj y levantó la tapa superior exponiendo el vacío de esa parte.

El hedor de la sangre y la muerte escaparon de su interior recorriendo la sala. Dana percibió la pestilencia con desagrado, las hermanas disfrutaron de ese aroma tan conocido y delicioso para ellas. Mientras, Álona, con una sonrisa

funesta en su horrible rostro, mostrando los dientes negros y podridos que su boca contenía, la agarraba por las muñecas sin ninguna delicadeza. Sus garras se hundían en la piel de la joven, desgarrándola brutalmente, haciendo que la sangre manase a chorros cayendo dentro del reloj, y, al hacerlo, este volvía a llenarse de arena, de toda la que había estado en la parte inferior que ahora ascendía, desafiando la gravedad, colmando la otra mitad. Arena roja y líquida como la sangre de su presa, de su víctima.

Dana sentía cómo se le escapaba la vida a la vez que la sangre, luchaba por mantener los ojos abiertos, creyendo aún que tenía alguna esperanza de sobrevivir a ese monstruoso episodio, aunque no la tenía, ninguna esperanza, ninguna posibilidad.

Observó el reflejo de las horribles criaturas en los espejos, cambiando, mutando rápidamente para volver a ser las hermosas damas que vio la primera vez. Etéreas y delicadas, bellas y crueles al mismo tiempo.

—Hermanas, un nuevo año llega. La cuenta atrás comienza de nuevo —anunciaba Álona.

Con sumo esfuerzo, con el último que su casi extinta vida le permitió, Dana levantó la vista hacia la que había hablado, hermosa y de belleza sobrehumana, cruel y aterradora.

—¿Por qué? —preguntó con el último aliento intentando comprender el fin de todo aquello, aunque no llegó a oír la respuesta.

—El sacrificio es necesario para sobrevivir —explicó Cloeh sonriendo cruel y siniestramente.

—Pero la caza —manifestó satisfecha Retis—, la caza es nuestra diversión.

~El código Dewey~

-Nieves H. Hidalgo-

Los jadeos, gritos y el llanto amortiguados por la mordaza eran una hermosa melodía para los oídos de Kailer. Había atado al joven a la cama con cuerdas y cinta adhesiva, sujetándole desde la cabeza a los pies, y este se retorcía en un vano intento de desatarse y escapar, especialmente cuando su captor le mostró los afilados instrumentos de los que disponía y los utilizó para torturarle.

Pensó utilizar sedantes u otro tipo de droga que adormeciera a su víctima, sería lo más sensato, pues, aunque lo tenía todo planeado, siempre podrían surgir imprevistos, como le sucedió la última vez. Sin embargo, sedarlo supondría que sufriría menos, y eso era algo que no estaba dispuesto a transigir, tenía que pagar por su sacrilegio, tenía que experimentar el dolor y el horror en su máximo nivel. Y en aquel momento, tumbado en un charco de su propia sangre, el joven estaba sufriendo, aunque aquello solamente era el principio.

Kailer acercó el cuchillo al rostro del joven, despacio, deleitándose con el pavor que esos movimientos le provocaban. Después señaló la pared situada frente a ellos, donde la sangre resbalada dejando un rastro vertical desde los números que había escrito allí.

—¿Lo ves? Míralo bien. ¡Míralo! —le insistía—. Ese fue tu pecado...

Tras decir aquellas palabras completamente carentes de significado para el joven, dirigió el cuchillo hacia el ojo izquierdo de este al tiempo que, con la mano libre, sujetó el párpado levantándolo.

—Y este será tu castigo —concluyó Kailer mientras la sangre le manchaba los guantes.

Cuando terminó la amputación, comprobó el pulso del joven, aún seguía con vida.

Algunas de sus otras víctimas habían perecido durante el ritual por un ataque cardíaco y las profusas hemorragias. Sin embargo, la excelente forma física y la juventud de esta le habían permitido sobrevivir, aunque no por mucho tiempo. Con un certero movimiento le seccionó el cuello horizontalmente dejando que la escasa vida se le escapara por la herida entre el borboteo de la sangre.

Kailer utilizó la sábana de la cama para limpiarse con ella los guantes, después retrocedió unos pasos y contempló satisfecho su obra. Lo primero que verían cuando descubrieran el cadáver sería el código escrito en la pared situada sobre la cama, quizás tardaran en comprender qué significaba, o tal vez no, eso no le importaba. Lo que sí le interesaba era imaginar lo siguiente que descubrirían: el cuerpo inerte yaciendo sobre el colchón, colocado al revés, con la cabeza en los pies de la cama, de modo que pudiera contemplar el código, especialmente porque le había cortado los párpados. Y finalmente se percatarían de las falanges distales de cada mano, amputadas y situadas alrededor del cadáver. Ese era su ritual, aquel era el mensaje.

Sonrió complacido delatándose ante aquella imagen, no sólo porque había calmado a la bestia de su interior, esa que le ordenaba hacer justicia, sino porque aquello ya se había convertido en algo más. Era un juego, la policía estaba desconcertada y no tenía ninguna pista, y los medios le adoraban. «El asesino del código Dewey», le habían bautizado los periódicos, muy acertado, pues la única conexión entre las víctimas era el código escrito en la pared perteneciente al Sistema Dewey de catalogación de bibliotecas. Raza, sexo, edad, residencia, nivel económico…, nada tenían en común, tampoco era relevante para él, escogía sus víctimas por algo muy concreto.

No obstante, por muy lejos que estuvieran de atraparle, no era buena idea permanecer en aquel lugar más tiempo del necesario, ya se regocijaría recordándolo cuando estuviera en casa. Recogió las pocas cosas que había usado y que no se encontraban dentro del maletín, se quitó los guantes de cuero negro y los cambió por otros exactamente iguales, dejando los de látex debajo como capa de seguridad. Lo mismo hizo con la camiseta que llevaba, cambiando la manchada por una limpia y guardando la primera, junto con los guantes sucios, en una bolsa hermética. Se vistió con un mono azul de trabajo con el logotipo de una empresa falsa en la espalda, se caló una gorra para que le cubriera la cabeza y el rostro, ayudado por unas grandes gafas de sol, y después cerró el maletín. Se dirigió a la puerta, pero antes de abrirla escuchó atentamente, buscando algún sonido, algún movimiento que le indicara que alguien más se encontraba allí, pero

no escuchó nada, por lo que salió a paso rápido del apartamento aunque con calma, como quien sale a comprar el periódico.

«Nueve», se repetía mentalmente mientras se dirigía a la furgoneta; nueve era el número de víctimas a las que había matado, y todas se lo merecían.

Antes de regresar a casa hizo dos paradas, la primera fue en una calle prácticamente sin tráfico, donde se quitó el mono de trabajo quedándose con la ropa informal que llevaba debajo. La otra parada fue en el hospital. Kailer iba varias veces a la semana a leer para los pacientes, sobre todo para los niños allí hospitalizados, y cargado como iba siempre de libros, le habían cedido un pequeño almacén situado en el sótano al que se accedía fácilmente desde el aparcamiento y que estaba situado junto a los ascensores.

Por ello el personal de seguridad no se extrañó al verle llegar, ni nadie le detuvo cuando entró por una puerta donde un gran cartel avisaba: «Sólo personal autorizado». La misma entrada que daba acceso a su almacén guiaba también hacia el depósito de residuos biológicos sanitarios, un lugar lleno de contenedores que serían destruidos con ácido o quemados para evitar posibles contagios.

Después de todo, la justicia divina debía de existir, pues la directora del hospital le había cedido aquel almacén para facilitar su altruista labor con la lectura sin saber que el acceso a ese lugar también le proporcionaba un modo perfecto de deshacerse de las pruebas que pudieran relacionarle con los crímenes.

Libre de cualquier indicio del ritual que había llevado a cabo poco menos de una hora antes, regresó a casa y esperó pacientemente viendo el canal de noticias. En cualquier momento alguien descubriría el cadáver y sería el momento de regresar a la escena del crimen. Quería, necesitaba, ver la expresión de incertidumbre del detective Orso, el agente encargado del caso, cuando saliera de aquel apartamento y tuviera que enfrentarse a los periodistas ávidos de conocer más detalles.

Pocas horas después la cadena de televisión que estaba viendo interrumpió su emisión para alertar de la aparición de una nueva víctima, entonces Kailer regresó a la escena del crimen. Aparcó a unas calles del edificio y anduvo hasta

llegar al lugar para luego situarse entre el gentío que allí se agolpaba, él sería un curioso más, no despertaría ninguna sospecha.

No había pasado demasiado tiempo cuando el detective Orso salió del perímetro acotado por la cinta policial pasando por debajo de esta, momento en que los policías uniformados no pudieron contener por más tiempo a los reporteros que comenzaron a acribillarle con una lluvia de preguntas esperando obtener algún tipo de información. La contrariedad se reflejaba en el rostro del detective, analizaba mentalmente todas las pistas que tenía, que no eran demasiadas. Kailer observaba la escena, viendo cómo contestaba las preguntas sin llegar realmente a desvelar nada; era inteligente y locuaz, eso tenía que reconocerlo, aunque no por ello iba a salvarse, no después de lo que había hecho.

Orso dio por concluida la improvisada rueda de prensa y se dirigió a su coche, entonces, en un momento de arrogancia, Kailer se permitió el lujo de separarse del grupo para pasar a su lado y saludarle bajando gentilmente la cabeza. El detective le devolvió el saludo tras unos instantes, su expresión delataba que no sabía quién era, pero la educación le impedía ignorarle a pesar de las circunstancias.

Mientras caminaba de regreso a la calle donde había aparcado, Kailer imaginó qué diría Orso si llegaban a capturarle:

—Hemos detenido al «Asesino del código Dewey». Su verdadero nombre es Kailer Rillers, un genio, un verdadero héroe que ha hecho justicia con aquellos que habían maltratado…

No, Orso no le veía así, al contrario, para él era un monstruo, un demente que no impartía justicia. No entendía lo que hacía, no apreciaba el bien que estaba haciendo, la misión que tenía.

Kailer era un amante de la lectura desde que podía recordar. Le habría gustado crecer en una casa llena de libros, ojalá sus padres hubieran sentido su misma pasión por la lectura, pero no fue así. Lo más parecido a un libro que hubo en su casa fueron las revistas del corazón que su madre sustraía de la peluquería del barrio, y ni siquiera se molestaba en leer los artículos, se limitaba a mirar las fotos para luego poder criticar al personaje famoso de turno junto con las vecinas.

En cuanto a su padre, lo más cerca que este había estado de un libro fue cuando montaba o intentaba arreglar algún electrodoméstico en casa, consultando los manuales, y no lo hacía él mismo, apenas sabía leer, Kailer era quien leía las instrucciones siempre.

Aunque lo malo no era la ignorancia voluntaria de sus padres, lo peor era que no le permitían leer, de hecho, se lo habían prohibido. Alegaban que era una pérdida de tiempo, que podía estar haciendo algo "normal" como los demás niños o algo productivo como ellos… Nunca llegó a descubrir qué era lo productivo que hacían sus progenitores, tampoco le veía interés a correr por las calles sin ningún destino o a tirar piedras a los árboles. No, él era diferente a los otros niños, lo sabía, y aunque los años de infancia habían sido difíciles por ello, por los insultos y abusos de estos, con los años aquello careció de importancia.

Desde muy joven, su padre decidió que la escuela entraba en su concepto de «perder el tiempo», nada que pudieran enseñarle allí lo prepararía realmente para la vida. Así que, a pesar de las protestas de Kailer, que fueron pocas ya que la educación paterna era férrea y muy agresiva, comenzó a trabajar con él, pasando por cientos de empleos mal remunerados y peor cualificados.

Criándose en semejante ambiente fue algo natural que cuando Kailer descubrió las bibliotecas, estas se convirtieran en su refugio. Eran un lugar donde se sentía sereno y sosegado, en paz; un lugar donde olvidar las palizas, los gritos y las constantes peleas.

Un lugar que encerraba miles de lugares, millones de historias y de personajes, de vidas muy distintas a la suya, o incluso si eran parecidas a la suya, podía distanciarse y vivirlas desde un lugar seguro. Por ello, cada vez que podía, en cuanto tenía un poco de tiempo, se refugiaba en alguna biblioteca, dejaba que su magia le atrapase mientras las horas pasaban sin que siquiera se diera cuenta.

De adulto no tenía vida social, lo más parecido a amigos eran los bibliotecarios que ya le conocían debido a su asiduidad o el personal del hospital. Pero le gustaba la vida que tenía, no necesitaba a nadie, sólo a sus amados libros y las bibliotecas, que eran su santuario, su templo donde evadirse del árido mundo en el que se veía obligado a existir cada día. Y como su lugar sagrado, no

consentía que nadie profanara aquel santo lugar si no era para regocijarse en el deleite de la lectura. Malditos niñatos que acudían allí como quien iba a un bar, niñatos y no tan jóvenes, todos ellos pagarían el precio por mancillar su amado santuario. Así comenzó su misión, su particular purga de individuos que no merecían vivir.

La primera vez que segó una vida fue un ataque de ira, algo inconsciente y compulsivo, no fue planeado, simplemente tuvo que actuar. Su primera víctima fue aquella muchacha que tanto revuelo había formado en la biblioteca coqueteando con los jóvenes que la miraban. Comentarios en voz alta, risas, sillas en continuo movimiento…, le estaban desquiciando. La bibliotecaria le había llamado la atención varias veces sin ningún resultado, el propio Kailer le pidió educadamente que bajase la voz y ella respondió riéndose de él. Pero dejar caer los libros a posta al suelo, auténticas obras de arte como *La Divina Comedia* o *La Odisea*, estropeándolos con cada golpe, sólo para que los viciosos que la rodeaban se recrearan la vista con su ropa ceñida al agacharse, eso fue la gota que colmó su paciencia. Aquella puta pedía a gritos que le rebanase la garganta, que pusiese paz al dolor de escuchar su propia voz. Y así lo hizo, aunque no sucedió en su amada biblioteca.

De vuelta a casa esa misma noche, caminaba por la calle cuando escuchó un ruido procedente de un callejón cercano. Inmediatamente se puso alerta, se producían muchos atracos en aquella zona, sin embargo, lo siguiente que escuchó hizo que la tensión se transformase en ira: escuchó la voz de aquella maldita zorra que tanto alboroto había formado en la biblioteca. Se acercó a la entrada del oscuro callejón y observó la escena: la chica estaba vistiéndose mientras discutía con uno de los tipos que la habían agasajado horas antes. Ella gritaba algo sobre que no podía dejarla allí y que no era una cualquiera para que la tratase de aquel modo, aunque el hombre la ignoraba y se alejaba de ella saliendo por el otro lado de la calle.

Su voz era tan estridente al gritar que le hacía daño en los oídos, pero la frase le hizo gracia y no pudo evitar reírse, aunque no supo que lo hizo con tanta

intensidad que la joven se giró hacia su dirección y cuando le descubrió allí empezó a increparle.

—¿Y tú qué miras, pervertido? Lárgate de aquí, cabrón.

Kailer estaba a punto de irse, sólo tardó unos instantes en decidir que no merecía la pena ponerse a discutir con ella, pero lo que la chica hizo a continuación selló su sentencia de muerte. Cogió su mochila del suelo y buscó algo dentro, y con un rápido movimiento lanzó el objeto contra Kailer, que, cuando se percató de lo que era, sintió una furia sobrenatural apoderándose de él. En menos de un segundo se encontraba a su lado, arrinconándola contra la pared y, sin haberse dado cuenta de ello, había sacado el cúter de su bolsillo, el mismo con el que le seccionó la garganta. Esta cayó de rodillas al suelo intentando parar la hemorragia mientras sus gritos se ahogaban silenciosos en su laringe.

Kailer, sintió pena, pero no de ella, sino del libro que yacía en el suelo dentro de un charco. Al mirarlo allí, mojado y golpeado, profanado, algo en su interior se despertó, la furia que había sentido antes y algo mucho más irracional, aunque fue muy consciente de lo que hacía cuando presionó los globos oculares de su víctima hasta que estos reventaron. Después, con la sangre que manchaba el cuerpo, escribió en la pared el código de catalogación del libro que le había arrojado, como si aquellos números fueran su epitafio, o mejor, un recordatorio de por qué había muerto.

Desde aquella noche Kailer supo lo que tenía que hacer, su destino, su misión.

Nadie más volvería a profanar un libro, y si lo hacía, pagaría con sangre su sacrilegio.

Aquella joven lo hizo y fue su primera víctima, después hubo muchas más, aunque todavía tenía que castigar a alguien más, alguien de quien jamás habría esperado que mancillara sus preciados tesoros, aunque no por ello iba a salvarse, siquiera porque podría suponer delatarse, pero tenía que hacerlo, tenía que matar al detective Orso.

En aquellos momentos se encontraba aparcado cerca de la comisaría, a cierta distancia para no levantar sospechas, pero lo suficientemente cerca como

para vigilar la entrada y esperar a que Orso saliera. Pasaron tres largas horas en las que Kailer no se movió de su asiento mientras vigilaba, hasta que por fin el detective salió del edificio y se subió en su coche para marcharse a casa terminando la jornada laboral. Kailer lo siguió a una distancia más que prudente, incluso lo perdió en un par de ocasiones, aunque no importaba, conocía su dirección, en la biblioteca se podía obtener todo tipo de información, incluida la del padrón municipal, donde figuraba la dirección de los residentes.

Finalmente llegaron al bloque de apartamentos, Orso entró en el edificio mientras Kailer dejó pasar el tiempo tranquilamente, mejor que se confiara. Al cabo de media hora, vestido con el mono de trabajo de la empresa falsa y cargado con su maletín, entró en el portal. Mientras subía a la segunda planta recordó la rueda de prensa que el detective había dado en la comisaría después del hallazgo del quinto cadáver, ya sabía qué eran aquellos números que el asesino dejaba escritos con sangre, el código Dewey, incluso mostró a los medios varios libros en cuyos lomos figuraban tales códigos en etiquetas. En un primer momento le admiró por descubrirlo, pero toda la admiración se desvaneció cuando arrancó una de las etiquetas y lo desafió con el mensaje que le envió:

—Es un loco, un demente que mata a personas inocentes por esta tontería —decía Orso al tiempo que mostraba el papel plastificado con el código—. Suponemos que es un fanático, un obseso del orden y las categorías, pero eso no justifica sus macabras acciones.

No, no y no. No había comprendido el mensaje, no eran inocentes, el código no era una tontería. Iba a pagar por pensar así, e iba a pagar en aquel momento, ya no iba a esperar más.

Llegó a la puerta del apartamento de Orso y abrió la cerradura con una copia de la llave. En sus distintos empleos había aprendido cosas muy útiles para estas situaciones, como, por ejemplo, sacar un molde de la llave introduciendo una resina maleable en la cerradura. Abrió la puerta despacio y de la misma forma la cerró, no quería delatar su presencia hasta que no fuese el momento idóneo. Con un gran cuchillo en una mano y la cinta adhesiva industrial en la otra recorrió sigiloso el apartamento hasta llegar al despacho.

Ya había estado allí, conocía cada habitación como si de su casa se tratase, y conocía los horarios y costumbres del detective, ahora se encontraría repensando el caso.

La puerta estaba entornada, dejando una rendija desde la que escapaba la luz del interior y desde la que Kailer podía ver a Orso sentado tras la mesa revisando unos papeles, tal y como había supuesto. Entonces abrió completamente la puerta con una fuerte patada y se abalanzó contra el detective decidido a acabar con él allí mismo.

Con el impulso saltó la mesa y alcanzó al policía, derribándole de la silla y cayendo sobre él. Entonces comenzó a apuñalarle una y otra vez en el estómago, eso no le mataría, pero sí le dejaría debilitado y listo para lo que realmente quería hacerle. Sin embargo, algo extraño estaba pasando, por mucho que apuñalaba al detective este únicamente parecía estar asombrado por lo que estaba sucediendo, no parecía sentir dolor ni miedo, siquiera sangraba ni había heridas en su cuerpo. ¿Qué demonios estaba ocurriendo?

Unos fuertes brazos sujetaron a Kailer, cogiéndolo desprevenido, y lo levantaron del suelo alejándolo de Orso. Más policías, había caído en una trampa. ¡Maldito fuera Orso! Era más listo de lo que había supuesto. Pronto la habitación se llenó de más policías uniformados, algunos permanecían pendientes de él, otros, del detective. Este le indicó a uno de sus compañeros que le diera su pistola y cuando la tuvo en su poder, se acercó a Kailer sin dudar y le disparó en el brazo. Primero sintió el dolor, luego el mareo le sobrevino e inmediatamente después todo se oscureció a su alrededor.

El doctor Vetiese se sobresaltó cuando la puerta de su despacho se abrió de golpe chocando con la pared y acto seguido apareció uno de sus pacientes gritando y abalanzándose sobre él por encima de la mesa. Ambos cayeron al suelo tras el impacto, el doctor quedó abajo mientras que el paciente estaba situado sobre él, moviendo la mano repetidamente contra su abdomen, como si le estuviera clavando un arma imaginaria.

—¡Kailer, tranquilo, cálmate! —le exhortaba el psiquiatra mientras forcejeaba con el paciente.

—¡Tienes que morir, Orso! ¡¡Tienes que morir!! —gritaba Kailer.

Los celadores y enfermeros irrumpieron en la habitación, alertados por los gritos, y cogieron por los brazos a Kailer, levantándolo y apartándolo de allí.

—Doctor, ¿está usted bien? —le preguntó una enfermera que acababa de llegar y le tendía la mano para ayudarle a levantarse.

—Sí, Gladis, estoy bien, pero me temo que Kailer ha tenido una recaída —aclaró mirando al paciente que intentaba zafarse de sus captores—. Traiga una dosis de Haloperidol, por favor.

La enfermera salió al pasillo y regresó con una jeringuilla que le dio al doctor, este expulsó el aire de la misma y después se la inyectó en el brazo al paciente, quien tardó pocos segundos en calmarse y entrar en un estado de semiinconsciencia.

Los celadores lo llevaron hasta su habitación, donde lo ataron a la cama con las correas siguiendo el protocolo del psiquiátrico. Pese a todo lo que habían visto trabajando en aquella institución, no pudieron evitar asombrarse con lo que había en la habitación, exactamente igual que el doctor Vetiese, que los había acompañado. La joven enfermera que le había traído el antipsicótico dejó escapar un grito ahogado al entrar en el cuarto y ver lo que allí había: libros amontonados por el suelo, algunos abiertos y otros cerrados, todos pertenecientes a la biblioteca de la institución, y la mayoría novela policiaca, aunque bastantes de anatomía y ciencias forenses. No obstante, eso no era lo sobrecogedor, sino los muñecos y otros juguetes de la sala común que ahora yacían en el suelo mutilados. Le había arrancado los ojos a la mayoría, aunque de algunos sobresalían bolígrafos y lápices que habían sido clavados en el plástico, traspasando los párpados de los muñecos. Varios más estaban atados con trozos de las sábanas, como si fueran cuerdas para inmovilizarlos. Y otros tenían arrancados los dedos o las manos. Y sobre todos ellos, pintados con lápices de cera roja y pintura carmesí, materiales que se usaban en la terapia artística, una serie de números.

Igual que en las paredes, toda la habitación estaba pintada con códigos numéricos, aunque también se podían distinguir dibujos macabros cuya temática era la muerte y la mutilación, y un nombre que se repetía una y otra vez: Dewey.

—Vamos, Gladis, salgamos de aquí —instó el doctor a la enfermera para que se marcharan.

Ella únicamente asintió, seguía conmocionada. Dejaron a los celadores y al personal de limpieza recogiendo y limpiando la habitación, y ellos se marcharon por el pasillo hacia el despacho. Ninguno lo dijo, no hubiera sido profesional, pero ambos preferían alejarse de aquel horror.

~Ojo por ojo~

-José Vte. García-

La madre esperaba desde hacía ya varias horas. Por su cabeza sólo rondaba una idea: ¡hacer justicia! Deseaba más que ninguna otra cosa en el mundo ver a esa infame desde que de madrugada encontrara a su único hijo colgado de una soga. En el suelo la foto arrugada de aquella maldita que le había roto el corazón; sobre la mesa, una simple nota: «¡Sin ella no soy capaz de vivir!».

Rota y desgarrada de dolor, bajó el cuerpo de su hijo y lo acostó con delicadeza en su cama. Durante muchos minutos no se movió de su lado. Le susurró preguntas sin respuesta, le cantó al oído y le acarició con ternura de madre. Poco a poco, con el paso de las horas, el dolor se fue convirtiendo en odio impuro y tenaz. Con los sentidos fuera de la razón, cogió la arrugada foto del suelo y salió de casa.

—Ya no hay remedio, pero sí que habrá expiación —pensó.

Cegada por el rencor, la madre acechó con desesperada paciencia.

Cuando se abrió la puerta del adosado consultó la arrugada foto y confirmó que era ella. Arrancó lanzándose con demente decisión. Unos segundos después la joven estaba tirada en el suelo, desmadejada como una muñeca rota. En el rostro de la madre ya se reflejaba la sonrisa del triunfo y del deber cumplido. Entonces fue cuando vio salir de la casa a otra joven gritando. ¡Volvía a ser ella de nuevo! Al espanto inicial le siguió un nuevo desprecio.

Con determinación dio la vuelta y volvió a enfilar el coche hacia aquella maldita zorra. Lo haría cuantas veces hiciera falta.

~Agua mansa~

-Leonor Ñañez-

La noche se había cernido bruscamente sobre la pequeña ciudad portuaria de Magadanskaya hacía ya unas cuantas horas, y Yuri podía observar desde los postigos de madera de su cabaña que un grupo de negras nubes prometía recordarle a la humanidad lo que era un diluvio digno de admiración.

Yuri sorbió con deleite el café con vodka que sostenía en su mano derecha, mientras inhábil con la izquierda, tipiaba de a una las letras que le daban fin a su última novela. Esperaría hasta la mañana para avisarle por teléfono a su editor que podía comenzar con la corrección de su último trabajo. Escuchó el estruendoso redoblar de tambores en el cielo y no tardaron en caer, como diminutos soldados, las gotas que pesadas golpeaban contra los cristales de su ventana. Aquella sería una noche especial para relajarse, disfrutar de otro café espirituoso, sentarse frente al hogar y leer alguna novela barata, de esas que te permiten no pensar en nada. Yuri rió para sus adentros, anticipando el tan anhelado momento de ocio cuando, entre el ruido de los truenos, escuchó tres golpes seguidos en la puerta de entrada.

Se detuvo en mitad del descenso de las escaleras. Miró el reloj cucú en la pared opuesta. El pajarito de madera hacía diez minutos le había dado la bienvenida a la medianoche. No esperaba visitas de ninguna amante desesperada y con aquél torrente de agua dudaba de que alguien se atreviera a transitar las frías calles del pueblo. El aporreo sonaba apremiante y Yuri se encaminó molesto hacia la puerta del frente. Observó cauteloso por la mirilla pero las gotas deformaban cualquier imagen que se proyectara.

—¿Quién es? —preguntó con voz grave y amenazante.

—Olga —fue la suave respuesta.

Yuri se alejó de la mirilla y le dio la espalda a la puerta. Bajó la cabeza y soltó una carcajada. Luego de unos minutos se volteó y miró nuevamente por la mirilla. Nada. A punto estuvo de alejarse recordando la anécdota cuando otra vez escuchó los tres llamados a la puerta. Maldijo por lo bajo y de un solo movimiento

giró el picaporte y abrió las hojas de madera maciza para dejar entrar el terrible vendaval que azotaba las calles de Magadanskaya.

Ráfagas de viento helado, agua y hojas se colaron al cálido hall de entrada junto con una mujer empapada, frágil, pálida, de pómulos altos, nariz respingada y mentón y labios muy finos. La mujer no debía pasar de los 40 años pero sus grandes ojos grises le daban un aspecto de niña melancólica y huérfana.

Yuri se quedó petrificado por unos segundos. Conocía a Olga a la perfección, como la palma de la mano. Es más, la había visto nacer, crecer y desarrollarse hasta convertirse en toda una mujer. Pero su aspecto demacrado le llamó la atención. No había pensado verla jamás tan desmejorada.

El viento dio una voltereta y dejó la puerta bien cerrada detrás de Olga. Yuri salió de su estupor y despacio comenzó a acercarse a la mujer. Quiso extender una mano para acariciar aquellas blancas mejillas congeladas pero la mujer con un manotazo se las apartó.

—¡No te atrevas siquiera a tocarme, infame! —estalló sin miramientos Olga.

Yuri no dio crédito a sus oídos y la situación le pareció divertida. Una sonrisa asomó tímida a sus comisuras pero murieron enseguida al ver la furia en los ojos de su visitante.

—¿¡Cómo te atreves a terminar conmigo de esta manera!? —chilló ella—. Después de tantos años y de tanto sufrimiento. ¿Acaso no merezco algo mejor?

Yuri se quitó los lentes y los limpió con la manga de su sweater como era costumbre. Ella comenzó a pasearse de una punta a la otra de la habitación.

—Tengo derecho —le respondió calmadamente el hombre—. Eres mía. Siempre lo fuiste y siempre lo serás. No importa el por qué.

Olga se detuvo en seco. Apretó los puños tensa y descargó su ira sobre la prominente nariz de Yuri.

—¡Bastardo! —le imprecó la mujer y se quedó allí parada mirando fijamente las primeras gotas de sangre que caían por la nariz de Yuri.

El escritor no podía creer que la mujer y su golpe hubieran sido tan fuertes o tan reales. Sacudió la cabeza para aclarar sus ideas. Debía haberse quedado dormido por el vodka. Recordaba haber tomado como mínimo dos o tres tazas y después de haberse pasado varias noches en vela para terminar su libro…..sí, el cansancio le estaba jugando una mala pasada.

Yuri intentó ponerse de pie despacio pero le costó que la cabeza dejara de girarle. Para colmo no cesaba de escuchar las diatribas furibundas de Olga.

—….solo me concediste una infancia feliz hasta que de adolescente descubro que el amado tío Dima había abusado de mí siendo apenas consciente de ello…luego…luego mis padres murieron en un accidente de auto y tú no tuviste piedad de mí. Año tras año las desgracias y fatalidades se sucedieron una tras de otra, excepto cuando te conocí… —en este punto Olga se dejó caer en cuclillas y limpió con la manga de su camisa mojada la nariz rota de Yuri. El hombre instintivamente se echó atrás. Esto ya era demasiado. Nunca habían durado tanto las conversaciones con ella y menos habían llegado a la violencia o contacto físico.

—Tenía que ser así Olga… entiéndelo… ¿pero a qué te refieres con eso de hasta que me conociste?

—¡Tú eres … eras —corrigió lastimosa Olga—, Alexey!

Yuri comenzó a negar enérgicamente con la cabeza pero Olga parecía convencerse cada vez más a sí misma de que estaba en lo cierto, que su teoría era irrefutable.

—¡Sí! Lo sé muy bien. Tú me sedujiste, me enamoraste y atrapaste en tus brazos. Te perdoné a pesar de los amoríos con otras mujeres porque siempre volvías a mí. No quisiste darme nunca un hijo, lloré desconsolada en tus brazos y

te supliqué pero nunca valió de nada. Y luego de superar mi enfermedad y mis dos intentos de suicidio, ¿te atreves a terminar conmigo de esta manera?

La mujer le sujetaba fuertemente el brazo a Yuri pero éste se deshizo del apretón sin miramiento. Se puso de pie recuperado y apartó de un empujón a la mujer que lo acosaba con sus insensatas acusaciones. Todo lo que sucedía era imposible, ridículo. Debía dejar de beber tanto vodka.

Jamás admitiría en voz alta que siempre había estado prendado de su belleza y que gracias a ella él había se había labrado una buena carrera en el mundo de las letras. Muchas veces había jugado a ser Alexey, todos los escritores jugaban con la imaginación y vivían aventuras imposibles. Si, lo aceptaba, había estrujado a Olga al punto de sacarle cada centavo que poseía y con ello había vivido más que dignamente pero ¡esto ya era una locura! Olga era simplemente un…

Un objeto contundente se estrelló contra su cabeza. Y lo sintió penetrar en su cráneo repetidas veces hasta que todo a su alrededor se apagó.

Olga se miró las manos teñidas de carmesí y soltó por fin la piedra que servía de pisapapeles en la mesita junto al teléfono. Miró a su alrededor y encontró las escaleras que llevaban al estudio de Yuri o mejor dicho Alexey.

Abrió por completo la puerta que estaba arrimada y enseguida se sentó frente a la computadora del escritor. Yuri había escrito las palabras “EL FIN” con mayúscula y el cursor aún titilaba al final de la letra «n».

Olga dudó unos instantes pero luego comenzó a teclear torpemente hasta añadir casi cuatro párrafos más a la historia.

Seis meses después...

Era absurdo. Aquel final era simplemente absurdo, pensaba Jan mientras hojeaba nuevamente el capítulo final de la novela del fallecido Yuri Pavlov. Cerró

el libro y lo arrojó sin miramientos sobre la pila de ejemplares que faltaban empaquetar para ser distribuidos en todas las librerías de Rusia.

Yuri había sido un excelente escritor y su exitosa saga «Aguas Turbias» lo había llevado a la cumbre. El público lector simplemente había devorado la trágica historia de Olga. Jan creía que la novela debería haber terminado con el tercer y definitivo suicidio de la mujer. Era lo lógico después de quedar sola y desamparada luego de enterarse de que el amor de su vida iba a ser padre con su segunda mujer. Pero no. Posiblemente el efecto del vodka, al que Yuri era tan aficionado y que, al fin y al cabo, le había provocado la muerte al caer de las escaleras al desgraciado, le hubiera jugado un mal pasar y obligara a escribir un final tan rebuscado, cursi y romántico. En fin, suspiró Jan, no quedaba otra que publicarlo tal cual estaba, puesto que, aparentemente, esa era la voluntad de Yuri según el mail que le había enviado minutos antes de romperse la cabeza contra el piso de abajo.

Jan miró una última vez la tapa del libro. La supuesta mano de Olga casi tocando el agua mansa de una fuente. Increíblemente esa imagen transmitía paz y sosiego a pesar de que las páginas contaban todo lo contrario. Quizás eso significaba que no se podía juzgar a nadie por la apariencia al igual que un libro y su contenido no se adivina por la tapa.

El hombre se levantó de su cómoda silla giratoria y al salir de su oficina dejó la puerta del despacho abierta. Una suave brisa de primavera, aunque fresca, jugó traviesa con las páginas del libro que descansaba sobre el escritorio. En la página final se podía leer el último párrafo de la trágica historia de Olga.

«Alexey arrojó sobre la tumba de Olga las blancas calas que había llevado a modo de ofrenda, en muestra de su arrepentimiento para con ella por todo lo que le había negado, por todo lo que le había hecho sufrir. Sabía muy bien en el fondo que jamás podría amar a otra mujer. Olga lo era todo para él. Lentamente,

Alexey se alejó del cementerio y caminó absorto por la carretera durante varios minutos.

Detrás de una peligrosa curva, un auto a toda marcha atropelló el frágil cuerpo del hombre. Alexey no sintió nada, salvo la cálida mano de Olga que sujetaba la suya. Ella venía a buscarlo para no separarse nunca más de su amado».

EL FIN

~El cuerpo~

-Leonor Ñañez-

El olor intenso a orín y el vaho agrio de su propio sudor hizo que se despertara de golpe. Marcos frunció la nariz, olfateó sus sobacos y descubrió que no solo ellos eran la fuente de tan mal olor, sino que parecía que todo su cuerpo emanaba aquél insoportable hedor. Con la mano derecha se secó el hilo de baba que colgaba de sus agrietados labios y finalmente se restregó los ojos para por fin abrirlos. Le costaba pensar, ya que una penetrante punzada de dolor martilleaba su cabeza. «Maldita resaca», pensó resignado, recordando a medias las numerosas botellas de whisky barato mezcladas con las pastillas de la carita feliz, como les llamaba irónicamente al éxtasis, había tomado. Marcos tenía el cuello duro, entumecido de dormir durante lo que aparentaban horas en la misma posición. Estiró los brazos primero, y luego se tumbó hacia su derecha. En ese instante, contempló boquiabierto lo que yacía al costado de la cama.

«¡No, imposible... no puede ser... no puede ser!», canturreó nervioso una y otra vez.

Inmóvil, con los ojos blancos mirando un cielo inexistente, y con el torso semidesnudo, raquítico y amoratado, dormitaba Camila. Su esposa.

Marcos quiso gritar a todo pulmón su terror pero se lo pensó mejor y calló. Raudamente se deslizó fuera de la cama para caer con un golpe seco sobre la sucia alfombra que cubría el suelo de la habitación. Allí se quedó acurrucado unos largos minutos, respirando entrecortadamente y sudando más aún. Se aferró inconscientemente a las viejas sábanas que caían lánguidas y se percató de las botellas de alcohol desparramadas a su lado. Entonces, Marcos rió entre dientes, luego escupió una sonora carcajada ya no temiendo ser escuchado por Camila. Rió fuerte, muy fuerte al punto que lloraba histéricamente. Ah, se prometió que no volvería a mezclar las pastillas con el whisky de nuevo. Despacio, aflojó el apretón de las sábanas y levantó su mirada.

Allí estaba la mujer observándolo con sus ojos ciegos, sus largos cabellos castaños revueltos y sucios. Un profundo corte en su garganta no dejaba de drenar una sangre negra y pastosa que parecía no coagular nunca.

Marcos sintió que se le aflojaban los intestinos. No daba crédito a sus ojos. Era imposible que ella estuviera allí. Intentó retroceder, pero su espalda encontró el límite de la habitación. Sus pies resbalaron inútilmente sobre la alfombra y comenzó a sollozar como un niño.

Camila torció el cuello a un ángulo imposible, semejando un pájaro que observa curioso retorcerse a un gusano. Sonrió, o al menos la mueca desdentada le ofreció una burlona imitación de dicha acción. Aquel ser, extendió sus huesudas manos, de uñas largas y llenas de tierra, hacia Marcos. Éste gimoteaba y negaba con su cabeza, como si con ese gesto pudiese negar todos sus pecados.

¿Acaso su mujer había venido del más allá para vengarse por todo lo que él le había hecho? Pero si la muy zorra se lo tenía merecido. Cada vez que ella lo miraba con esos ojitos de cordero, él había interpretado que se merecía una paliza, por cada comida que no había sido de su agrado, le había sacado un diente de una sola trompada...las veces que ella se había negado a acostarse con él la había violado y vejado de mil y un formas diferentes...se lo tenía merecido! Y en la oportunidad que le había pateado el vientre una vez, se enteró que estaba preñada, y jamás se sintió tan omnipotente, tan viril y poderoso con la pordiosera que se arrastraba herida y suplicante, sin siquiera osar devolverle el agravio...

Marcos pataleó enérgicamente cuando se vio arrastrado por Camila hacia la cocina de la casa. Sentía tanto terror que no intentó siquiera moverse de la silla en donde la forzuda mujer lo había atado. Con los ojos bien abiertos, Marcos observó como su difunta esposa le preparaba una comida más que extraña. Solo aparecía su desnuda y esquelética espalda en el reducido campo de visión. Pero el repetitivo tintineo de los utensilios de cocina golpear contra las ollas le parecía estremecedor. Por fin pareció poner en la hornalla el guiso que preparaba con tanto esmero. Camila se dio la vuelta y se quedó allí vigilándolo.

Uno que otro gusano le salía de la boca y correteaba por su desfigurado rostro. Todo su cuerpo parecía estar en descomposición. Marcos se atragantó con su propia bilis al ver el menú que le ofrecía ella con una retorcida mueca. En el

plato se retorcía un corazón aún latiente por cuyas arterias cortadas salía perezoso un fluido negruzco.

—Mi corazón. Te di mi corazón una vez... —suspiró y tembló consternada Camila. En un abrir y cerrar de ojos se lo hizo engullir, pero antes de pasar bocado Marcos se desmayó.

***

Andras seguía cruzado de brazos mirando entretenido aquella escena infernal. Un mechón de negro cabello se cruzó impertinente frente a sus ojos. Con un ademán automático lo colocó detrás de su puntiaguda oreja. Con un lápiz tildó el casillero número 2.366 y una veta finísima de humo grabó la marca a fuego en la extraña hoja.

Andras suspiró agotado y como tenia costumbre hojeó el resto de las delgadas tablillas hasta llegar a la última página. Miró a través de una ventana de cristal que se sostenía en el aire cómo Camila seguía empeñada en hacerle tragar aquél sanguinario corazón al miserable de su ex marido. El patán ni siquiera se daba cuenta que había ya partido del mundo de los mortales hacia un buen rato. Y ni que decir que no se daba por enterado que le faltaban aún, según los cálculos exactos de aquella planilla, unos seis mil amaneces similares a ese. Andras se encogió de hombros. Guardó la planilla en un maletín de cuero, y se aflojó la corbata. Vaya que hacía calor en el Infierno. Se levantó, y se dirigió hacia la salida de aquél exótico y descomunal edificio en forma de colmena en espiral. Marcó tarjeta, se fijó que era tarde ya, y dio por terminada otra jornada laboral.

~La uña~

-Francisco Escaño-

Mi primera novia era hermosa, bella, ¡casi perfecta! Era muy alta, más que yo; sus pechos eran firmes y grandes, sin resultar exagerados; tenía una impresionante cabellera larga y lisa, de color castaño claro, y sus ojos eran almendrados y de un azul que unos días estaba más oscuro que otros. Al ser su padre noruego y su madre francesa, de la parte del sur, resultaba espectacular y rara su hermosura. Por una parte, intimidaba a veces con la frialdad de su mirada, lo imponente de su estatura y de sus curvas, que resultaban casi solemnes, como si estuviesen más allá del alcance de la mano del hombre. Pero por otra parte, la sangre mediterránea la dotó de vida allí donde la belleza sólo podía ser fría, y evitó que por ejemplo tuviera la piel lechosa y extenuada de las muchachas del norte. Ella era casi perfecta, pero resultaba cercana.

Apenas diré nada de su carácter, pues este relato mío incumbe sólo a su belleza física. Espero, por tanto, haber proporcionado ya una idea de su especial hermosura. Pero por si no fuera así, y para resumir, diré que a mí siempre me pareció que en ella se conjugaban la voluptuosidad mediterránea con la delicadeza, y acaso contención, de las mujeres nórdicas. Estas dos características suyas suavizaban su aspecto de diosa de los placeres carnales. Y es que parecía pasear con cierta ingenuidad por el mundo su cuerpo rebosante de sensualidad; pero inflamaba la imaginación de todo el que la miraba. Aunque ella, ya digo, no pretendía encandilar. Muestra de ello es que llevaba siempre vestidos sencillos poco escotados. Nunca mostraba, ni queriendo ni sin querer, las partes más deseables de su cuerpo; aunque le era imposible ocultar la forma de sus pechos o las curvas de sus caderas. Y no es que no pensase en el sexo, sino que lo vivía con naturalidad y discreción.

Cuando cumplía yo diecisiete años me encontré con que este ser que acabo de describir era todo mío. Pensaba, a veces asustado: ¡me ha elegido a mí! Y era como si el sol hubiese elegido una porción de tierra en la que quedarse eternamente.

Me gustaba Helga (así se llamaba ella), me gustaba mucho; y no era en el sexo en lo que más pensaba cuando estaba con ella. Muchas veces me la

quedaba mirando sólo para disfrutar (y siempre me seguía sorprendiendo) de su belleza. No soy un artista, pero siempre me ha interesado el arte, sobre todo la pintura, y a veces casi he creído enloquecer con la contemplación de las obras maestras con las que algunos hombres bendijeron este mundo. Con esto quiero decir que sabía yo entender, y apreciar como era debido, lo extraordinario de la belleza de Helga.

Y eso era cuando la miraba, que entraba en ese estado en el que uno, a una belleza contemplada, asocia las más sublimes ideas que sobre la vida en general se le ocurren. En fin, acababa preguntándome si la naturaleza no será en realidad espíritu, o si la belleza no acabará en terror para aquellos que la aman; o en si...

Era cuando la miraba, digo, que sentía tan crispada mi interioridad... Pero ¡ay cuando la tocaba! ¡Ay cuando entraba en comunión con aquel cuerpo, que era un sueño hecho carne! ¡Qué sentía entonces! ¡Cómo me olvidaba de mí y de todo! ¡Qué dicha me embargaba, que hasta pensaba que me destruiría, pues copaba mi tacto y mi vista y me dejaba inútil para cualquier otra actividad! Entonces sólo quería estar con ella y disfrutar del contacto físico con su cuerpo. Luego, cuando me separaba, echaba en falta el olor y el sabor de su carne: ¡qué dolorosa abstinencia era el tiempo sin ella! Me parecía entonces que me habían cortado una parte del cuerpo, sangrante... Pero a pesar de todo, cuando no estaba con ella, sentía yo que ella habitaba, con sus curvas en relieve, dunas preciosas de un desierto plateado, en mi imaginación, desbordándome. Veía -¡y sentía!- mejor a Helga en mi imaginación que las cosas que me rodeaban, que entonces me parecían desvaídas. Su cuerpo entero, con sus posturas y sus eclosiones sorprendentes, y siempre distintas, de belleza y naturalidad, habitaba en mi mente con particular entidad propia. Notaba su carnalidad, aunque fuera entre las paredes del espíritu. Ahora que lo pienso, sí, yo creo que lo que estoy diciendo es exacto.

Así de feliz y realizado me encontraba yo al principio de mi relación con Helga, y eso cuando todavía no había disfrutado de sus encantos más

escondidos; aquéllos que, si así lo quería el destino, estarían reservados sólo para un hombre: ¡y ese hombre era yo! Un afortunado. Estoy hablando, claro está, de su sexo y de los rincones de su cuerpo desnudo, a donde jamás llegarían las miradas de los hombres que la deseaban, y ni siquiera los besos o las caricias de sus seres más queridos. ¡Sólo yo, sólo yo conocería y disfrutaría y me embriagaría de todas las flores ocultas que hubiera en su cuerpo! Y no tardó en llegar ese momento, que ahora paso a contar.

Creo que fue a los dos meses de nuestro noviazgo. Habíamos alquilado una cabaña a la orilla del lago que hay cerca de nuestra ciudad: un lugar idílico, rodeado de montañas y bosques. Allí pensábamos entregarnos a las artes más profundas del amor. Imaginaos entonces cómo me sentía cuando se acercaba el momento en que vería a Helga desnuda. ¡Helga desnuda! Estas dos palabras juntas representaban para mí la fórmula de la conjura de un secreto celosamente guardado; pero también un sabroso robo de algo precioso: en este caso de la intimidad de Helga; aunque para ella no significase algo tan trascendente.

Imaginaos que me sentía muy feliz y excitado, que todo el cuerpo me vibraba. Y parecía que algo dentro de mí se iba a salir de mi cuerpo, y yo con ello. Creo que en aquellos momentos, si no hubiera sido por las leyes morales y por la fuerza antagonista de las costumbres, me abría comido a Helga. El canibalismo debe de ser la forma suprema de contrarrestar la frustración que produce siempre no poseer del todo a la persona amada. Y es que, al fin y al cabo, el de ella es otro cuerpo, ¿no?

Más que nunca se acercaba el momento de la verdad: ya no sería una imaginación, un sueño, poseer su cuerpo... Pero es aquí, ¡lástima!, donde empieza el declive de esta historia; o de la magia de mi relación con Helga. Aunque también comienza mi desahogo propiamente dicho; el desahogo de una tensión que casi estuvo a punto de romperme.

Debido a la naturalidad con la que Helga vivía el sexo, y debido también a su naturaleza no muy fogosa (aquí podía haber primado su sangre mediterránea),

a pesar de la voluptuosidad de su cuerpo, los preliminares al acto fueron rutinarios, si no vulgares (lo habrían sido de no estar en una cabaña junto al lago: un lugar especial, porque en él el silencio rememora el misterio del mundo). A lo mejor ni hubo preliminares, pues mi imaginación siempre dispuesta a exaltar cualquier experiencia mía, debido a la actitud de Helga se fue atemperando, al igual que mis sentimientos violentos tan propios del romántico que sin lugar a dudas soy. De modo que, por así decir, en aquella primera entrega, me serví sólo de la mera excitación sexual para poseer a Helga, aunque (sobre)alimentada por su abrumadora presencia. Pero me faltó espíritu, conciencia, imaginación, sí... ya que es con esas facultades con las que se va descubriendo el infinito poso de las verdaderas obras de arte. Por lo menos así me recuerdo aquella primera vez... como cegado. Me lancé a su cuerpo como el sediento al oasis, como quien ruega compasión... Sin duda aquella primera vez fue rutinaria...

Cuando menos me lo esperaba Helga estaba desnuda (ahora estas palabras, «Helga desnuda», apenas me dicen nada; es más: quisiera olvidarlas). Pero recuerdo que sí contemplé su cuerpo, aunque durante poco tiempo. Y en su desnudez no se incumplía ninguna promesa que antes hubiera hecho su exuberante apariencia. Sus senos eran tan suaves y bonitos como su piel; sus pezones no resultaban, como los de muchas mujeres, groseros; su ombligo disimulaba la tosca biología: no tenía nada de «tripa truncada», como digo yo de los ombligos feos; y finalmente, ¡la puerta de su mejor secreto!, su pubis, tampoco escandalizaba con una negrura o una espesura que no pocas veces me ha resultado repugnante: era una concha perfecta, graciosa y delicada: una invitación en aguas tranquilas al templo del amor. Luego enseguida descubriría que también en su vagina la biología se esforzó por crear algo así como un encantador nido. En cualquier caso se veía su intención de no resultar grosera, y ello me hacía feliz.

Hicimos el amor y todo fue bien; aunque ya digo, sin la atmósfera de magia en la yo pensaba estar sumergido: quedaron mis instintos desnudos, como en el más burdo de los animales. Igualmente, rectifico: todo fue más o menos bien hasta que estuvimos tumbados en la cama y me fijé en sus pies... Entonces...

Dios, ¡qué desilusión! ¡Qué decepción! ¡De pronto la belleza truncada! Y me tuve que aguantar, no puede (como es normal en mí) expresar mis emociones, justamente para no herir las suyas. ¿Pero cómo me había ocultado Helga aquella tara suya? ¡Era como descubrir tuerta a Venus!

Un pie lo tenía perfecto; la palabra que más se podía utilizar para referirse a ella: ¡perfecto! Y los pies son otra de las partes que pueden estropear la más alta belleza de una mujer. Pero se podía mirar aquel pie sin que delatase su humanidad, la asquerosa humanidad (digo yo) de su dueño, que es un recuerdo de la suciedad y de la animalidad que hay en nosotros. En cambio aquel pie de ella... Para empezar llevaba las uñas pintadas de rojo, como me gusta; era liso, sin partes salientes; y no parecía hecho según las leyes automáticas de la generación, sino con la concentración que puso el dios cuando creó a Helga; en fin, era un pie delicioso, como para pisar las aguas sin removerlas. En cambio el otro... ¡¡el otro!! El caso es que también era perfecto... ¡excepto por una uña! La uña. Y precisamente la del dedo gordo: el más descarado de los dedos.

También las manos de una mujer son para mí parte esencial de su anatomía. He considerado bellas a mujeres sin casi ningún otro encanto que unas manos bonitas. Para mí son una pieza fundamental. Pues bien, las manos de Helga eran perfectas. De dedos finos, con un discreto marcado de los pliegues de las articulaciones. Llevaba siempre las uñas largas, como a mí también me agrada ver en la mujeres, y siempre muy bien cuidadas. ¿Cómo era entonces posible aquella aberración en una de las puntas de su ser? ¿Qué despiste imperdonable había cometido la naturaleza?

Para justificarme no tengo más remedio que describir, pero con pocas palabras, porque me disgusta aquella tara suya, aquella maldita uña. ¿Y bastará con decir que era abombada, que parecía clavada en la carne y alimentarse de ella? ¿O habré de decir más, y describir también los indeseables sentimientos que se despertaron en mí, los tormentosos días que siguieron al lamentable descubrimiento? En cualquier caso, y por respeto al relato, diré que en aquellos momentos la odié. ¡Sí, la odié! La odié por haberme ocultado su defecto, por no

ser perfecta... Aunque sobre todo la odié por tener aquella uña, que iba a convertirse para mí en una obsesión, en una nube negra sobre aquel cuerpo que me pertenecía. Es ahora, pues, cuando he de pasar a describir mis emociones en los siguientes y tumultuosos días que siguieron al fatal descubrimiento.

Al ver la uña, tuve que disimular mi fiera decepción. También estaba enfurecido conmigo por no haber descubierto antes la desagradable tara. Y es que, como nos conocimos en invierno, no tuve ocasión de ver sus pies. Aunque, ¿quién hubiese imaginado lo que le ocurriría a uno de ellos, dada la perfección del cuerpo que conducían por el mundo?

Me contuve, como dije, de expresar mis emociones; pero a partir de entonces me mostré frío con ella; aunque ella no debió de darse cuenta, o es que no le importó, pues Helga no era tan poco muy cálida que digamos.

Después de que hicimos el amor y de estar un rato tumbados y abrazados, lo que más deseé fue irme de la cabaña; de pronto quería estar solo. Necesitaba comprender mis emociones y pensar. Me preguntaba si no me habría excedido en mi horror ante la visión de la uña de Helga. Quizá sí... Sin embargo, a partir de aquella noche, evité, siempre que ella se desnudaba para mí, mirar sus pies. Y eso me torturaba: ¿iba a dejar que esa minucia de su anatomía afectara a mi relación con ella? La luz de su belleza, ¿no habría de cegarme para cualquier defecto de su cuerpo? El optimismo que siempre trae para mí la mañana, me hizo ser más razonable, aunque sólo de puertas hacia adentro, como se dice; y mis sentimientos se templaron. Después de todo, también la quería.

Pero el cambio, me gustase o no, ya se había producido. Helga perdió el pudor normal del principio, aunque nunca tuvo demasiado, y comenzó a adquirir la costumbre de pasearse, cuando estábamos solos, completamente desnuda. Además, le gustaba ir descalza; quizá porque libre de ropa se sentía también libre de convenciones, a gusto con su belleza telúrica por lo que tenía de mediterránea.

Yo luchaba por no mirar sus pies, por no encontrarme con la uña, para que así no se derrumbase ante mí su hermosura ideal, su perfección. Pero era

imposible, juro que era imposible. Parecía como si una repentina y siniestra fuerza que atentaba contra mi amor me obligase a mirar, a mirar... Y con cada mirada yo soportaba menos aquel defecto, ¡y menos aún lo perdonaba! ¿Pero qué culpa tenía ella? ¿Qué sabía Helga de mi temperamento ardiente y artístico, de mis exigencias y entrega para con la belleza? ¿Debía haberme avisado de su defecto como se le avisa a la persona que va a compartir el futuro con nosotros de alguna anomalía de nuestro carácter, incluso de alguna enfermedad? ¡Pero yo no podía culparla a ella! ¡No quería!

Traté de olvidar, lo prometo: lo digo otra vez. Me volqué más en ella, para llenarme de sus encantos, para que éstos me hicieran olvidar la existencia de aquella uña maldita. Pero no fue fácil.

Empecé a soñar con la uña. Buscaba excusas para pedirle a Helga que no caminase descalza y se cubriese los pies. ¿Pero es que ella no se daba cuenta de que me repugnaba su uña anómala? ¿Cómo era que vivía con normalidad aquella tara de su cuerpo?

Después de aquella primera entrega amorosa, vinieron más. Casi cada día nos amábamos, y yo cada vez intentaba no ver la uña, no pensar en ella... ¡No entiendo por qué me obsesionaba tanto! Una vez incluso la llegué a sentir. Me rozó con ella la pierna... y estuve a punto de estropearlo todo, de mandar al traste nuestra relación, de pecar contra la belleza...

Creo que di un repullo y Helga me preguntó qué me pasaba. Por suerte siempre he sido de inventiva rápida y le dije que me había dado un calambre en la pierna. Y no ocurrió nada. Helga no se dio cuenta de la verdadera causa de mi reacción.

Supongo que decirle a una mujer que no se quite los calcetines para hacer el amor es ofensivo, sobre todo cuando se es tan perfecta como Helga. Una mujer quiere que se la ame entera, que se la adore como a una diosa, sin despreciar ningún recoveco de su cuerpo... ninguno. Y a mí me parece lo correcto. Pero yo le pedí alguna vez a Helga que no se quitase los calcetines... Le dije que lo pasara

por una rareza, un capricho mío... Y es que la visión de su uña hinchada derrumbaba mi excitación sexual. La derrumbaba sólo el pensar en ella... No sé si será afortunada esta comparación, pero para mí era como tratar de disfrutar de un manjar sabiendo que debajo del plato exquisito se esconde un insecto. Nunca podía olvidar la uña, y a veces me parecía que se iba a salir de los calcetines o las medias, rompiéndolos con su punta afilada, como un gusano curioso que se asomase a través de una rosa.

Quise hablar con ella, preguntarle por qué no me había dicho nada, cómo era que nunca hacía referencia a su enorme defecto, o no hacía nada por ocultarlo, o cuanto menos por disimularlo, como sí que hacen otras mujeres con sus defectos... ¿Es que ella no lo veía? ¿Qué le pasaba?

Esto me irritaba. No sé, a lo mejor yo había esperado que ella se disculpase... que hablásemos de lo que podíamos hacer para que yo no me sintiese tan incómodo en nuestra intimidad. Pero no. ¡Ella permanecía ignorante, indiferente a mi asco! Yo hacía todo lo posible por estar perfecto para ella. Me perfumada con las colonias que más le gustaban, dejaba que ella escogiese mi ropa... ¡en cambio ella nunca hablaba de la uña! ¿Es que se creía que íbamos a estar toda la vida así? No... Yo cada vez estaba más impaciente, y no podía permitir que una criatura como Helga quedase afeada por una tara que al fin y al cabo era pequeña en tamaño... Debía hablar con ella y explicarle mis sentimientos... aunque no todos; no quería ofenderla, pues sabía que ella era buena persona. Pero antes de hablar había pensado, no obstante, que lo mejor sería consultar a un especialista en cirugía estética: quería tener una idea concreta de lo que hacer para solucionar este problema que amenazaba nuestra felicidad.

Me resultó muy difícil hablarle al doctor de la anomalía de Helga. Pero cuando lo conseguí sus palabras me alentaron. Me dijo que en el fondo se trataba de una minucia, y coincidía conmigo en la conveniencia de practicar una pequeña intervención para reparar ese descuido de la naturaleza. Sentí asco cuando le tuve que describir la uña, pero la profesionalidad con la que el médico trató el problema

me tranquilizó por completo. Quedamos, en fin, en que volvería con Helga para concretar la mejor solución. Pero ¿os podéis creer que cuando después me imaginé a otro hombre viendo, observando, ¡y tocando! aquella parte más o menos íntima de mi novia sentí unos celos ardientes? Sabía también la impresión que ella causaría en el médico cuando éste la tuviese delante de sus ojos. Pero era algo por lo que debía pasar si quería que mi relación con Helga fuese perfecta. Ya solo quedaba decírselo a ella.

La cita con el doctor me puso muy nervioso, pero el pensar en hablar con ella avivaba más mis nervios. Ahora no entiendo aquella tensión, y veo mezclado en el apuro que me daba hablarle a Helga de su defecto mi sempiterno asco por la uña. Cuando se habla de algo se trae continuamente a colación su realidad. Me iba a sentir violento; además, no sé por qué, creía que yo iba a ser la primera persona en hablarle de su tara; ¡precisamente su novio! ¡Y además para eliminarla! No era asunto fácil. Así estaba yo de nervioso.

Y fue encontrándome en ese estado que volvimos a la cabaña del lago. Además estaba yo especialmente excitado porque llegaba el verano, época del año en que me siento poseído por extrañas fuerzas que fueran a empujarme a hacer cosas que no quiero. Fue idea de Helga. Quería pasar un último fin de semana en aquel rincón del mundo antes de sumergirnos en los exámenes (por entonces ambos éramos estudiantes). Se dieron, pues, unas circunstancias especiales; dicho vulgarmente, la atmósfera que creamos aquella vez en la cabaña estaba «cargada». Helga parecía también poseída por una excitación especial; le brillaban los ojos azules como nunca antes le habían brillado, y su piel estaba más encarnada que nunca. Excepto antes de ver su uña, no la había deseado tanto como aquella vez en la cabaña. Es ahora, pues, cuando he de pasar a describir lo que ocurrió aquella noche...

No sin miedo e inseguridad sostengo ahora la pluma. Miedo porque debo revivir todo otra vez, y no sé si ello le sentará bien a mi pobre y cansado cerebro, a pesar de que la principal intención de relatar mi historia con Helga era, si no recuerdo mal, aliviar mi alma de cierto peso nebuloso e inconcreto. Inseguridad

porque apenas recuerdo nada de lo que sucedió. El relato de lo que sigue será reconstruido a partir de lo que leí, cuando pude, en los periódicos, y de lo que me contaron, queriendo o sin querer, algunas personas. Otra fuente son los sueños, en mi caso pesadillas: creo que a veces he recordado en sueños todo lo que ocurrió; pero al despertar debía de olvidárseme, porque luego volvía a estar confuso. Igualmente nunca estoy seguro de que la espantosa escena con la que a veces sueño se corresponda con lo que ocurrió aquella noche de junio.

No solíamos beber más que lo que se puede considerar normal. Luego supe que en la cabaña se encontraron botellas de champán. El alcohol debió de aflojar las correas de la represión moral con las que atamos nuestros instintos. Helga estaba especialmente sexual aquella noche; la recuerdo acercándose a mí, juguetona y pretenciosa, con una copa de champán en la mano. Me deseaba aquella noche, más que nunca; jamás antes la había visto así, tan desenvuelta. Debió de imponerse su naturaleza más ardiente, la herencia de sus ancestros que quizá bailaron frenéticos a la luz de las hogueras; ayudada además por el alcohol. Creo que yo también me abandoné...

Helga me pidió que la atara a la cama... Estaba totalmente desnuda. Debíamos de ser entonces dos seres primarios; humanos de hace mucho tiempo, cuando más palpitaba en nuestros pechos el animal que somos. Yo la deseaba aquella noche, ¡como nunca antes! Creo que hasta después de muerta la seguí penetrando, como con el regocijo y el delirio de estar poseído por las fuerzas terribles y elementales de la noche, acaso como obedeciendo los designios de un oscuro dios olvidado.

Quería ir a la despensa a por algo, quizá a por otra botella de champán. Fue entonces cuando lo vi, ¡el hacha! ¿Por qué tuve que verlo? ¿Por qué? Hasta ese momento me había olvidado de la uña, ¡lo juro! Quería hablarle a Helga de ella, pero juro que aquella noche la olvidé... El alcohol me ayudaría también a vencer mi repugnancia por ese anejo de su cuerpo... Aquella noche precisamente

su hermosura se impuso sobre su defecto y yo no me acordé de la aberración de su pie derecho... ¿Pero qué pasó cuando vi el hacha? He dicho mil veces, y he jurado otras tantas, que no sé, no recuerdo que me sucedió... Tuvo que ser que enloquecí; ¡sí, eso fue! ¡Que me volví loco!

Cogía el hacha y le corté su pie derecho, de un solo golpe... ¡Adiós a la uña! Yo no razonaba, no entendía que la acababa de desgraciar para toda su vida; que acababa de truncar definitivamente toda su belleza, ¡para siempre jamás! En verdad no sé que me ocurrió... Me lo preguntan y no lo sé... Quién sabe qué procesos secretos ocurren en el cerebro, a qué influencias olvidadas estamos sometidos, hasta qué punto nos gobiernan los sueños, ¡las pesadillas! En cualquier caso, siento mucho lo ocurrido, y he padecido tormento por ello... ¡y por ello me han ingresado! Pero estoy arrepentido y los doctores me han dicho que ya estoy bien... Quizá fuera un accidente... nunca lo sabré todo. Ahora me está ayudando mucho Tania, una enfermera que conocí en el sanatorio. Ella me ha hecho olvidar a Helga. Es también hermosa y única en su belleza, como también lo era Helga, y creo que aquí soy objetivo. Tania es menos espectacular que Helga, pero su belleza es más incisiva, de trabajo subterráneo, como digo yo. Cala más en los sentimientos secundarios, más elaborados, y no en tanto los primarios... Aunque sólo de imaginármela desnuda mi sexo se estremece. Sus ojos son verdes, y me gusta su mirada ida, como obsesionada con algo que sólo pudiese ver ella. Sus pechos son pequeños pero duros: imponen sutilmente su rotunda feminidad. Sólo me preocupa si aquello que vi el otro día por la manga corta de su camisa era el sujetador, de tela oscura, o una mancha negra... No me gustaría que una de esas inoportunas marcas de nacimiento estropeara su belleza única...

Tengo que verla desnuda...

~El ángel maldito~

-Itsy Pozuelo-

Oscura, oscura es el alma del ser que habita en el bosque prohibido. Observa con odio a todo el que pasea por sus terrenos. Con soberbia se acerca. Él es superior a cualquiera de los que se atreven a pasear por allí. Ríe. Aunque son seres inferiores, admira la valentía con la que se adentran. ¿Serán tan valientes cuando él esté frente a ellos? Claro que no, nadie sería tan idiota como para no doblegarse a las peticiones de aquel que podría matarlos con un solo chasquido. Despacio camina hasta ellos. Quiere disfrutar de las caras de desconcierto que se producen cuando descubren que no es un mito, que él existe. La perplejidad se hace patente en sus rostros, sus ojos abiertos como platos dejan paso al terror, al miedo por no conocer cuál será su paradero, no saber qué será de ellos.

Algunas leyendas dicen que es un vampiro; otras que es un lobo, en realidad ninguna podría acercarse a la cruda realidad. Ellos que sonreían, que contaban chistes e historias de miedo pensando que todo era palabrería, ahora tiemblan de miedo al escuchar ruidos que no pueden llegar a advertir qué los produce. Él disfruta de su juego. Parte del grupo se dispersa, corren asustados. ¿De dónde provienen todos los sonidos que llegan hasta sus oídos? ¿Será un animal quién los produce? De ser así ¿Qué bestia podría producir un estruendo en todo el bosque? ¿Qué animal haría temblar la tierra bajo sus pies? Solo una manada en estampida, y por más que miran a su alrededor no ven nada. ¿Qué ser extraño podía hacerles temblar de miedo sin tan si quiera mostrarse?

—No tendríamos que haber venido —lloriquea Idoia—. Os dije que el bosque estaba maldito.

—Vamos a tranquilizarnos y buscar al resto —dice Gara fingiendo tranquilidad pero no servía de nada, las palabras de Idoia estaban en la mente de los tres jóvenes.

«El bosque está maldito». Lo había repetido varias veces y nadie la creyó, ahora estaban en mitad de la nada, asustados, temiendo por su vida y por la de sus amigos. ¿Qué sería de ellos? ¿Dónde se habrían metido?

Cansado de jugar se para ante ellos, quiere que puedan ver su oscura belleza antes de morir. Entonces... la ve. Con un gesto de amargura se acerca. Ella atemorizada tiembla, puede notar el aliento de aquel ser en su nuca. Todos se quedan inmóviles, ante sus ojos se encuentra el ser más hermoso que hayan visto jamás. Su largo cabello negro le tapa parte de la cara, pero aún pueden apreciar sus profundos ojos grises. Su cuerpo esculpido avanzada despacio, posa sus ojos en los de ella y como hipnotizado avanza. Uno de los chicos aprovecha para intentar salir corriendo pero antes de que pueda dar dos pasos, él alza la mano y el chico se desploma ante la mirada atónita de Idoia que corre hasta su amigo llorando, Gara se mantiene petrificada observándole, no puede dejar de mirarle, algo en él la atrae como un imán pero el miedo que siente no la deja ir hasta él.

Por un segundo mira hacia atrás en busca de su amigo y lo ve tirado en el suelo. Quiere ir pero sus pies no se mueven. Se siente agobiada, aterrada. Quiere salir corriendo, ver qué le ocurre a su amigo, abrazar a Idoia que llora desconsolada, pero sus pies no acceden a sus órdenes. El tacto suave y cálido de quién ha matado a su amigo la hace estremecer.

—No me hagas daño —susurra con los ojos cerrados.

—Mírame —le ordena.

Quiere obedecer pero no puede, no se siente preparada para afrontar aquella terrible situación, siente que con solo mirarlo podría acabar con su vida. No sabe qué hacer, cómo actuar. Siente su cuerpo temblar, mostrar lo que ella no es capaz de decir con palabras.

El ser maldito la coge del cuello y la eleva. Gara nota el tacto de su piel, siente que su cuerpo se suspende en el aire, que sus pies no tocan el suelo pero puede respirar con normalidad, la única dificultad que se encuentra es la de su propia agitación por el terror que siente.

¿Por qué no está asfixiándose?

—Abre los ojos Gara —la orden se introduce por sus oídos como una bella melodía. Tiene una voz armoniosa, dulce, cálida, ardiente. Todo lo que aquel ser no es.

Con dificultad cumple la petición del ángel oscuro, cree haber soñado con él pero pronto descarta la idea, ni en sus sueños hubiera podido imaginar semejante belleza. Mira hacía al suelo y se da cuenta de que está a miles de kilómetros, que el bosque se ve como un punto insignificante. Por instinto se agarra al brazo que la sujeta en el aire. Siente vértigo.

«Que no me suelte, que no me suelte», se repite una y otra vez.

—No te soltaré —responde a su silenciosa súplica. Ve en su cara el vértigo que le produce la situación y la agarra por la cintura atrayéndola hasta él. Excusa perfecta para poder tenerla cerca, para poder olerla sin sentir que está cambiando, que se está ablandando ante una humana insignificante. Por un momento Gara se siente a salvo. Rápido desaparece la sensación al recordar que con solo soltarla puede morir, que matarla, como ha hecho con su amigo, no sería ningún trabajo para el ángel malvado.

Quiere llorar, descargar la frustración que siente, pero no le regalará sus lágrimas.

—Eres para mí —le murmura al oído.

—Jamás —echa su espalda hacia atrás para mirarle directamente a los ojos.

—Morirás —le dice como recordándole quién manda. Quién es el ser superior.

—Eres un monstruo —escupe las palabras con asco—. Prefiero morir antes que doblegarme el resto de mi vida ante ti.

Sin esperarlo, la besa.

Un beso que no es más que la manera de arrebatarle la vida. El cuerpo sin vida de la joven descansa en sus brazos.

—Espero que en tu siguiente reencarnación accedas a amarme sin resentimientos.

Con amor, deja su cuerpo sobre una lápida donde reza:

«Tú ángel oscuro te espera en tu segunda vida»

Una lágrima cae sobre ella. ¿Cuántas veces tendrá que matarla hasta poder estar juntos?

¿Cuándo entenderá que su destino es estar junto a él? ¿Cuándo volverá la chica que una vez le arrebataron y que esperaba su vuelta con ansia?

Él seguirá en el bosque, matando a todo aquel que se adentre, vengándose del ángel que un día le robó el amor.

Consolando su pena con los llantos de desesperación.

~Angustia~

-Haizea López-

Observo, absorta, como las gotas de lluvia colisionan con fuerza contra el cristal. Me pregunto si dejará de llover y, mientras tanto, diviso a través de la borrosa película que ha creado el aguadero en el cristal a mi Ford rojizo en el aparcamiento, esperándome. Bajo la mirada hacia mi muñeca y la clavo en las agujas del diminuto reloj. Hace treinta minutos que podría haber salido de este maldito despacho y aquí sigo, esperando. ¿No dejará nunca de llover?

El silencio se ha adueñado de toda la oficina. Reina por doquier, con libertad, sin que nadie se interponga. Sólo quedamos el viejo Smith y yo, así que, supongo, que seguirá reinando por mucho tiempo. Me levanto de mi silla, camino en círculos con desesperación y me vuelvo a sentar tras mi escritorio. ¡Que deje de llover, por favor!

Intento sacar el lado positivo a mi situación y me recuerdo que, este tiempo que estoy dedicando a no hacer nada, me será recompensado en mi nómina. ¡Bien! Mientras no salga del edificio y no pase la tarjetita por la máquina, se dará por hecho que he estado trabajando. Pero mi felicidad mengua con rapidez cuando pienso en mi casa, mi manta calentita, mi sofá con la película de «sábado noche» en la televisión…

—¿Cómo es que sigue aquí, Karen? Hace cuarenta minutos que finalizó su jornada —me pregunta el viejo Smith.

¡Hombre, si sabe hablar! ¡Qué sorpresa!

Le sonrío sin muchas ganas y respondo que tengo una buena pila de trabajos por finalizar. Él me devuelve la sonrisa, un poco menos forzada que la mía, y me pregunta si quiero un café.

—Yo también tengo trabajo por terminar, no me gustaría quedarme dormido —me dice, risueño.

—Sí, claro. Gracias —respondo con sequedad.

Cuando se marcha y me aseguro de que estoy fuera de su campo de visión, me echo las manos a la cabeza, suspiro y hago ruiditos extraños, desesperada. ¡Quiero y necesito salir de aquí! ¿Por qué tendré tanto miedo a conducir con lluvia? «Traumas infantiles», gruñe mi cabeza, mientras observo al viejo y tímido hombrecillo volver con los dos vasos de plástico desde la máquina.

Me lo bebo en muy pequeños sorbitos y, sin desearlo, mi cabeza rememora la noche del accidente. Tenía unos seis años y viajaba en el coche con mis padres y mi hermano, Ronald. Estaba lloviendo, granizando, los rayos brillaban constantemente en el firmamento y los limpiaparabrisas trabajaban a gran velocidad para mantener el campo de visión despejado. Me recuerdo a mí misma con la cara pegada al cristal, escuchando música por los auriculares de mi viejo walkman y deseando llegar a casa para poder abrazar a Sally, mi muñequita. Y de repente todo se nubla. La música de mis auriculares ha desaparecido y no sé dónde estoy. Miro a mi alrededor: Ronald está a mi lado, tiene sangre en la cara y unas personas gritan cuando nos ven. También encuentro a papá y a mamá, aparentemente dormidos, en los asientos de delante. Todo vuelve a nublarse y los recuerdos se convierten en una negrura impenetrable hasta que aparezco en el hospital, sola. Al principio me asusto, pero la enferma no tarda en aparecer y poco después llegan papá y mamá. Estoy feliz, tranquila, y el alivio recorre mi cuerpo. Me siento realmente bien hasta que le pregunto a papá dónde está Ronald… La cara de papá se descompone en un instante y mamá sale llorando de la blanquecina habitación. En ese momento, en ese preciso instante, comprendo que jamás volveré a escuchar la voz de Ronald.

—Señores, son las once y media de la noche. Tengo que pedirles que abandonen las oficinas del decimosexto piso, por favor. En breve mi compañero procederá a cerrarlas, por seguridad de la empresa —anuncia el hombre de seguridad, vestido con su inconfundible uniforme grisáceo.

El viejo Smith asiente en silencio con la cabeza, y yo imito su gesto.

Todavía llueve, ¡mierda! Tendré que coger el autobús y dejar el coche aquí. Mientras recojo con rapidez mis pertenencias y atrapo mi abrigo, me pregunto cómo narices me las apañaré mañana para llegar al trabajo sin vehículo del que valerme.

—Con el clima tan seco que tenemos aquí, menuda está cayendo —ríe el viejo Smith, mientras pulso el botón que llama al ascensor—. ¿Ha venido en coche?

—No, en autobús —miento.

—¿Quiere que la acerque a su casa?

¡Sí, sí, sí! ¡Toma ya, por fin algo bueno!

—¡Oh, no! No quiero molestarle…

—No es ninguna molestia, mujer. No se preocupe.

A pesar de que los días lluviosos soy incapaz de sostener el volante entre mis manos, no sufro ningún reparo si otra persona lo agarra y maneja por mí. Me permito sonreír y ser feliz unos instantes, porque, al fin de cuentas, llegaré a casa antes de lo que tenía previsto hacía dos minutos.

Nos subimos al ascensor y el señor Smith se desabrocha los primeros botones de la camisa. La verdad es que, aquí dentro, hace calor. El aire acondicionado no está puesto y el ambiente parece saturado de todas las personas que le han hecho uso a lo largo del día.

—Cada vez hacen estos trastos más pequeños —gruñe, malhumorado.

—Sí —respondo—. Tiene razón.

Observo como la lucecita roja del panel baja a través de los números con rapidez cuando el ascensor pega un frenazo en seco y tengo que agarrarme a la pared para no caer redonda al suelo. Todo se queda en tinieblas, hasta que un par

de segundos después, la pequeña luz de emergencias, naranja, ilumina el habitáculo.

Smith está en el suelo, nervioso.

—¿Qué está pasando? —me pregunta preocupado.

—Tranquilícese. Parece un fallo eléctrico, enseguida se pondrá en marcha —respondo mientras le tiendo la mano procurando ayudarle a levantarse de ahí.

—Esto no puede estar pasándome… —me dice con nerviosismo.

Le sonrío tranquilizadoramente y le doy unas palmaditas en el hombro. ¡No es para tanto, hombre!

Smith está sudando y no para de patalear contra el suelo.

—¿Por qué no se pone en marcha? —me pregunta.

—Tardará un par de minutos, a veces pasa.

Gruñe, frunce el ceño y retuércela mirada. Parece estar a punto de… ¿LLORAR?

—¿Tenía prisa? —le pregunto, anonadada—, ¿le está esperando alguien en casa?

Él no responde.

Observo como una diminuta gota abandona su lagrimal para recorrer su mejilla con impaciencia… ¿Qué le pasa? ¿Por qué llora?

—No tiene que preocuparse, Smith, la luz no tardará en regresar.

Ante su actitud, decido inspeccionar el panel de mandos en busca del botón de «llamada de emergencia». No tardo mucho en dar con él y lo pulso repetidas veces con agresividad. El viejo me está poniendo muy nerviosa. Suena un pitido, dos, tres… Y no responde nadie.

—Estarán reanudando el sistema, solucionando el problema. No es la primera vez que pasa —le cuento—. El año pasado me quedé encerrada en un ascensor del ala oeste quince minutos. Fue un poco desesperante, pero no tardaron en sacarme.

—¿En sacarle? —me pregunta mientras se abanica con la carpeta que tiene en la mano. Está temblando.

—Sí, el problema era del ascensor, necesitaba una reparación, creo. No sé, lo importante es que actuaron rápido, ¿verdad?

Silencio.

—¿Se encuentra bien? —le pregunto alarmada.

Tiene muy mala cara: ha palidecido, está sudado y no deja de temblar.

—¿Y si el ascensor cae?

—¿Perdone? —le pregunto asombrada—. ¿Qué ha dicho?

—¿Qué pasa si el ascensor cae?, ¿dispone de sistema de frenado?

Dudo. No termino de entender la pregunta, aunque sé por dónde va.

—¿Por qué no se sienta? Parece algo mareado —señalo yo, ignorando su pregunta.

No quiero pararme a pensar qué pasaría si el ascensor decidiese hacer una caída libre. Seguramente moriríamos, supongo… Pero, ¿en serio cree que podría ocurrir algo así? Estos trastos están pensados para prevenir accidentes, para que esas catástrofes no ocurran. Es lógico, porque si no nadie los usaría.

El viejo Smith se deja deslizar por la pared y termina en el suelo, sentado. Se ha quitado la chaqueta, pero sigue sudando. «Tampoco hace tanto calor», pienso.

—¿Cuánto tiempo cree que podemos estar aquí encerrados antes de que se nos termine el oxígeno?

¿Qué? ¡No me lo puedo creer! ¿Qué me acaba de preguntar? Me está poniendo histérica… ¿Pero qué narices le pasa a ese hombre?

—Hay sistemas de ventilación, hombre. Creo que sería imposible que ocurriese algo así —le digo.

Creo que más que decírselo a él, lo he dicho para tranquilizarme a mí misma.

Cada vez está peor, más blanco, más mojado, más nervioso. Saco mi carpeta y le ayudo a abanicarse, porque él parece incapaz de sonsacar fuerzas para hacerlo.

Miro el reloj de refilón para que el señor Smith no se dé cuenta. No quiero preocuparle, pero ya llevamos veinte minutos aquí encerrados.

—Estoy mareado —me dice, nervioso.

—Tranquilícese, no pueden tardar mucho más.

—No tengo aire —susurra, alarmado—. Karen, me falta el aire.

Le observo con preocupación. Está poniéndose… ¡Morado!

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —grito, atacada—. Señor, por favor, ¡tranquilícese! ¡Respire hondo, por favor!

—No puedo… no hay… no hay…. Me falta aire —susurra.

El sudor cae a chorretones por su morada frente y no puedo evitar perder los estribos y echarme a llorar. ¡Estoy histérica! ¿Qué le pasa?

—¿Qué le ocurre?, ¿Cómo que le falta aire? —pregunto, asustada—. ¡Por favor, respire hondo y guarde la calma! ¡Nos sacarán de aquí de un momento a otro, se lo prometo!

Le abanico con más fuerza, intentando encaminar todo el aire que sea posible hacia él. Pero cada vez tiene peor cara y… ¡se desploma al suelo!

—¡No puede ser! ¡Señor! ¡Smith, por favor! —grito mientras le agito, alterada.

Me incorporo de un salto y vuelvo a pulsar el botón de emergencia. Los pitidos me responden con su inconfundible melodía y vuelven a terminar sin regalarme la voz de ningún ser humano. ¡Necesito ayuda!

Me llevo las manos a la cabeza, desesperada, y me pego un buen tirón de pelo que me devuelve a la realidad, ¡duele! Bien, está bien.

—Tienes que mirarle el pulso, Karen —me digo a mí mima.

Estoy temblando. No puedo creer que esto me esté pasando a mí. Si hubiese cogido el coche como siempre, sin atender a la estúpida lluvia... ¡No tiene pulso! Cada vez estoy más asustada y no puedo pensar con claridad. ¡Dios mío, no, no tiene pulso! Bien, ¿qué es lo siguiente? ¿Hacerle el boca a boca? Me agacho sobre el anciano cuando noto como su pecho sube y baja con disimulo, con delicadeza. ¿Está respirando? ¿Eso significa que sí tiene pulso? ¡Me estoy volviendo loca!

—Tranquila, Karen, tranquila —digo en voz alta.

¡Necesito salir de aquí, YA! Vuelvo a aporrear el botón de emergencia, esta vez sin control. Le pego puñetazos y escucho como los pitidos van y vienen hasta que me quedo sin fuerzas y caigo rendida al suelo.

—Llevo treinta minutos en un ascensor, sola, y ahora no sé si el hombre que tengo a mi lado está muerto o no —me recuerdo.

Estoy llorando a mares y muy asustada, aunque en realidad no sé a qué le tengo miedo, porque no hay nada que temer.

—No hay nada que temer, no hay nada que temer, no hay que temer —me repito, una y otra vez, en voz alta.

Pero eso no sirve de nada, no me ayuda. Cada vez estoy peor y siento que, de un momento a otro, acabaré desmayada, en suelo, junto al señor Smith. Vuelvo a agarrar mi carpeta, pero esta vez me abanico a mí misma.

El tiempo pasa con lentitud; ya llevo cuarenta y cinco minutos encerrada en el ascensor y tengo la extraña sensación de que, sí, el aire se agota. El señor Smith tenía razón, ¿cuánto tiempo podré aguantar metida en esta caja?

Coloco con delicadeza mi bolso bajo la cabeza del anciano y vuelvo a preguntarme si estará bien o no.

—Si está muerto, no consume mi oxígeno. Y si está vivo, respira de forma uniforme y con suavidad, así que tampoco me roba mucho.

¿Pero qué narices acabo de decir en voz alta? Me estoy empezando a asustar de mí misma. ¿Me estoy volviendo loca o qué?

El aire llega con más dificultad a mis pulmones y el cansancio se apodera de mí. Cincuenta minutos encerrada. Me tumbo en el suelo, me desabrocho el reloj de mi muñeca y lo dejo en el suelo, frente a mí. Observo cómo las agujas se mueven, cómo el tiempo no se ha paralizado aunque yo crea que sí. Cincuenta y cinco minutos encerrada.

No hay aire, no hay oxígeno, no puedo respirar. Voy a morir, lo sé… ¡No puedo creer que vaya a morir así! Hubiese preferido otro accidente de coche o, en realidad, me hubiese dado igual cualquier otra cosa antes que esto. «¿Cómo murió?», preguntarán mis padres, impactados. «Asfixiada en un ascensor», responderá la policía; «no pudieron socorrerla a tiempo».

Sigo observando mi reloj mientras lloro desconsoladamente. Una hora y cuarto. Sé que si me pongo nerviosa respiro de manera irregular y más agresivamente, lo cual consume más oxigeno; pero no puedo evitar hacerlo.

Cuando parece que todo está perdido, escucho un chirriar y el ascensor se bambolea. ¡Me van a sacar de aquí, bien! Me pongo de pie de un salto y pego mi oído a la puerta esperando escuchar alguna voz, algún sonido. Pero no; sólo escucho ese chirriar, como si dos metales chocaran el uno contra otro y… y… ¡el sonido viene del techo!

Me vuelvo a sentar y automáticamente mi felicidad desaparece; lloro, histérica, mientras repaso al anciano de hito a hito sin poder evitar sentir envidia hacia él. Se le ve tan tranquilo.

Una hora y media en ese habitáculo. El chirriar no ha cesado ni un solo instante y mis nervios empeoran más y más. Cuando estoy al borde de un ataque de pánico, la luz de emergencia se apaga y todo vuelve a las tinieblas. ¿Qué pasa ahora?, ¿no puedo morirme y ya está? ¡Por favor, quiero que termine esto! El ascensor se mueve, mientras la manta negra que me cubre entera evita que pueda ver más allá. Entonces ocurre, lo siento. Siento esa sensación de vacío que recorre el estómago de una persona cuando la montaña rusa cae en picado, descontrolada. Siento ese terrible y angustioso nudo taponando mi garganta y tengo que apretar los dientes para no vomitar. Es el fin… ¡el ascensor está cayendo!

«Los frenos de emergencia», pienso, «tiene que tener frenos de emergencia», pero no estoy convencida de ello. El sonido del chirriar se hace más intenso y supongo que se tratará del acero inoxidable del ascensor, que está chocando contra las paredes el túnel. Vuelvo mi vista hacía el viejo Smith y, una vez más, termino envidiándole; tendrá una muerte dulce, sin enterarse de nada. Pienso en lo que me pasará cuando el ascensor se estrelle contra el suelo… ¿se me partirán los huesos?, ¿se aplastará la cabina y reventará mi cráneo? Y entonces… entonces…

—Creo que se han desmayado —dice un hombre—. ¿Está bien, señorita?, ¿me escucha?

—Madre de Dios, pero si no han estado tanto tiempo aquí metidos… ¿Qué ha pasado? —pregunta otra persona desconocida.

—Puede ser la claustrofobia, señora, no lo sé. Llame a una ambulancia por si acaso.

~El gemelo imperfecto~

-Rhodea Blasón-

EL ASCENSO

(Capítulo 1)

El pueblo estaba cubierto por el manto negro de la fría noche del largo invierno.

Los habitantes del lugar hacía horas que se habían refugiado en el calor de sus hogares, por lo que las calles permanecían vacías. El enjuto hombre se movía elegantemente enfundado en un grueso abrigo de paño de color gris perla, confeccionado a medida por uno de los mejores sastres de la localidad. En su rostro se reflejaba la alegría que le había supuesto la agradable noticia recibida pocas horas antes de finalizar la larguísima jornada de trabajo. ¡Había conseguido el ansiado ascenso por el que tanto había trabajado! Una efímera llamada en la que, la profunda voz del jefe de su departamento, se lo confirmó escuetamente a través del teléfono interior de la empresa para la que trabajaba. Cuando colgó el rojo auricular telefónico se arrellanó en su silla, mirando fijamente la pantalla del ordenador y con las manos cruzadas a la altura de su nuca sujetando su cabeza llena de sueños. Se retrasó notablemente en abandonar la oficina, ya que lo colocó todo en un orden impoluto, y, antes de apagar las luces, miró desde el umbral de la puerta, apoyado en el marco, que ningún objeto estuviese fuera del sitio que debiera ocupar. Cuando se sintió satisfecho del orden conseguido pulsó el interruptor, apagó las luces y se dirigió tranquilamente a la salida.

Al llegar a la calle, notó el gélido aire nocturno cortándole su hermosa cara, se subió rápidamente el cuello del abrigo, y decidió dirigirse rápidamente a su pulcro apartamento, decorado meticulosamente durante años y que hacía pocos meses había finalizado de pagar. Le gustaba vivir solo. Estaba orgulloso del orden que había logrado alcanzar después de numerosos ensayos, distribuciones y de probar con diferentes modelos de decoración, en los que había invertido mucho tiempo y dinero. Nunca había sido más feliz que desde el momento en el que había tomado la firme decisión de buscar su propia independencia. Después de estos últimos tiempos estaba convencido de haberlo conseguido. Se había

desvinculado totalmente de su familia y amigos, ya que para él había comenzado una nueva vida de la que sería totalmente dueño. No necesitaba que nadie interfiriese en su manera de pensar ni de vivir, lo único que ansiaba intensamente era ser feliz y pensaba que lo había logrado plenamente.

Mientras conducía diestramente hacia su hogar, atento al denso tráfico, pensaba en cómo disfrutaría de su nuevo puesto de trabajo y lo que ello supondría económicamente para él. Creía que lo primero que harían en la empresa sería trasladarlo de despacho y elucubraba sobre las nuevas relaciones laborales que iniciaría a partir de ahora. Tendría que hacerse nuevos trajes, ya que un ascenso suponía codearse con altos ejecutivos cuyo vestuario era de una clase superior a la que utilizaba él hasta esos momentos. Se recordó a sí mismo, no olvidarse de ir a la sastrería para encargar nuevas prendas de mejor calidad.

El joven se bajó del auto después de aparcarlo minuciosamente delante del edificio de apartamentos en el que vivía desde hacía varios meses. Una vez en la acera, se giró levemente para comprobar que su impecable coche estaba perfectamente estacionado. Se había vuelto una costumbre en él virarse siempre que finalizaba una tarea que le exigía concentración para ver el efecto conseguido y recordar mejor los detalles.

EL CALOR DEL HOGAR

(Capítulo 2)

Entonces se dirigió rápidamente a la casa amparado por las sombras nocturnas. Abrió el portal y entró rápidamente. Comprobó que la puerta se había cerrado perfectamente detrás de él y llamó el ascensor. Se dispuso a esperarlo, disfrutando ya del tenue calor de las calefacciones que llegaba al rellano. Cuando se abrieron las puertas metálicas, entró y pulsó el número 8, planta en la que se encontraba su diminuto apartamento. Cuando llegó, se dirigió por el pasillo de la izquierda a la puerta que debía abrir para poder disfrutar de la paz de su hogar.

Según caminaba se encendían las luces sensibles al movimiento que iluminaban el largo pasillo con su inconfundible manera de caminar.

Giró la llave en la cerradura, entró y después de cerrar, se apoyó en la parte interior de la puerta de entrada. Por fin estaba protegido por la seguridad de su hogar. Conocía a la perfección su casa, y se desenvolvía con gran agilidad en ella con las luces apagadas. Sabía de memoria las distancias y era capaz de concentrarse hasta tal punto que llegaba a cocinar sin necesidad de encender las luces de su apartamento. Le llegaba con su conocimiento perfecto del lugar y con la tenue luz que entraba a través de los amplios ventanales que había en cada estancia.

Se descalzó, como era su costumbre, y colocó perfectamente los zapatos que traía vestidos dentro de un cubo de plástico de forma cuadrada que tenía siempre detrás de la puerta, para no manchar el suelo. Introdujo los cordones en el interior del calzado, al que situó perfectamente paralelos dentro del cubículo. Comenzó a caminar con pasos cortos, delicados y silenciosos, hasta que creyó encontrarse a la altura del mueble en el que siempre dejaba sus objetos personales. Se desabrochó el abrigó y vació los bolsillos. Tanteó delicadamente la altura en la que estaría la cesta en la que depositaba sus pertenencias y, cuando la tocó, la sujetó con una de sus manos mientras que con la otra pretendía colocarlo todo en su interior. De pronto, sujetando su cartera con la mano derecha comprendió que algo iba mal, ya que en la cesta había algo que le impedía que llegase al fondo su cartera. Su minuciosa forma de pensar le hizo calcular todos los pasos que había dado antes de abandonar su hogar, y sabía a ciencia cierta que el recipiente había quedado vacío, ya que desde el umbral de la puerta se había girado y mirado diestramente para ver que todo quedaba perfectamente ordenado. Estaba seguro de que la cesta había quedado vacía, ya que en ella solo depositaba lo que necesitaba llevar cada día en los bolsillos: la documentación, la cartera, las llaves, …; y no comprendía qué podía ser lo que le impedía colocar sus cosas en su sitio. Trataba de pensar con rapidez, pero no alcanzaba a encontrar respuesta alguna para su simple pregunta. Posó la cartera encima del

mueble y llevó su mano a la cesta para ver qué le había podido quedar allí, aunque seguía considerándolo una posibilidad remota. La introdujo con lentitud, moviéndola de lado alado, y, de repente, se sobresaltó. Le pareció tocar algo. Retiró raudamente su mano, sin saber qué hacer.

—¿Qué podía guardar aquella cesta que él no había dejado allí? —se preguntó con indecisión.

LA SORPRESA

(Capítulo 3)

No sabía qué era ni qué podía ser. Volvió a introducir su mano en el receptáculo y llegó al fondo. Entonces, al moverla, se tropezó con «la cosa». La cogió entre sus dedos y notó que su forma era redondeada y parecía estar caliente; y su textura…parecía ser viscosa. La movió sensiblemente en su mano, para ver si podía acertar qué podía ser aquello, pero no sabía de qué se trataba.

—Es como una gran canica que parece estar rodeada de mocos —pensó sin acertar a ocurrírsele de qué se trataba.

Sacó la mano toda pringosa, dejando «aquello» en donde lo había encontrado, y trató de quitarse el abrigo intentando no mancharlo con la sustancia que le resbalaba por entre los dedos. Se adelantó ligeramente unos pasos y lo colgó en el perchero después de colocarlo en una percha para evitar que se deformase, utilizando para ello la otra mano que mantenía perfectamente limpia.

Dirigió sus pasos, con su mente pensativa, hacia el baño para lavarse las manos. Sopesaba posibilidades que le resultaban totalmente increíbles y que desechaba al momento. Su concentración era total y sus movimientos eran mecánicos. Quería ver lo que estaba fuera de lugar en aquella cesta, pero no podía permitirse hacerlo antes de que sus manos volviesen a encontrarse limpias

nuevamente. Entró en el baño y, sin pensarlo, cogió de su recipiente la pastilla de jabón de manzana que usaba por su delicado perfume.

¡Se quedó petrificado!. No era consciente de qué estaba ocurriendo en su casa. No se movió durante unos instantes estudiando de forma estructurada lo que podía tener en su mano. Pero su cerebro parecía trabajar ralentizado.

—¡Qué asco! —pensó

UNA BROMA PESADA

(Capítulo 4)

La sensación que notaba en su mano era la misma que la que había sentido hacía unos minutos en la entrada de su casa. Encendió la luz, empujando el interruptor con el codo para no mancharlo, y, sin fijarse, con la mente absorta por sus pensamientos, trató de colocar el jabón en su lugar. Pero al bajar la vista, miró y vio que la pastilla de jabón de color verde estaba perfectamente colocada en su impoluta jabonera, aunque en su parte superior aparecía una espuma espesa, que no pertenecía al jabón.

—Si el jabón está en la jabonera, entonces, ¿qué tengo en la mano? —se preguntó lleno de asombro el hombre.

Se miró en el espejo situado perfectamente centrado encima del lavabo y, apoyándose en este, cogió aire. Permanecía con «aquello» en su mano cerrada. Percibía la densa mucosidad resbalando entre sus finos y cuidados dedos y se dijo que tenía que ver qué era lo que allí guardaba. Pero dudaba de su valor para abrir el extremo final de su miembro superior, ya que el miedo y la incertidumbre comenzaban a anidar en su mente impidiéndole pensar con la claridad debida.

Haciendo un gran esfuerzo bajó lentamente su cabeza y abrió con temor la mano. ¡No daba crédito a lo que veía! ¿De dónde había salido aquello? Lo tiró rápidamente en la pileta del baño y con paso rápido se dirigió a la entrada. Miró

con reservas el fondo de la cesta y vio lo mismo. ¿Cómo podía ser posible? Cuando salió de casa no dejó nada allí. Estaba empezando a sentir falta de aire: como si sus pulmones no recibiesen el suficiente oxígeno para respirar.

Apoyó su espalda en la pared contraria y sintió como el sudor le quemaba su frente y sus sienes no dejaban de producir un latido doloroso. Una persona tan limpia y ordenada como él no podía dar crédito a lo que veía en su propia casa. Un hogar que había basado únicamente en la pulcritud y en su tranquilidad.

ANSIEDAD

(Capítulo 5)

No sabía el tiempo que había pasado, cuando notó que comenzaba a tener claros síntomas de miedo. Estaba comenzando a sufrir una crisis de ansiedad, lo que le hacía sentir un grado mayor de temor. Durante una época pasada de su vida, que prefería olvidar, había padecido cuadros de ansiedad generalizada que le habían condicionado en sus estudios, en su trabajo y en su relación con los demás. Siempre iban asociados a una severa enfermedad mental que su hermano gemelo padecía desde su más tierna infancia y que le mantenía incomunicado en un hospital psiquiátrico. Desde que había dejado de visitarlo y había roto con su antigua novia por presionarlo demasiado en la relación que mantenían, las crisis de ansiedad habían desaparecido. Ahora sabía que estaba a punto de explotar a causa de una, por lo que intentó volver a mirar en la cesta para pensar mientras su mente estaba lúcida, aunque sus piernas llevaran largo rato temblando.

Al acercarse nuevamente al mueble, miró con sus ojos adiestrados para ver los más ínfimos detalles y fue entonces cuando reconoció perfectamente lo que estaba allí posado y llenando de fluidos aquella cesta de bambú que tanto le gustaba.

—¡Pero si es un ojo! —exclamó sorprendido y enfadándose consigo mismo por no haberse dado cuenta antes.

Parecía un pasmarote, allí clavado al suelo y mirando aquel ojo con su cabeza ladeada, pero estaba pensando muy rápidamente. El ojo, sin duda, era un ojo humano de color azul intenso. Parecía haber sido arrancado con violencia de su órbita ocular. Corrió al baño y pudo comprobar que lo que había tirado en el lavamanos era otro ojo de color azul intenso como el anterior. Parecían corresponder a la misma persona.

—¿Cómo pueden aparecer ojos en mi casa? —se preguntó en voz demasiado alta y pastosa, efecto del nerviosismo que padecía.

Se miró al espejo nuevamente, y lo que vio se parecía a la faz de un fantasma: estaba demasiado pálido, con una tez vidriosa; la imagen devuelta le mostraba sudoroso y con unos ojos empequeñecidos por el miedo. No sabía qué hacer ni qué pensar. Sólo notaba que el temblor iba en aumento y no lo podía controlar.

LA COCINA

(Capítulo 6)

Se dirigió a la cocina a beber un vaso de agua y cuando encendió la luz lo que vio creyó que era la escena de una película macabra sacada de contexto. El jarrón de cristal en el que siempre tenía flores frescas, no contenía ninguna. Pero tampoco se encontraba vacío. Era una estampa sobrenatural, que nunca esperó poder ver en su casa. De su boca redonda sobresalía la parte final de un delgado brazo, sesgada a la altura del antebrazo. La rigidez de los dedos separados entre sí le hacía parecer ramas secas con un punto de color rosa en su final. Entonces se dio cuenta de que aquellas uñas perfectamente delineadas y pintadas representaban la mano de una mujer. No alcanzaba a comprender qué hacía esa mano en su casa y se preguntaba en dónde estarían las flores que siempre compraba en la floristería de la esquina. Al girar levemente sus ojos observó asustado una fuente de horno, situada encima de la cocina, en la que habían

colocado un pie, con las uñas pintadas en el mismo tono rosáceo que las de la mano, apoyado perfectamente sobre su planta, cortado a la altura de la pantorrilla. Estaba adornado con patatas pequeñas peladas y colocadas a sus lados, y adobado con una especie de salsa rojiza, como si estuviese esperando que alguien lo cocinase.

Al seguir mirando, sin dar crédito a lo que veía y cada vez más ansioso, vio la mesa. Sobre ella, de un vaso de tubo con agua sobresalía un enorme mechón de largo cabello color rojizo. ¡Qué horror! Era pelo pelirrojo, como el de su antigua novia. ¿Qué hacía allí? Sobre la mesa en la que desayunaba, comía y cenaba todos los días. ¿Quién sería capaz de colocar aquellos miembros amputados allí? ¿Qué clase de broma pesada era esta? Estaba en su casa, en donde nadie podía entrar. Debía ser su remanso de paz, y en su hogar estaba a punto de sufrir un infarto. El corazón parecía quererle salir por la boca produciéndole un dolor inaguantable.

—No puedo seguir mirando más. Voy a desmayarme —comentó en alto con la intención de tranquilizarse a sí mismo.

Cuando se iba a ir de la cocina algo en lo que no se había fijado antes le llamó poderosamente la atención. Había algo colocado en un plato situado encima de una mesita auxiliar que utilizaba muy pocas veces, pero desde donde se encontraba no podía ver qué era. Temía acercarse, pero necesitaba lo que allí había. Con pasos muy pequeños y siempre con su húmeda espalda pegada a la pared alicatada con azulejos cerámicos color crema, mirando en todas direcciones y sin saber muy bien a qué temer, se fue acercando al lugar que deseaba ver.

Le llevó varios minutos llegar porque le temblaba todo el cuerpo. Parecía que sus órganos internos no dejasen de bailar dentro de su cuerpo de una forma imparable, debido a la tensión nerviosa que estaba soportando; las gotas de sudor resbalaban de igual forma por su cara que por su espalda: las notaba caer una a una haciéndole daño por el sendero que recorrían hasta que morían en la plaqueta. ¿Quién querría hacerle tanto daño?

Lo que vio cuando llegó a aquella esquina de su cocina era impresionante. Un plato llano de color blanco y amplio tamaño contenía una lengua, un cerebro, un riñón y un corazón humanos situados en el centro y rodeados, sin salirse del recipiente, por cantidades ingentes de pelo humano de color pelirrojo. ¡No podía dar crédito a lo que veía!

Se dejó caer al suelo como si fuese una marioneta a la que le era imposible mantenerse erguida, sintiendo como aumentaban su trabajo las glándulas salivares de su boca y como las arcadas le hacían doler la boca del estómago. Consiguió vomitar en el blanco suelo de su cocina, sintiendo como si en el interior de su cabeza existiese una mesa de billar por la que rodaban bolas jugando sin parar. No podía pensar, ya que su mente sólo generaba pensamientos pesimistas y malévolos que no podía parar. Tal vez lo mejor para alcanzar la tranquilidad que necesitaba en aquellos momentos sería acabar con aquella visión de una vez por todas y de manera radical. No se lo pensó dos veces. Se levantó del suelo, bañado en su propio vómito, se dirigió a la puerta de la estancia a trompicones, cogió carrerilla y, corriendo lo más fuerte que pudo, sin apenas poderse sostener en pie, chocó contra el cristal del amplio ventanal que desde el suelo al techo daba luz a su cocina, sintiéndose liberado mientras bajaba en caída libre balanceado por el frío aire de la noche, hasta romperse bruscamente contra el duro pavimento que le esperaba impasible.

EPILOGO

(Capítulo 7)

Una multitud ingente de personas rodeaban un cadáver caído al vacío desde su apartamento, situado en el piso octavo del edificio y escoltado por la policía del pueblo. Llevaban varias horas de la fría noche esperando por el forense quien todavía tardaría en llegar, ya que debía desplazarse desde la ciudad más cercana. Los vecinos hablaban entre sí del hombre muerto, a quien conocían por

ser parco en palabras y por tener una clara obsesión relacionada con el orden y la pulcritud.

Poco antes de llegar el médico que habría de certificar su muerte, se presentó en el lugar un hombre idéntico al que permanecía en el suelo cubierto con una manta. Explicó de manera muy simple:

—El difunto era mi hermano gemelo. Llevaba muchísimos años internado en un psiquiátrico del que se había escapado esta tarde, y, después de matar y descuartizar a la que en épocas pasadas había sido mi novia, se dirigió aquí para matarme a mí, pero yo esta noche fui directo al cine después del trabajo —explicó al tiempo que mostraba una entrada del cine del pueblo.

—Tranquilícese —le dijo un policía—, estas cosas no son agradables y no debería estar usted aquí. Puede ir a descansar al hotel, ya que mañana deberá cumplimentar todo el papeleo correspondiente a esta defunción.

—Me iré a descansar. Estaré en el hotel si me necesitan. Muchas gracias por su ayuda y comprensión.

El hombre se giró y se encaminó hacia el hotel. Caminaba ligeramente encorvado hacia delante y tenía un leve tic nervioso, apenas perceptible, en la comisura del lado derecho de la boca. Cuando dio la vuelta a la esquina, a la altura de la floristería, sonrió y se dijo a sí mismo.

—Nunca pensé que fuese tan fácil acabar con mi hermano gemelo perfecto. Me será fácil presentarme en la empresa y trabajar en su puesto de trabajo. Achacaré lo que desconozca a la muerte de mi queridísimo hermano.

Cuando llegó al hotel lo primero que hizo antes de irse a dormir, fue llamar al hospital psiquiátrico en el que llevaba tantos años viviendo para comunicar su propia muerte. Un estúpido suicidio que le hacía sentir muy triste mientras recibía las condolencias de quien le hablaba desde el otro lado del hilo telefónico.

~Despierta~

-Misha Baker-

Murphy despertó inquieto, una vez de tantas esa noche. Miró a la persona que tenía a su lado, Natalie dormía plácidamente, respirando con calma, siguiendo el compás de los sueños. Ella era la primera con la que repetía alcoba desde hacía ocho meses. El abandono de su mujer le marcó de forma profunda, no por dejarle, sino por la ausencia de motivos. Ni siquiera se despidió, cuando llegó de trabajar su parte del armario estaba vacía, la maleta desaparecida y una nota: «Te quiero, pero no puedo aguantar más. Tus conductas me dan miedo, ya no puedo vivir así».

¿Miedo? ¿Miedo de qué? Él la había tratado como una princesa, cuando sus padres la rechazaron por quedarse embarazada de él, Murphy la recogió en su casa, la cuido y, cuando perdió el niño, ¿quién la arrulló con palabras de amor durante su estancia en el hospital? Ella veía sombras en cada esquina, buscando una justificación para abandonarle. Era hora de olvidarla, dejar de pensar en ella. También tenía derecho a un futuro, quizás con Natalie.

Sentía que alguien le espiaba, como si unos ojos le observaran con descaro. Viendo que así le era imposible conciliar el sueño, Murphy decidió levantarse. Acarició el pelo de Natalie y salió de la habitación. Bajó las escaleras hasta el piso inferior. Murphy pensó que un vaso de leche le templaría los ánimos y, quizás, podría dormir alguna de las cuatro horas que le quedaban antes de levantarse. Cogió uno de los vasos del fregadero y calentó la leche en el microondas. Instintivamente, puso las manos al lado de las rendijas de ventilación. Le gustaba el calor que desprendía en sus manos.

—Murphy —la voz le susurró al oído como un lamento amargo, helándole el lóbulo derecho. Sobresaltado, giró sobre sí mismo. Pero no había nadie, como debía ser. Sobre todo después de oír esa voz. Marion Vazquez, la única mujer que le había hecho más daño que su mujer, un recuerdo reprimido.

La fiesta de graduación marca un antes y un después para todo ser humano. De forma mucho más profunda que pueda imaginar cualquier adolescente. Durante todo el último año, él y Marion habían estado tonteando, que

si me gustas, que si no te quiero. Murphy estaba en las listas de los populares, ella lideraba el equipo de ajedrez. Mundos incapaces de unirse en el ámbito estudiantil. Pero todo cambiaba el último día, en esa fiesta de ilusión, juerga y desenfreno. Murphy había ido con la pechugona de turno, más interesada en sus posibilidades de ser reina del baile que en la actitud de su compañero. No le fue difícil escabullirse una vez se terminaron sus esperanzas, borracha en humillación y alcohol. Marion ni siquiera necesitaba excusas, había ido sola, con un bonito vestido azul cielo. Nadie se fijó en su desaparición, igual que tampoco se percataron de las furtivas y obsesivas miradas que le dedicaba a su secreto y futuro amante, unas que se verían recompensadas.

Marion había reservado una habitación en un motel asqueroso, pero estaba cerca y no hacían preguntas. Ni siquiera vieron a Murphy entrar en la habitación 103. Marion ya estaba allí, sentada en la cama, viendo el televisor. Si el vestido no fuera tan largo, hubiera podido ver sus suaves piernas rozando el colchón mugriento. Con la misma rapidez con la que se lanzó a sus brazos, el vestido se deslizó por su piel, dejándola al descubierto. El resto de la noche, fue inolvidable. Pero una vez despuntó el alba... aún no sabía porque las cosas se torcieron tanto.

Ya más calmado, quiso volver a su cama y descansar lo que su mente le permitiera. Se echó junto a Natalie y, tras exhalar un largo suspiro, cerró los ojos.

—Murphy, no intentes ignorarme —la voz de Marion volvió a sobresaltarle. Sonaba igual que aquella noche, esa voz tan joven e infantil.

—Sal de mi cabeza, maldita voz —dijo en un susurro, para evitar despertar a Natalie—. Marion está muerta.

—Lo sé, Murphy, lo sé. Toda mujer con la que te acuestas pierde la vida. Que maldición la tuya.

—¿De qué estás hablando?

—Mira a tu lado, Murphy.

Obedeció a esa voz, quien le mandaría hacerlo. Un grito ahogado se escapó de su garganta, Natalie le miraba, con ojos vacíos y la nuca color escarlata. ¿Cuándo había pasado esto? Intentó acariciar su piel, ver si todavía mantenía el calor de la vida. Una mano invisible aferró la suya, apartándola violentamente de la muerta.

—Aléjate de esa zorra. Eres solo mío.

Ahora si la veía, la misma Marion de hace años, con su vestido celeste, encima de él, sujetando sus manos.

—¿Qué has hecho? —intentó revolverse, pero Marion se lo impedía. Volvió a la carga, esta vez más fuerte—. ¿Que le has hecho, espíritu chiflado?

—Has sido tú, amor mío. Haces daño a todo lo que tocas. Destruyes todo lo que quieres.

—No —Murphy se zafó del abrazo mortal de la joven de instituto. Escondió su rostro entre sus manos.

—Eres el sinónimo de la muerte para todas tus amantes. Has matado a esa zorra, has matado a tu mujer. Me mataste a mí.

—Estás mintiendo. Tú te suicidaste, y mi mujer se marchó. Yo no he matado a ….

—Despierta, Murphy —Marion le zarandeó. Atrapado entre el colchón y el poderoso cuerpo del espectro, se sentía indefenso. Podía pasar cualquier cosa, y no podría detenerlo—. Eres un asesino consumado. Asúmelo ya.

—Cállate —cerró los ojos y movió la cabeza, pero no se iba—. Mi mujer me dejó.

—Tu mujer quiso escapar, es cierto. ¿Recuerdas sus últimas palabras? «Te quiero, pero no puedo aguantar más. Tus conductas me dan miedo, ya no puedo vivir así». Antes de que cruzara la puerta, tú la golpeaste y la decapitaste. Ahora

duerme en el jardín, sin ojos que abrir —Marion comenzó a reír, Murphy sentía el verdadero pavor fluyendo por sus venas. De repente, el semblante del fantasma cambió. Sus muñecas estaban libres, las manos de la joven ahora repasaban su desnudo torso masculino. Aun así, estaba paralizado—. ¿Por qué no me escuchaste, Murphy? ¿Por qué continuaste? Yo te quería. Yo te quiero.

—Tú te suicidaste esa noche, la que decidimos estar juntos. ¿Qué quieres de mi, Marion? —sus ojos ya estaban anegados en lágrimas – Me reservé para ti, y tú me traumatizaste.

—¿Yo, Murphy, yo te traumatice? Me violaste. Me besaste, me llevaste a la cama, entonces no me sentí preparada. Pero me ignoraste, entraste en mí desoyendo mis gritos, mis suplicas. Ahí nació el monstruo, el ser que nadie podrá amar.

Las manos de Marion se resbalaron por la piel de su inesperado antiguo amante, junto a ellas el resto de su cuerpo. Murphy vio esos ojos tan cerca de los suyos antes de que sus labios rozasen con suavidad aquello que no debería estar. El beso fue frío, sentía como su piel se congelaba ante el contacto. Estaba empezando a perder el control... o quizá lo volvía a recuperar.

—Solo yo te amo, Murphy. Nadie más te querrá tanto como yo lo he hecho todos estos años que me han parecido milenios. Esperándote...

~Solo un juego~

Misha Baker

Quien le hubiera dicho a Nikolai que a sus trece años asistiría al funeral de su mejor amigo, Dimitriv. Le había dejado solo unas horas antes de que su madre le encontrara, desfigurado por la mueca de terror dantesca que ahora era su rostro. Decían que ni el forense le pudo devolver un semblante más halagüeño, por eso nadie había visto su cuerpecito reposando en el ataúd. Su tez ya no reflejaba la paz y la alegría que caracterizaban a su amigo. Nikolai no lo entendía, si Dima estaba perfectamente cuando se fue. ¿Qué diablos le había pasado? Hasta el médico parecía perplejo, la autopsia reveló que habían sido causas naturales, pero, ¿un niño de trece años muerto por ataque cardíaco podía ser normal? Lo dudaba.

La madre de Dima se acercó a él tras el entierro. Recordó las palabras de la suya, no eran momentos para bromas, como si él no fuera consciente de lo que pasaba. Ni siquiera tenía ganas de hacerlas. No quería estar allí, el traje le picaba y el pequeño ataúd le daba escalofríos, aunque ya no lo viera, lo sentía. Allí dentro estaba su amigo. Para siempre.

—Siento mucho su perdida, señora —le dijo haciendo una débil reverencia.

—Tú eras el mejor amigo de Dimitriv. Estoy seguro de que quería que tuvieras esto —de un bolso mediano sacó un juego de consola. Lo reconoció, ese mismo día Dima se jactó de haberlo conseguido por un buen precio—. Tenía ganas de jugar contigo, pero antes quería probarlo solo, lo hacía cuando … —no pudo seguir y él no la forzó. No era una situación cómoda, recogió el juego sin mirarlo.

—¿Está segura de que es lo que quiere?

—No te preocupes, querido. Es solo un juego, no significa nada para mí.

Nikolai se echó en la cama una vez pudo desembarazarse del traje y los zapatos. El día había sido triste, gris. Posó su vista en el juego de Dima, lo había recogido con tanta prisa por salir de esa situación que ni se dio cuenta de lo que tenía en la mano. No lo conocía, ni de revistas, ni de Internet y mucho menos en la

televisión. Parecía un juego de terror, la portada era completamente negra, excepto por las letras rojas del título.

—Insanus —leyó las letras color escarlata. Si, esto sonaba a terror psicológico, algo que le alegró. Dimitriv solía tener buen ojo con este género, se los solía dejar a cambio de los shooters de Nikolai, su materia. No tenía otra cosa que hacer hasta que su madre le llamara para la cena, así que decidió probarlo.

El principio no prometía. Otra pantalla en negro con el nombre del juego arriba. Le extrañó no ver los créditos iniciales, en los que los creadores se daban publicidad, presumiendo de haber participado en ese juego. Bueno, quizás había pulsado un botón sin darse cuenta y lo había saltado. Ahora le daría al Intro, a ver qué pasaba. Movido por la curiosidad, quiso saber en qué parte se había quedado Dima cuando murió. Si, allí estaba la partida guardada, iba a entrar en ella. Nada más lo hizo dio un salto hacia atrás, reprimiendo un grito. La pantalla titilaba con unas letras parecidas a las del principio.

Estás muerto

Macabra casualidad. Pero casualidad, al fin y al cabo. Esto no hizo que Nikolai pensara que lo mejor sería apagar la consola. En vez de eso, empezó un juego nuevo. Quién le iba a decir en ese momento que acababa de tomar la peor decisión de su corta vida.

La pantalla se sumió en la más absoluta oscuridad. Creyendo que ya estaba trabado, se acercó al televisor. De repente una chiquilla apareció en el centro de la imagen. Estaba lejos, en el fondo de un tenebroso pasillo. Su rostro se ocultaba tras la penumbra de su propio cuerpo

—¿Cuál es tu pecado? —la voz de la niña era sobrenatural, Nikolai empezaba a sentirse demasiado inquieto para poder disfrutar de ese juego misterioso.

—¿Qué diablos es esto? —ya no le apetecía probar Insanus. Intentó apagar la consola, más no reaccionaba.

—Dime tu pecado, Nikolai —al volver la mirada juraría que, o el pasillo era más corto, o la niña se acercaba.

—Déjame en paz, solo soy un niño, como tú —giró el pomo de su puerta, se resistía. Estaba atrapado en su habitación, junto a un videojuego macabro incapaz de apagar. Si eso seguía siendo un videojuego.

—Un niño que deja morir a su amigo. ¿Por qué te fuiste? Es culpa tuya, tuya, tuya —la palabra se fue difuminando en el aire, hasta que la salvación pareció llegar hasta Nikolai en forma de apagón. Todo se quedó en penumbra, debido al mal tiempo de fuera. Pero, lo más importante era que, ese siniestro ser ya no estaba.

—Ya está, ya pasó —suspiró aliviado, pensando que ya estaba a salvo, nada más lejos de la realidad. Un rayo cruzó el cielo de Moscú seguido de un sonido atronador. Nadie excepto Nikolai se dio cuenta de lo que pasó entre ambos efectos. Solo él vio esos ojos rojos mirando desde la pantalla. Y esa voz, la voz del terror.

—Y ahora es mío. Cómo lo serás tú.

Un nuevo día y otro entierro, dos días seguidos. Algo iba mal en las calles de Moscú, pensó Yuri mientras lanzaba al ataúd la segunda rosa negra en lo que iba de semana. Primero Dimitriv Steklov, ahora Nikolai Korovin, con muertes extrañas pero naturales. Por lo menos lo natural que podían ser un infarto y un suicidio en pre-adolescentes. Iba a marcharse cuando la madre del segundo se acercó a él. La conocía de las veces que fue a merendar a su casa.

—Eras uno de los pocos amigos de mi hijo. Quería agradecerte lo bien que lo has tratado con esto. A los niños os gustan los videojuegos, ¿verdad?

Yuri miro la caja negra que la mujer le tendió. Solo era un juego...

~La enamorada de John Dahmer~

-Marcos Llemes-

En el pequeño y acogedor dormitorio de la casa, John Dahmer llenaba el cuarto vaso de whisky para ahogar su profunda pena. Mientras bebía, mantenía la mirada fija en la mesilla de bebidas baratas que le costó un año y medio llenar. Pensaba…

Eran las tres de la mañana.

Terminó el vaso y se sirvió el quinto. El ardor que el líquido amarillento producía en su garganta no le agradaba, pero la ardiente cascada de fuego que se sentía en su estómago, lo complacía enormemente. Un pequeño infierno líquido para un gran infierno interior.

A unos metros, su amada Delilah yacía tendida sobre la cama, quieta, fría y con la mirada penetrando el oscuro y descuidado techo.

John Dahmer la observó por el rabillo del ojo y su pecho ardió de pena. Sus cuerdas vocales vibraron y le hicieron soltar un sollozo por la boca.

Todavía no había bebido lo suficiente. Una sexta servida no era mala idea.

De nuevo, el sollozo salió. Esta vez, se asemejó a un intento de llanto.

—No… —escuchó desde la cama.

John Dahmer volteó la cabeza, un poco sobresaltado. No pensaba que Delilah fuera a hablar.

—No llores, querido. Está todo bien.

John Dahmer bebió el whisky de un trago. Ardor en la garganta. Molestia. Cascada de fuego. Placer.

Entonces se atrevió a decir:

—Es que estoy muy apenado…

—No lo estés —contestó Delilah—. Está bien, todas las parejas tienen problemas.

Volvió a mirarla y Delilah había apartado la vista del techo para fijarse en el rostro del hombre.

Ella era blanca como la leche, su cabello negro envolvía su cuerpo desnudo en un contraste perfecto y sus ojos, de destellante verde, eran como las lujosas esmeraldas que John nunca podría comprar. Era una verdadera Afrodita de los tiempos modernos, imposiblemente hermosa.

—¿No estás enojada? —Preguntó John.

—No —dijo ella, apenas elevando la comisura de sus finos labios resecos.

John Dahmer la observó con más detenimiento. A pesar de que la amaba desde hacía muchos meses, era la primera vez que Delilah estaba en su cama, acostada, desnuda…

—Eres hermosa Lilah —soltó, sin darse cuenta de haberlo pronunciado en voz alta.

—Lilah… me encanta que me digas así, ¿cuándo se te ocurrió?

—Desde que conozco tu nombre. Es una pena que hasta ahora no pude decírtelo.

—Es adorable —dijo ella, simpática.

Nuevamente, el desgarrador recuerdo retumbó en su cabeza. Se odió a sí mismo al no poder reprimir aquella sucesión de imágenes que brotaban de la nada.

Aferró su cabeza por encima de las orejas y convirtió sus manos en puños. Luego fueron garras.

Era el momento de un séptimo trago.

—No te tortures. Sé que lo hiciste porque me amas.

—Te amo más que a nada —le confesó—, nunca dudes de ello. Sólo que… lo siento por tu amiga.

—Ah… Kate —dijo desinteresada—. Sí, pobre. No dejes que la culpa te carcoma, no era una chica con muchos objetivos. El mundo no cambiará porque haya muerto. Que Dios se apiade de su alma y pueda descansar en paz.

John Dahmer tragó la servida número siete. En esta oportunidad, le costó tragar.

Una duda agonizante parecía estar bloqueando su orificio bucal. En su pecho imperaba una opresión sobrenatural y la intención de preguntar fue inevitable.

Tomó valor y finalmente lo dijo:

—¿Y tú…?

—Ya te dije. No pasa nada.

Se produjo un largo silencio. John Dahmer quiso verter whisky por octava vez en el vaso, pero descubrió que la botella estaba vacía. ¿Una botella llena son siete vasos? No pudo entenderlo. Después, volvió a preguntar en un acceso de sorprendente valentía.

—¿Me hubieras amado?

Delilah se tomó un par de segundos para responder. Su falta de movimientos la hacían ver como una muñeca con detalles demasiado realistas. Un maniquí diabólico, cuya sangre ya no fluía.

—Eso ya no importa, querido. Vamos, ven a la cama.

John Dahmer, sin darle mucha importancia a que Delilah no hubiera contestado a su pregunta, se levantó de la silla y fue hacia su cama, tambaleando y cayendo tres veces al sucio piso de madera antes de llegar.

—Apúrate, me estoy enfriando.

—Ya voy, Lilah… ¿Tienes sueño?

—No. ¿Tú?

—No. Y quiero…

—Sí, yo también quiero eso.

Llegó a su cama y Delilah se volteó hacia él, examinándolo con los ojos tan inmutables como los de un retrato. Su sensual y delgada figura era como un origami realista e inmaculado.

John Dahmer se sacó la ropa. Su estado de ebriedad no lo dejó hacerlo antes de un período de tres minutos.

Miró a su amada, completamente desnuda. Sus pechos, blancos y duros eran como dos bolas de nieve perfectamente moldeadas y su piel de porcelana, aunque hermosa, se mostraba opaca y medio pálida.

Se acercó hacia ella y le dio un cálido beso que se alargó por varios y apasionados segundos.

—¿De verdad me has perdonado?

—Totalmente, querido. Ahora hazme el amor.

La mano de John Dahmer reposó en la cintura de Delilah y acarició una curva celestial. Hermosa…

—No puedo creer que finalmente esté ocurriendo –dijo, recostándose sobre ella.

Le besó el cuello, bajó por los senos, el abdomen, el ombligo y no se detuvo.

—No quiero que esto termine nunca —soltó John, descansando sus labios.

—¿Por qué tiene que terminar? —preguntó Delilah entre jadeos suaves, ondulantes.

Pero cuando John necesitaba responder, su boca estaba otra vez ocupada entre las piernas de su enamorada. Se sentía extremadamente feliz, muy excitado. Por fin estaba sucediendo.

—Trabajo a mediodía –dijo él, tomando aire—. Además tengo que deshacerme de tu amiga antes de que comience a desprender hedor. Está en la bolsa negra del ropero. Pensé en arrojarla al río, pero temí que alguien me viese. Además… además te tenía a ti y entonces ya nada más importó.

Las manos de John Dahmer se deslizaron por el vientre de Delilah y se aferraron con vigor a sus senos. Los pezones de Delilah estaban duros. Cada centímetro de su cuerpo era una delicia divina a los ojos de John.

—¿Estás seguro que nadie te ha visto?

Se apartó otra vez de ella, con un beso profundo.

—¿En la plaza? No, no había nadie. Nunca hay nadie a esa hora. Sólo ustedes pasan a medianoche por allí. Las observo desde lejos desde hace diez meses hasta que por fin me animé a… acercarme.

Delilah, articulada con la postura que John había dispuesto para ella, colocó sus manos en la cabeza de su amante y deslizó por su cuerpo hasta llegar a poder besar su boca.

—Y hablando de acercarte. Vamos… acércate más. Quiero saber de lo que eres capaz de hacerme.

John, todavía mareado por todo lo que había bebido y excitado sexualmente hasta la locura, desprendió una carcajada ruidosa, que atravesó las finas paredes de la casa.

—¿Después de lo que les hice todavía quieres saber de lo que soy capaz?

Ella sonrió fríamente, sus movimientos y acciones eran tan artificiales que resultaban escalofriantes para cualquiera, a excepción de John Dahmer.

—Tienes razón, John. Tú eres capaz de todo. Eres como Dios.

—Yo soy Dios, Lilah.

John Dahmer separó las piernas de Delilah y comenzó a mecerse sobre ella, en movimientos repetitivos. Después de tanta obsesión, después de tantas noches soñando despierto, después de tantas pastillas antipsicóticas, estaba sucediendo. No era ninguna alucinación. ¡Era real!

No lo podía creer…

Y las cosas habían pasado tan rápido que casi lo asimilaba. Una emboscada. Cuatro golpes secos. Un corte. Un par de horas troceando carne y metiéndola en la bolsa. Y ahora Lilah era suya.

No lo podía creer… No lo podía creer…

Al cabo de varios minutos la vista de John, nada más un poco nítida, apuntó al cuello de su Lilah. Lo besó con extrema delicadeza, mientras ella jadeaba libidinosamente.

—Ya no sangra… Me alegra que ya no sangre…

Fue hasta su boca y la besó con romántica intensidad, pero no tardó mucho en volver a su cuello. Descubrió que era lo que más lo apasionaba de ella.

—¿Tampoco duele, Lilah? —Le preguntó, pasando su lengua por el profundo corte

—No, ya no. Ya no duele nada —respondió Delilah.

—Te amo, Lilah.

—Te amo, John.

Horas después, un grupo de chicos que jugaba a la pelota en la calle, encontró en dos bolsas el cuerpo desmembrado de Katerine Donovan, en un basural cerca de la plaza donde había sido degollada junto a su mejor amiga: Delilah Martins.

Aunque sus cadáveres no habían contado con la misma suerte (ya que el de Delilah no había sido descuartizado), ambas habían muerto al mismo tiempo, precisamente en la escena del crimen, tiempo antes de que John Dahmer se las llevase a su habitación.

~Fase de negación~

-Marcos Llemes-

Inspirada en una historia real

La sala velatoria estaba atiborrada de familiares: abuelos, padres, cinco tíos, tres sobrinos pequeños que no entendían nada, y una multitud de compañeros; conocidos del vecindario, vecinos, colegas de trabajo, parientes lejanos (como tío abuelos o primos segundos), y un pequeño grupo de amigos verdaderamente cercanos que no se apartaban de Gloria estaban también allí. Todos acompañándola en el momento más difícil de su vida.

El corazón de la pequeña Edith, a tan solo ocho horas de haber comenzado a latir fuera del vientre materno, había quedado inmóvil, frío y duro.

Gloria la había esperado nueve meses y el embarazo se había dispuesto a ayudar sobrenaturalmente para que la mujer no sufriera nada más que lo debido. Según su madre unos días antes, era uno de esos embarazos que podría presumir cuando viniera el caso en alguna conversación y luego terminar orgullosamente diciendo: «Mi pequeña Edith se portó como una reina mientras la llevaba dentro. No me hizo sufrir ni en el parto…».

Efectivamente, había sido así; los problemas vinieron después. En la trágica escena donde veía a sus hermanos abrazarse con tanta fuerza que le resultaba patético no ser parte de ello, hizo un esfuerzo por recordar qué era lo que le había dicho el equipo médico, pero se sorprendió al notar que en su memoria, aquellos términos de medicina se fueron dispersando después del dictado de diagnóstico, específicamente, después de aquellas palabras fulminantes:

—Gloria, el corazón de su hija no funciona como debería. Me temo que fallecerá en las próximas horas.

Sacudió su cabeza, aturdida, como si todo aquello se tratara de un sueño. Sonia, su hermana, atravesó el brazo derecho por la espalda de Gloria y apoyó afectuosamente su mano en el hombro.

Ella, aunque entendía las intenciones de todos de los de allí, se le hacía imposible recibir el afecto incondicional de sus allegados. A ella le parecía todo tan irreal, frío, incluso protocolar en cada «lo siento tanto» o «estoy para lo que necesites. No lo dudes», que no se lo podía creer. ¿Por qué se sentía así? ¿Por qué cada abrazo era como estar en un tornado de hielo en vez de envolverla en la calidez de la compasión humana?

—¿Por qué…? —Llegó a preguntar en voz alta.

—Porque fue la voluntad de Dios —dijo Sonia, aferrándose a ella.

La sala era un rectángulo largo, en el cual, una gran parte estaba llena de sillas, mesas con botellas de agua y sencillos aperitivos y un enjambre de gente llorando; y en el otro, sobre una tarima, estaba el pequeño ataúd de madera clara, decorada con lirios y petunias de color chillón. Dentro estaba la pequeña Edith. Se veía solo su rostro, chiquito y redondo como una rebanada de manzana. Era tan linda que, incluso siendo ahora únicamente un cuerpo muerto, era el centro de toda belleza, lo cual hacía que todos sintieran además del sufrimiento habitual, la pena de no haberla visto con ojos abiertos esbozar una sonrisa. Una verdadera lástima.

Cuando Sonia fue por un vaso de agua y sus hermanos se encontraban dispersos entre la multitud, en el baño, o sobre los amargos aperitivos, Gloria se quedó sola por primera vez.

Había llorado a mares las últimas horas y pese a estar débil por haber recién dado a luz y por la noticia misma, no permitió un segundo perder de vista a su hija, aunque ello implicara suplicar a gritos y pataleos para que los médicos le dieran el alta. Finalmente se lo concedieron, no por su aptitud sanitaria, sino por un gesto puramente humano. Sería demasiado cruel para ellos impedir que una mujer que esperó nueve meses a su hija, no la pueda concurrir a su velorio.

Fue entonces que se sintió ligeramente mareada. Luego creyó estar por caerse de la silla. Su estómago era un remolino que le producía frenéticas arcadas

y en más de una ocasión, bloqueó su boca reseca al creer sentir la llegada del vómito.

Después se vio totalmente confundida. Desde el comienzo de la jornada se había sentido extraña a la situación, como negándose al infortunado hecho. Ahora, debido quizá a su estado de debilidad, se percibía completamente ajena a aquella situación, a tal punto de preguntarse por qué todo el mundo se encontraba llorando.

—¿Qué pasa? —susurró.

Levantó la cabeza y vio a su madre llorando sobre el pecho de su esposo, que se secaba las lágrimas con servilletas de papel. Luego vio unos colegas de su trabajo, con caras amargas demasiado forzadas como para ser auténticas. Más allá vio a dos de sus hermanos, bebiendo agua y con los ojos rojos y en una brecha de espacio, logró ver el cajón donde se encontraba su hija.

—No… —dijo—. Esto es un error, ella no está…

Un escalofrío recorrió su columna vertebral de arriba a abajo y la hizo estremecerse en el asiento. Sin saber cuándo, se había puesto de pie. El sentido del tiempo también parecía desdoblarse burlescamente dentro de la confundida mente de Gloria.

De pronto, recordó todo. Hacía unas horas, estaba en la sala de partos y dado a luz a la amorosa Edith. Luego el médico le explicó unas cosas que todavía no recordaba para más tarde anunciarle, como si se tratase del clima, que su hija, su primer y única hija, viviría por ocho o diez horas como máximo.

Una garra rebanó su corazón y la hizo jadear apresuradamente. El dolor que la angustia le provocaba se estaba volviendo insoportable, pero si se mantenía de pie era porque una idea certera, en algún obstinado lugar de su cerebro, se mantenía ferviente, tanto como para escucharla como una voz interior clara y concisa: Ella está viva.

La frase, aunque indiscutiblemente desubicada para la ocasión, le producía una vasta sensación de paz y volvía todo lo que se interponía entre el cuerpo de su hija y el de ella una representación dramática, ficticia, como una tragedia griega.

—Ella está viva… —susurró.

Y una mano se posó en su hombro. Ladeó la cabeza y vio a su tío, con una gota de lágrima colgando en la punta de su nariz ganchuda.

—¿No quieres acercarte a ella?

Gloria parpadeó varias veces, como si no supiera de qué o quién estaba hablando.

—El coche fúnebre llegará en media hora, según la empresa —agregó su tío, aferrándole más la mano, en gesto compasivo.

Gloria se apartó de la mano esquelética y congelada.

—Pero… —dijo, perdida—. Ella no…

No terminó la frase. Del rabillo de su ojo algo le llamó la atención. Su tío la observó frunciendo el entrecejo, mientras ella distinguía que un nuevo espacio se había formado entre la multitud, abriéndose y dejando ver el cajón de su hija y una escena espectacularmente aterradora.

—Ella no… —susurró, tiritando de frío inexistente.

La abrumada mente de Gloria había transgredido el límite permitido de la realidad, impuesto por la razón y la lógica. Ella jamás en la vida asumiría ser víctima de una alucinación, nunca había tenido una antes, pero estaba segura, aunque resultaba imposible que lo que sus ojos veían era lo verdadero, lo auténtico detrás del teatro griego, el titiritero de la autenticidad que manejaba de un modo inentendible decenas de muñecos vestidos de negro, llorando en un

murmullo dolido. Veía la verdad detrás de la mentira, y nunca se sintió tan aliviada y contenta.

Sonrió. Su mirada se humedeció y sus manos no dejaron de temblar. La niña estaba vestida de blanco. Reconocía incluso el vestido bordado, de tela ligera y suave, que había comprado a los siete meses de embarazo. Ya no estaba acostada, inerte, fría y ligeramente azulada, sino que reposaba sentada alegremente sobre su falso cajón de muerto. Su rostro articulaba una sonrisa sin dientes y sus ojos, cerrados por completo, formaban en conjunto con sus rasgos pequeñísimos y delicados una expresión adorable.

—Gloria —dijo su tío, observándola pasmado—, ¿ocurre algo?

—Qué raro, ¿no? –dijo ella, simpáticamente. En su tonalidad, se vislumbraba una melodía orgullosa—. Yo esperaba que pudiera sentarse después de los cuatro meses, pero…

Nuevamente no pudo terminar la frase. Una carcajada orgullosa se escapó de su interior y todos la miraron.

Se voltearon de tal forma hacia ella que el cajón ya no le era visible. Gloria se sintió molesta con ellos, pero no dejó de sonreír. Su hija a menos de veinticuatro horas de haber nacido ya podía sentarse. No escuchó a nadie presumir de ello antes, sería la primera en contárselo a todo el mundo.

De repente, sintió el peligro. Al verla con una sonrisa de oreja a oreja, varios familiares acudieron al lugar donde estaba. Plenamente preocupados por su salud, se le acercaron otros más. Pero Gloria no entendía sus acciones, así como ellos no entendían la suya.

Los vio como un obstáculo. Lo habían sido desde el principio. ¿Qué lograban ellos con aquél teatrito? ¿De quién lloran si su hija estaba sonriéndole desde el ataúd? Pensándolo bien, ¿por qué su hija estaba dentro de un ataúd? Y principalmente, ¿por qué el doctor había dicho que se iba a morir? Vaya incompetencia la salud pública.

«Mi hija no está muerta», afirmó.

Y viendo que varios de los de negro se acercaban a ella, saltó del asiento por sorpresa, sobresaltando a todos.

Algunos -los más cercanos-, la quisieron retener, mientras que escuchaba que otros llamaban a una enfermera. Ella no se detuvo. Esquivó a los primeros y mientras se adentraba en el tumulto de conocidos, los fue burlando escurriéndose sigilosamente hasta llegar a la tarima.

Allí se acercó a Edith, mientras ella le levantaba las manos para que la upara.

—Mamá —le escuchó decir.

Gloria, tras otra carcajada de orgullo, la abrazó con fuerza, sintiendo el calor de su vitalidad. Se escuchó un fuerte rezongo e incluso algunos gritos femeninos. Y entonces Gloria supo lo que debía hacer: huir de ellos. Huir de la muerte.

Viró su cabeza hacia la puerta de salida y arremetió hasta traspasarla. Detrás de sí, una multitud de personas la perseguía, como zombis hambrientos en una película americana.

Salió a calle y los autos frenaron con violencia cuando Gloria se les interpuso en el camino; no había tiempo para esperar la luz verde del semáforo.

—Nadie me sacará mi hija. Ella no está muerta —dijo, dispuesta a todo.

Miró a su hija y esta le dirigió una sonrisa, al tiempo que abría uno de sus ojos, que brillaban a la luz del sol.

La gente de la calle comenzó a gritar al ver el aspecto del bebé. El aspecto que ella no veía.

Gloria era demasiado rápida como para ser atrapada. El amor por Edith la hacía creerse invencible y resistente a todo lo que pudiera venir después. Pero, en realidad, no le importaba lo que pudiera venir después. No si estaba con Edith.

Corrió, corrió y corrió. Escuchó bocinas de autos, más gritos de personas y una sirena de policía, ¿o era una ambulancia? No lo sabía. No le importaba.

—El mar –dijo Edith.

¡Otra vez habló! Gloria carcajeó de dicha.

Se detuvo para llenarle las mejillas de besos, tomó aire y comenzó a correr de nuevo. En la película de su mente, ellos querían apartarla de Edith y no lo podía permitir.

Vio hacia delante y estaba el mar. El sol se reflejaba en el agua y su forma cambiaba a medida que los botes salían de la ciudad costera. Era un paisaje celestial. Hermoso.

—El mar —dijo Gloria—, lo entiendo. Es la única manera.

No supo cuánto tiempo le costó llegar adonde estaba ahora, pero se sorprendió al verse en un puente de mar cuando sus pies tobillos descalzos golpeaban las tablas.

¿Cuándo había perdido el calzado?

Se acercó al final. El mar estaba abierto para ellas. Para ella…

Antes de hacerlo, vio a Edith que carcajeaba puerilmente, agradecida de haberla salvado.

—Ahora sí estaremos juntas —le dijo Gloria.

Saltó. Una brisa fresca recorrió sus piernas y el sol hizo resplandecer su cabello castaño. Edith pegó un divertido gritito de vértigo.

—Te amo, mamá.

—Yo también, Edith. Yo también…

Cuando los dedos de sus pies tocaron la superficie del agua, un pensamiento brotó de su mente: «He ganado. Le he ganado a la muerte»

Y sin darse cuenta de lo que había cometido, se adentró al viaje que culminaría con su vida. El absurdo viaje que la llevaba al lugar del que estuvo escapando todo el tiempo.

Pasó sus últimos segundos con una dura sonrisa, aferrada a su hija, en las profundidades del mar. Éste las recibió como una boca hambrienta y las llevó a la tenue hondura.

Cuánta felicidad había sentido antes de haber muerto.

¿Negación? ¿Alucinaciones? ¿Locura? Nada de eso, para ella, sólo había sido amor.